

BANANA GOLD

Carleton Beals

© Carleton Beals
Julio 2016

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez y Ezra Alcázar.
Diagramación y diseño de portada: Daniela Campero.

PRÓLOGO

En enero de 1927, dos mil marines estadounidenses desembarcan en las costas de Nicaragua y en poco tiempo ocupan sus principales ciudades y carreteras. Llegan convocados por los políticos del Partido Conservador, que tras un año de guerra civil han resuelto recurrir a la ayuda estadounidense para derrotar a sus rivales del Partido Liberal. Y la ayuda llega en forma de destrucción indiscriminada: en febrero, dos aviones estadounidenses realizan el primer bombardeo aéreo de la historia sobre el pueblo de Chinandega, entonces en poder de los liberales, reduciéndolo a escombros. Ante semejante poderío, a los pocos meses conservadores y liberales por igual aceptan la "mediación" de los estadounidenses y firman la tristemente célebre "Paz del Espino Negro", que contempla la entrega de todo el armamento de ambos bandos a los ocupantes y les concede el derecho a organizar y supervisar el establecimiento de un gobierno y una Guardia Nacional "neutrales". Para todo efecto práctico, se le entrega al presidente estadounidense Coolidge la soberanía de Nicaragua.

Uno solo de los generales liberales, el antiguo minero de 31 años Augusto C. Sandino, se niega a rendirse. Reúne a 29 hombres y se refugia en los montes del norte, en la región conocida como las Segovias, desde donde llama a la resistencia. Y el pueblo nicaragüense le responde. Su guerrilla, formada por retazos del viejo ejército liberal pero de naturaleza mucho más popular, empieza a reclutar gente y a ganarle batallas al ejército más poderoso del mundo. Para finales del año ya ha logrado

establecer un cuartel guerrillero modelo en el cerro del Chipote. Los estadounidenses, con la complicidad de conservadores y liberales, responden bombardeando pueblos y mintiendo descaradamente en la prensa mundial, magnificando sus victorias y tildando a los guerrilleros sandinistas de bandidos. Pero no pueden impedir que la fama de Sandino empiece a abrirse paso. Es en este punto cuando entra en escena el periodista estadounidense Carleton Beals.

Beals, entonces de 33 años, es el prototipo del periodista comprometido. Nacido en Kansas, hijo de una pionera socialista, en 1917 pasa un año de prisión por negarse a participar en la Gran Guerra imperialista. Al salir de la cárcel pasa por México, donde casi por accidente participa en la fundación del diminuto Partido Comunista en noviembre de 1919. Pero la disciplina organizativa no le cuadra. No es un organizador popular. Es un trotamundos y un testigo. Viaja por el mundo denunciando, escribiendo. Tiene una predilección especial por América Latina y sus movimientos de liberación. Por eso, a finales de 1927 decide trasladarse a Nicaragua a entrevistar a Sandino. Sabe que, siendo estadounidense, su visión del sandinismo tendrá una significación especial para los lectores del mundo "civilizado". Él le dirá a sus compatriotas si el guerrillero es o no el bandido que dice la prensa.

Pese a sus contactos entre los simpatizantes de Sandino, llegar al campamento del Chipote no es nada fácil. Para cuando lo logra, el astuto guerrillero ya lo ha evacuado, dejando muñecos de junco para engañar a los bombarderos. Pero el estadounidense no se desanima y tras varias semanas de peripecias logra dar con el general rebelde y la entrevista se concreta.

A partir del reportaje de Beals, que aquí presentamos, la verdad de Sandino llegará al mundo. El escritor francés Henri

Barbusse lo llamará “el general de hombres libres” y la poeta chilena Gabriela Mistral apodará al suyo “el pequeño ejército loco” en tono de elogio romántico.

Después de su encuentro, la lucha de Sandino y la carrera de Beals siguieron sus propios rumbos. El nicaragüense (pese a un breve exilio en México) no se rindió hasta no ver a los estadounidenses marcharse de su país en enero de 1933. Al año siguiente será asesinado por su compatriota, el futuro dictador Anastasio Somoza. Pero la herencia de Sandino sobrevivirá en el movimiento que en 1979 derrocará al hijo y heredero de su asesino.

El estadounidense, por su parte, siguió viajando por el mundo y escribiendo libros. En 1937 su exacerbado sentido de la independencia lo lleva a renunciar a la famosa comisión Dewey, el organismo civil encargado de evaluar las acusaciones de Stalin contra Trotsky. Pero el manchón de equívoco histórico no impide que su estilo de periodismo solidario e internacionalista haga escuela: En 1957 Herbert Mathews subirá a la Sierra Maestra para entrevistar a Fidel Castro y divulgar su punto de vista. La búsqueda de la verdad no conoce naciones. Carleton Beals murió en un pueblo de Connecticut en 1979, un mes antes del triunfo de los nuevos sandinistas. Lástima.

Óscar de Pablo
México 2016

RUMBO A SANDINO

Mi segundo viaje a la América Central lo hice con el deliberado propósito de entrevistar al general Augusto César Sandino, el guerrillero insurrecto que combatía en Nicaragua a los *marines* norteamericanos.

Una tarde de enero —en viaje de la Ciudad de México a Honduras siguiendo la misma ruta de antes— salí para Tegucigalpa de donde partiría hacia el campamento de Sandino, el terrible “bandido”, de quien se decía que no respetaba la vida ni la propiedad de los norteamericanos.

Después de haber hecho los adecuados contactos personales en México y Guatemala, seguí los hilos secretos que desde el mundo exterior me llevaron a San Salvador, en donde di con la casa del doctor José de Jesús Zamora, presidente de la Asociación Autonomista de Nicaragua, distante sólo cuadra y media del hotel Nuevo Mundo.

Era un médico joven y bien vestido, medio renco, de ágiles y enérgicos movimientos revestidos de cierta bizarría. Me recibió de manera profesional. Le entregué la carta de presentación que traía de México. Soltó una exclamación de susto. Luego, mirando hacia la puerta abierta de su oficina para ver si nadie rondaba por ahí, me susurró al oído:

“Viven espíandome. Espere a que despache a esta paciente”, dijo ladeando la cabeza hacia una india que esperaba, “y nos quedaremos solitos, sin mirones.”

Aún sentado en su oficina fresca, el sudor me empapaba la cara. Un sol ardiente entraba hasta media habitación abri-llantando los rojos ladrillos del piso. En seguida me hizo pasar.

Claramente se veía que su interés estaba más en la propaganda que en la medicina. Por donde quiera había altos api-lados de papeles. Unos pocos instrumentos desperdigados por aquí y por allá. Frascos medio vacíos caídos en los estantes.

Y al punto entró en materia. “Tengo un mensajero que va y viene del campamento del general; él lo llevará allá. La única cosa es que andamos muy mal de fondos; habrá que esperar un tiempito hasta que recojamos lo suficiente para mandarlo a Tegucigalpa”. “Yo corro con los gastos”.

“Eso no”, protestó el doctor. “Esta noche vamos a reu-nirnos los nicaragüenses, y estoy seguro de poder juntar lo suficiente para mandar al mensajero por lo menos hasta La Unión, y tal vez más allá. También queremos mandar una quinina y otras medicinas. De todos modos usted tendrá que quedarse aquí unos tres días. La lancha de Honduras sale de La Unión para allá sólo dos veces por semana. Voy a infor-marme de todo”.

“Y veamos lo que atañe al resto de sus planes. Le daré cartas para Froylán Turcios en Tegucigalpa, que es el represen-tante de Sandino. Vuelva mañana a medio día. Es mejor que usted venga aquí y no que yo vaya a su hotel; aquí soy médico, pero si voy allá pueden sospechar. Piense también cómo es-conder bien sus cartas cuando vaya de viaje. Puede ser que lo registren. Este gobierno y el de Honduras están contra Sandino por instancias de Estados Unidos.”

De su oficina salí para el Diario de El Salvador con una carta para el señor M. Éste era bajo, recio y con una barba de dos días. De modales más parcos que el doctor, era igual de servicial, e inmediatamente escribió una carta para Turcios.

*

Zamora volvió a echar un rápido vistazo a ver si la policía espiaba, y me llevó adentro para presentarme al mensajero: un tal general Rivas. Tipo rudo, de nariz roma y cara chata. A primera vista me pareció un hombre carente de toda moral, dominado por una irresponsabilidad brutal. Sin embargo, Zamora confiaba mucho en él.

“ Tienes que irte de vuelta inmediatamente”, le dijo Zamora.

El general Rivas se quejó. “Es un viaje fregado; estoy liquidado; estos mis riñones...”

“Sí, ya sé”, le interrumpió Zamora, “pero tenemos que hacer todo lo que podamos por la causa; todos nosotros”.

El general Rivas alegó falta de fondos. “Necesito cuatro colones para pagar mi cuarto... necesito una mujer, y un algo para los tragos. No soy pescado, tengo que beber.”

“Todo eso se va a arreglar”, le prometió Zamora, palmeándole la espalda. Hablaron de lo que Rivas iba a llevar a Sandino: quinina, linternas eléctricas de bolsillo, etcétera.

Rivas y yo salimos por separado para reunirnos en la plaza. Lo llevé a tomar un trago, y me contó de sus viajes anteriores al campamento, pero me hablaba tan alto que tuve que pisarlo debajo de la mesa.

“Es un viaje fregado”, repitió.

“No importa.”

“Muchas noches tendrá que dormir en el suelo. Habrá días que no tendremos casi nada que comer. Y no podemos llevar comida. Y a veces no vamos a poder conseguir bestias; entonces tendremos que caminar; tal vez alguna noche podamos hacernos de una mujer, otras noches no.”

“Esas son cosas secundarias”, le advertí. “Lo importante es llegar allá.”

“Y llegaremos, si usted quiere exponerse. Porque ya estando en territorio nicaragüense, el general lo mandará a traer. Puede ser que veamos aeroplanos y bombardeos; sería bueno que viera usted un buen combate.”

“Y vea, en esto hay un buen negocio. Yo sé dónde está enterrada la calavera del teniente B. de los marinos. Lo podemos desenterrar, nos conseguimos la firma del general Sandino diciendo que ésa es la verdadera calavera del teniente. Entonces usted se la lleva a Estados Unidos y la vende a su familia. Le apuesto a que le dan cinco mil dólares por ella, por lo menos cinco mil.”

“Después vamos a hablar de eso”, le dije secamente, comenzando ya a medir en todo su tamaño al hombre. “Cuénteme algo de Sandino.”

“Está en El Chipote con cinco mil hombres. Es un campamento ideal, con un sistema perfecto de trincheras. Le aseguro que no se lo pueden tomar. Sus hombres no reciben pago, sólo ropa y comida les dan. Algunos andan en sólo harapos porque no les llegan vestidos. Allí han sembrado maíz, frijoles y hasta tabaco. Muchas mujeres llegan a zurcirles la ropa, a moler tortillas y a cocinar, y van por su puro gusto. Todos los campesinos de por allí le llevan comida a la gente. No cogen nada por la fuerza, no hay para qué. Apenas entre usted en Nueva Segovia ya está en tierras de Sandino. Todos los emplea-

dos de los pueblos están con Sandino. El alcalde de Jalapa me trata como a rey. Allí tampoco hay aguardiente. Al soldado que le encuentran aguardiente lo afusilan. A mí me gusta el trago, pero está bueno que lo prohíban en el campamento. El general mantiene allí una perfecta disciplina.”

Y cambió de tema. “Mire, esta viajadera es una jodedera, nada saco yo de esto. Me gustan las mujeres y la bebida.”

“Bueno, vamos a ver qué se puede hacer.”

“Mire, yo le puedo conseguir una muchacha bonita. ¿Quiere llevarse una? No debiéramos ir solos. Las podemos llevar hasta Tegucigalpa.”

“Búsqese unas para mientras estamos aquí, pero usted y yo nos vamos solos.”

“En esta misma calle, pues, después de las once. Déjemelo a mí”, y guiñó el ojo.

Al salir de la cantina, Rivas me presentó a un nicaragüense mugroso. “Voy con este Beals al campamento de Sandino.” El hombre me dio la mano, me miró desconfiado y siguió su camino. Rivas comentó: “Él se encarga de coleccionar dinero para la compra de medicinas”.

“Nada de eso le llega a Sandino. Ese tipo es un gran vividor. Y, además, ya te advertí que no le dijeras a nadie, a nadie, a dónde vamos.”

“¡Ah!, ese hombre no se lo va a contar a nadie.”

“Nadie, sólo tú y el doctor Zamora deben saber de mis planes.”

Rivas me prometió taparse la boca.

“De ahora en adelante entre tú y yo no vamos a volver a mentar el nombre de Sandino; sólo diremos: el jefe.”

Rivas volvió a prometer. Y nos separamos.

Al oscurecer se apareció con tres frascos de quinina que me dijo llevara en mi maleta, y me pidió diez dólares.

*La noche antes de partir, Zamora llegó a mi hotel con las cartas prometidas.

“¿Cómo piensa usted ocultar los documentos?”, me preguntó.

Le enseñé un sobre grande todo cubierto de sellos rojos con el águila americana que yo había calcado de una moneda de oro de veinte dólares. En él llevaba las cartas para Turcios y Sandino e iba dirigido a su excelencia el ministro de Estados Unidos Arthur Summerlin, Tegucigalpa, Honduras.

Zamora sonrió. “Los gobiernos centroamericanos son serviles. Aquí en El Salvador, por petición del ministro norteamericano, se ha ordenado oficialmente a los periódicos no decir nada sobre Sandino. El ministro de Estados Unidos trató de que me expulsaran del país porque puse en manos de Charles Lindbergh una carta de la Asociación de la Independencia Nicaragüense en la que se protestaba por la violación de la soberanía de Nicaragua por los marines, y se le instaba a Lindbergh no permitir que su vuelo fuese utilizado para sacarle las castañas del fuego al imperialismo yanqui. Usted sabe también que este gobierno está bajo la bota de W.W. Renwick, colector de aduanas y prácticamente dictador financiero...”

“Sí, he oído algo de eso: pavimento de calles, préstamos, etcétera.”

“Pues supongo que tendrán que correr peligro.”

“Métalas en un libro, o en algo; tal vez no las hallen.”

MI CARTA DIPLOMÁTICA

Zamora llegó a despedirnos a la estación.

Momentos después, antes de partir el tren, me llevó a un lado. "Uno de los viajeros que va en el coche-salón es el doctor X, espía del presidente Díaz de Nicaragua. Tenga cuidado."

"¿Nos irá siguiendo?"

"No sé. Vea que ese idiota de Rivas no abra la boca."

Hablé con Rivas y le advertí.

"Sí, es espía". Me prometió cuidarse.

Pero repetidas veces tuve que codear al hablantín.

Pasadas unas pocas estaciones me sacó del coche-salón. "Véngase conmigo al coche de segunda que le voy a presentar a mi esposa."

"¡Tu esposa! ¿No me dijiste que estaba en Cuba?"

"Bueno, es verdad que tengo una esposa en Cuba, pero como ahora no estoy allá, ...usted comprende, ¿no?"

Aunque muy disgustado porque había desobedecido mis instrucciones, le seguí entre los carros. Me presentó a Margarita, una mestiza de las bajas capas y voluminosas proporciones, de pelo lacio. Su vestido era de zaraza barata y no muy limpio.

Me armé de paciencia. Y para hacerme el cortés le compré una piña y otras golosinas para el camino.

Ahora me preocupaba Rivas por otra razón. Se quejaba de estar enfermo de paludismo. A ratos temblaba como una hojita; la cara se le ponía cenicienta y demacrada.

En La Unión me metí en el hotel. Rivas se fue a dormir a casa de la tía de su nueva esposa.

A la mañana siguiente me encontré en el embarcadero con la "esposa" de Rivas que ya esperaba allí. Estaba preocupada porque él no aparecía.

Y yo también me preocupé.

Margarita salió en carrera y volvió, daba vueltas cloqueando como gallina y atrayendo innecesariamente la aten-

ción. Temí que algo hubiera pasado y mandé a dos chavalos en busca de Rivas.

Lo vi venir al fin a grandes zancadas sobre el muelle revoleando su vieja maleta café en la punta de uno de sus largos brazos.

“Había un enredo con mis papeles y tuve que ir al consulado de Nicaragua a sacar un nuevo pasaporte. Pero ya está arreglado.”

“¿Cómo te sientes?”

“Mucho mejor; me tomé unas quininas.”

Pasamos nuestros pasaportes por una ventanilla, los examinaron y pagamos los boletos de embarque. Los empleados notaron que yo pagué por Rivas y su esposa.

Por mi parte noté que desde hacía rato un soldado con fusil se mantenía cerca de nosotros. Y llegó el momento de registrar el equipaje. En eso un policía se acercó a mí, Rivas y su esposa, y nos ordenó seguirlo a la aduana. Cerraron la puerta detrás de nosotros.

Teníamos en frente al encargado de la aduana, al jefe de la policía y a unos doce empleados más.

“Regístrenlos bien”, ordenó el jefe. “Quítenle los zapatos. Y lleven a la mujer a otro cuarto. Regístrenla toda. No dejen de ver hasta la más pequeña puntada de su vestido.” Después supimos que hasta la desnudaron.

“Esto es ultrajante”, protesté. “Exijo la presencia del consul de Estados Unidos.”

“Sáquese todo lo que tenga en los bolsillos”, me ordenó el jefe de la policía.

Me saqué algunas cosas, manteniendo el ojo cuanto más podía en mis pertenencias en medio de aquella caterva de empleados.

Un soldado enanoide y picado de viruelas metió su mano sucia en uno de los bolsillos de mis pantalones. Indignado, con todas mis fuerzas lo aventé de un revés; voló disparado hasta medio cuarto para caer sentado sobre una maleta. “Quita de mi pantalón tus puercas manos”, bramé furioso.

Se incorporó echando llamas por los ojos.

El jefe le indicó con un gesto que se apartara y me dijo: “Sáquese todo de los bolsillos si no quiere que nosotros se lo saquemos”.

“Aquí sólo tengo dinero. Mi billetera y unos billetes sueltos.”

“Póngalos sobre ese baúl”, me ordenó el jefe. Obedecí.

En la chaqueta de Rivas un policía halló una carta. Antes que el hombre pudiera leerla, Rivas se la arrebató y arrancó la firma, haciéndola una pelotita entre sus manos.

“Allí está la clave de todo!”, vociferó el jefe de la aduana. “¡Agárrenlo!”

El policía cogió por los brazos a Rivas, pero él logró zafarse y se tragó la pelotita.

“¿Por qué lo dejaron hacer eso?”, gritó el jefe; “¡idiotas!”

Los empleados comenzaron a registrar todito como con peine fino. Leyeron mis notas de viaje, y se quedaron con ellas. Hoja por hoja examinaron los libros. Todo, pieza por pieza de mi ropa lo voltearon al revés y vieron hasta las costuras.

Y luego dieron con las cartas de Zamora, una de ellas era para Froylán Turcios, la otra “Para el jefe del Ejército Libertario”.

“Y ésta, ¿para quién es?”, preguntó el funcionario. “Las leyes salvadoreñas no permiten sacar del país estas cartas cerradas.”

“Está bien. La abriré.”

“Ahora no. Las autoridades la enviarán, y en Honduras tendrá que pagar el cuádruple del valor corriente del porte.”

“¿Por qué no me deja que la abra? Así podrá leer el contenido.”

“No. ¿Para quién es ésta?”, dijo mirando el sobre que no tenía ningún nombre.

“No es cosa que le importe. Pero si quiere la abro.”

“Nos quedamos con ella.”

“Exijo que cese este ultraje.”

Rivas quiso terciar; le hice señas de que cerrara la boca.

“¿A quién debemos enviar esta carta?”, preguntó el jefe.

“A Froylán Turcios, en Tegucigalpa.” Le respondí y escribí sus señas en el sobre.

Me forcejearon los zapatos. Volví a protestar violentamente y me negué a ayudarles a levantar mis pies del suelo.

Me los quitaron a la fuerza, no sin antes haber machucado con ganas unos dedos prietos.

Observé, tristemente también, que mis maletas estaban siendo registradas otra vez por un par de manotas todas llenas de jugo de naranjas.

Y por fin dieron con el sobre cubierto de sellos colorados dirigido a Summerlin. El jefe lo cogió, le dio vueltas y vueltas en sus manos.

El corazón me dio un brinco. Me imaginé que se lo enviarían a mister Summerlin. ¡Y qué sorpresa se iba a llevar: Cartas para Sandino!

“Esto lo vamos a respetar”, dijo el jefe devolviéndomelo con cierta deferencia...

Me llené de nueva arrogancia. “Y es mejor que lo respete”, murmuré. “Ya es hora de que se diera cuenta de con quién está usted tratando.”

“Devuélvanle sus cosas”, ordenó a sus hombres el jefe. Ya sus modales eran otros. Cesó el registro, y todo volvió presuntamente a su lugar. Los empleados me trataban ya con respeto, casi me pedían perdón. ¿Podía una carta cerrada para un ministro de Estados Unidos obrar semejante milagro? ¡Qué pequeño y gran detalle ése del servilismo centroamericano!

Pero cuando busqué mis billetes sueltos — unos siete dólares — habían desaparecido.

ARRESTADO

Saltamos de la lancha sobre los tablones del desembarcadero de Amapala, isla que es puerto de Honduras en el Golfo de Fonseca. Un policía llamó a gritos el nombre del general Rivas.

¡Más problemas!

Rivas dio un paso al frente, y otros más. “Usted queda arrestado.”

“Ahora yo”, pensé. Pero a todos los pasajeros, incluso a mí, nos hicieron pasar al cuarto de la aduana.

Pude cruzarme quedito unas palabras con Margarita. “Él dice que ya va a salir porque el comandante del puerto es un buen hermano masón. Si no hoy mismo, mañana. Lo va a buscar en Tegucigalpa. Pero necesitamos dinero.”

Le pasé un billete de veinte dólares.

*

Tras una noche de viaje de San Lorenzo a Tegucigalpa, llegué allí y me hospedé en el hotel Roma, para cuyo propietario, Venditti, llevaba una carta confidencial. A la mañana siguiente

salí en busca de Froylán Turcios. Su oficina era una combinación de librería, editorial, y sala. Minutos después se apareció de *sweater* y cachucha; hombre de cierta edad y agradable sencillez, con un poquitín de político y un algo de poeta. En el gobierno de Bonilla fue ministro de relaciones exteriores. Había sido (hasta que la suprimieron a instancias del ministro Summerlin) director y propietario de la revista *Ariel* que se había convertido en órgano de propaganda de Sandino (el nombre de *Ariel* lo tomó Turcios de la obra del uruguayo José Enrique Rodó que representa a la América Latina, en tanto que Calibán representa a Estados Unidos).

Turcios echó un vistazo a mis cartas de presentación. Dijo que conocía mi nombre y escritos. Las cartas, pues, tenían doble fuerza.

“No hacen falta palabras”, díjome. “Vuelva a su hotel que yo le prepararé las credenciales.”

“Muy bien.”

“Yo lo conectaré con el clandestinaje. Tenemos mensajeros que van y vienen. Pero no dejan de suceder cosas. La otra noche las autoridades cogieron a uno y lo malmataron. A mí se me vigila constantemente, pero mi casa por suerte tiene tres puertas que les dificulta la vigilancia. Para no despertar sospecha vamos a vernos lo menos posible.”

Le conté lo del general Rivas.

“Francamente”, respondió Turcios, “es mejor para usted. Ojalá no se aparezca por aquí. Se aprovecha de su filiación masónica para obligar a la gente a servirle. Siempre ha tratado de sacarme plata. La verdad es que Sandino nunca lo ha recibido; pero ese tipo es invencible. No sería extraño que volviera.”

Días después los periódicos dijeron que el tal Rivas había sido deportado a El Tempisque, puertecito de Nicaragua en el Golfo de Fonseca y dejado en manos de las autoridades

de ese lugar. Y allí, sin perder tiempo, les contó de mis planes, los que inmediatamente fueron puestos en conocimiento de los marines, y por telégrafo comunicados a las autoridades hondureñas y al ministro Summerlin. Pero ya para entonces yo iba bien enmontañado.

Almorcé con Eugenia Torres, declamadora mexicana con quien había hecho amistad durante el viaje en bus de la noche anterior. Me dijo que el ministro de educación pública, a quien había visitado esa mañana, le prohibió terminantemente recitar versos patrióticos de Froylán Turcios, “porque ahora nos estamos llevando muy bien con Estados Unidos”.

Eso de *muy bien* era porque les había medio prometido un préstamo que nunca cuajó, pero sí impulsó al gobierno hondureño a otorgar generosas concesiones a ciertas compañías estadounidenses. La mayor parte del ejército hondureño estaba en la frontera con Nicaragua para impedir que a Sandino le llegaran provisiones de guerra y de boca. Todo aquel que fuera de aquí para allá o viniera de allá para acá era registrado y se le confiscaba toda correspondencia. Los periódicos y revistas de Tegucigalpa, por orden del gobierno, publicaban sólo noticias escuetas y desfavorables a Sandino. Un poeta nicaragüense que publicó un poema dedicado a Sandino se pasó un mes en la cárcel.

En una mesa cercana a la nuestra estaba el general Tosta, expresidente de Honduras impuesto al país por Estados Unidos. Era hombre joven, regordete y jovial, pero yo no me hubiera fiado de él en la oscuridad.

Después de almorzar me fui a casa de Turcios a leer todo lo publicado en Ariel sobre Sandino. Mi pase para llegar a él decía que yo era, a pesar de ser norteamericano, perfectamente confiable. En el margen figuraba una fotografía mía.

“Cuanto más pronto salga, mejor.”

Cierto. “Muy pronto las cosas se van a poner más violentas allá. Cuando salí de México dos mil marines más iban rumbo a Nicaragua. Quiero llegar a El Chipote antes del asalto.”

“No he podido conseguir caballos todavía, pero esta noche trataré otra vez. No iré a su hotel pero le haré llegar noticias. Me preocupa su seguridad y estoy pensando enviarlo con un exiliado nicaragüense que es general y está ansioso de enrolarse en las fuerzas de Sandino. Conoce bien el país y a su gente.”

A poco apareció un sujeto muy alto, delgado, prieto, vigoroso, nervioso y arrogante. Era el general Santos Sequeira. De muchacho había tomado parte en la guerra de Mena, en Nicaragua, luego en la última revuelta de Honduras, y después fue comandante del puerto bananero de Tela. Al fracasar la revuelta fue expulsado a Guatemala en un barco de guerra norteamericano. Tras quince años de exilio de Nicaragua, andaba ahora ansioso de probar suerte con Sandino. Desafortunadamente este hombre era considerado sospechoso en Honduras, de modo que a este lado de la frontera con Nicaragua su compañía me comprometía ante las autoridades hondureñas.

*

Al otro día vi otra vez a Turcios. No había podido conseguir caballos todavía. La fiesta religiosa de una población cercana se había llevado todas las bestias allá. Me dijo, sí, que Sequeira andaba en busca de ellas a cualquier precio.

“Dígale que si es necesario las compre.”

Cada minuto que pasaba aumentaban nuestros riesgos futuros en Nicaragua.

Con Turcios subí a pie a un parque desde donde se divisa la ciudad, bello parque construido por Turcios cuando era ministro del gobierno de Bonilla.

Hablamos de literatura, de política y de esto y lo otro. Me contó de su hermana recién muerta, poeta también, que lo tenía muy apesadumbrado. "Ella fue mi confidente y mi inspiración, y nuestro amor lo más grande de esta tierra."

De nuevo en su casa me enseñó algunos nuevos libros sobre la América Latina. "¿Ve usted? Soy un librero muy tonto. Me quedo con libros que creo valen la pena en cualquier literatura. Y trato de hacer de *Ariel* no sólo un órgano sandinista, sino también guía de lo mejor en nuevos libros".

Y llegó Sequeira. "Conseguí caballos para mañana a las cinco de la mañana. No podemos salir antes sin ser detenidos por la ronda policial de la ciudad."

"¿De dónde vamos a salir?"

"De su hotel es muy visible. Tosta está hospedado allí, y también mucha gente del gobierno. Durmamos esta noche en el hotel Unión. Lo maneja un nicaragüense sandinista."

*

En el hotel Roma dije a Venditti que iba a una finca del lado de Cedros, camino muy diferente del que yo iba a tomar. "Cuando vayas a Pisa, di que vas a Siena", dice el refrán italiano.

"¿Con quién?", preguntó.

"Con Emilio Hernández", contesté inventando un nombre.

"Hernández... Hernández", repitió. "No lo conozco. ¿Quién es él?"

"Un finquero a quien conocí en mi viaje anterior."

“Extraño, no lo conozco”, dijo Venditti intrigado, queriéndome sonsacar algo.

Le interrumpí diciendo: “Guárdeme, por favor, mis cosas hasta que regrese, que será en una semana. ¡Ah!, y otra cosa: Si alguien pregunta por mí dígame que ando en el campo y que volveré en cuestión de pocos días. Hay un general que conocí en La Unión y no quiero volver a verlo”.

“Como usted diga”, me aseguró Venditti, mirándome de un modo extraño.

Del hotel Unión llegó una indita a quien le di los pocos objetos que pensaba llevarme.

El general Sequeira y yo nos alojamos en un cuartito trasero junto al corral, en donde no nos veríamos con los demás huéspedes y de donde podríamos salir por el portón de atrás sin ser vistos.

Esa noche, atrancada ya la puerta del cuartito, a la mortecina luz de una vela, Sequeira con voz declamatoria, comenzó a leerme página tras página de su diario en que relata sus aventuras de revolucionario; de cuando fue encarcelado en El Salvador por andar haciendo propaganda antichamorrista; de cómo lo habían fastidiado en Guatemala; y de pronto largos y grandilocuentes pasajes sobre la libertad de Nicaragua. Y seguía leyendo y leyendo, embriagado con el sonsonete de su propia voz, hasta deshoras de la madrugada, olvidado del hecho que teníamos que salir antes del alba.

ENTRE VEREDAS HONDUREÑAS

Nos despertamos antes de las cinco. No vimos ningún caballo. Llegaron las siete y nada todavía. Las ocho. ¿Qué pasaría? Sequeira salió a averiguar.

Mientras esperaba entró en mi cuarto un general hondureño bastante viejo ya, pero ágil, vestido en sencillo y nítido traje blanco; de largas y sinuosas manos.

“El hotelero dice que usted va al campamento de Sandino”, dijo. “Yo fui director de policía de Tegucigalpa. Vino la revolución y me arruinó. Saquearon e incendiaron mi tienda. Pero vamos a desquitarnos. ¡Y pronto! Le he ofrecido a Sandino levantar seiscientos hombres armados de rifles y machetes. Sandino me contestó (y me enseñó la carta) diciéndome: “Tengo suficiente gente en El Chipote. Guarde su gente para cuando los marines desembarquen en Honduras.”

Hasta a medio día llegaron las bestias. Las llevó don Simón, un indio picado de viruelas.

Este don Simón, dueño de los caballos y guía nuestro, lucía en la cintura una banda colorada y un enorme sombrero cónico. Con mirada socarrona y entre hipos, pues llevaba sus traguitos de pradera, se encogió de hombros para decir: “Lo mismo da a cualquier hora”. Salimos de la ciudad al trote. Sequeira iba nervioso porque era medio día. “Las autoridades sospechan de mí, y si nos ven que vamos a la montaña con maletas pueden pensar que andamos en algo malo.”

No había acabado de hablar cuando topamos al propio director de policía.

“¿Para dónde se la llevan?”, preguntó.

“De vuelta a Jacaleapa”, respondió Sequeira (él era de allí) y seguimos de viaje.

“Esto está malo, muy malo”, murmuró Sequeira. “Puede telefonar adelante”.

Seguimos el camino de la loma del parque de Turcios y pasamos un puesto militar sin ninguna novedad.

“Ahora puedo respirar mejor”, dijo Sequeira.

Y fue de subir y subir aquel camino de los cerros que circundan el valle de Tegucigalpa.

En una pulpería del camino compramos galletas y naranjas. Don Simón sacó su botella para echarse un trago.

*

Ya bastante tarde a este lado del cerro San Jacinto, detrás del cual quedaba la mundialmente famosa mina de plata El Rosario, se amontonaban sobre los rebordes de los montes nubes grises ocultando las colinas pobladas de esbeltos pinos; para allá íbamos. Al momento nos vimos envueltos en una espesa bruma. El frío se hizo tan penetrante que los árboles parecían tiritar. Las ramas péndulas empapadas de rocío nos asperjeaban la cara. La neblina se hizo llovizna. Iba oscureciendo.

Con los sombreros gachos para amortiguar el impacto de la granizada, espoleamos las bestias partiendo la cerrazón del agua.

Sequeira, que iba a la cabeza, gritó: “No podemos seguir, y creo que no hay otra casa adelante”.

Regresamos a un rancho de paja que acabábamos de pasar. El viento, bramando, se metía allí por todos lados.

Apilamos las albardas y las colchas en un rincón y don Simón se llevó los caballos al potrero. Pateábamos y renegábamos palmeándonos los brazos para desentumecernos. La mujer del rancho calmadamente nos sirvió una cena fría de tortillas, queso y naranjas. No había leña para hacer fuego. Comimos de pie, y siempre pataleando. Don Simón malhumorado, se negó a comer porque eso sería gastar dinero. En cambio, se puso a beber.

Llegó la noche. La mujer encendió lámparas de carburo. Al rato entró como turbión un joven carretero con una muchacha a la que llevaba abrazada bajo un capote ahulado roto. Venían de arriba de la montaña. Chorreando agua se sentaron atristados en el banco de un rincón oscuro.

Enseguida se fueron a la enramada abierta de afuera y se echaron al suelo cubriéndose con el capote, y siempre abrazados para darse calor. Para nosotros, la mujer de la casa barrió el suelo de un pequeño cobertizo y puso unas tablas. Allí dormimos. Me acurruqué en un rincón envolviéndome en mi colcha colorada. A la débil luz de la lámpara de carburo, Sequeira escribió una carta a su mujer, que con su familia vivía en El Salvador. Terminada la carta, volvió a leerme parte de su diario. Asombrábame yo allí — como muchas veces en otras partes — de ver la indiferencia con que los latinos juegan con la incomodidad, la lucidez con que piensan en las más adversas circunstancias. Sus frases retóricas rimaban con el tableteo de la lluvia sobre el techo pajizo y con el viento que silbaba colándose helado por entre las rendijas del cobertizo. Sentía tiesos los pies y me castañeaban los dientes; pero Sequeira seguía imperterrito leyendo y leyendo...

*

A las tres, después de una ligera dormida, encendimos la lámpara de carburo, y tambaleando salimos a una niebla espesa como atol. Pasando sobre la joven pareja — que para más calor tenían a su lado varios perros y un chanco — despertamos a Simón a sacudiones para que fuera a traer a las bestias.

Subimos montañas pasando al borde de despeñaderos. El camino estaba lodoso, con resbalosidades abismales cubiertas de árboles altísimos. A cada riendazo de viento los

árboles dejaban caer cantaradas de agua sobre nuestras cabezas; gruesas gotas me tamborileaban en la espalda. Cruzamos la línea divisoria de la cumbre del San Jacinto y bajamos una cuesta empinada.

El sol salió. Un calorcito agradable invadió el mundo. Vetas doradas esmaltaban los peñascos; hebras plateadas de luz argentaban las hojas. El valle era un lago de lavanda del que surgían unos pocos penachos verdes, que eran las copas de los árboles más altos. Íbamos bajando hacia la mina de El Rosario. Se oía débilmente el martilleo de los fundidores.

Hilachas de niebla vagaban sobre el ondulante valle. Otros cendales de niebla se mecían en las laderas de los montes, arrojando a los árboles.

Techos de tejas y de zinc colgaban de las laderas de las empinadas faldas de los cerros. Los senderos se entrecruzaban. Allá muy abajo yacía un pueblito partido por un hilo de agua. De cuando en cuando veíanse grupos de indias, y también un hombre o dos. Poco de la abundancia de colores del Quiché, sólo uno que otro pañuelo colorado, y una banda de color morado.

Llegamos a las primeras casas. Iban los mineros a las galerías con su hatillo de comida en alforjas de cabuya al hombro. Uno de ellos se detuvo mirando fijamente a Sequeira y le habló:

“Mi general”, dijo respetuosamente, “¿se acuerda de mí?”

“Pues claro que sí, Pancho”, exclamó Sequeira. Y hablaron de pasadas campañas.

“Cuando se vuele otra vez al campo, cuente conmigo; y lo sigo”, dijo Pancho. Y cogió un caminito hacia una de las galerías.

*

Cerca de una casa grande en zancos de la orilla del cerro vi un ranchito. Atamos los caballos junto a un tanque de agua y subimos los peldaños del rancho hasta la puerta. Tres muchachas nos dieron la bienvenida y nos ofrecieron cajones vacíos como asientos. Una de ellas se afanaba en cocinar sobre un fogón; las otras dos, amigas suyas, acababan de llegar. Eran mestizas, ingenuas, pueblerinas, pero medio pícaras y ariscas; de hablar atrevido. Una ya tenía hombre permanente, pero le gustaba divertirse con otros. La otra, de ligas rojas y medias enrolladas, buscaba a un minero con trabajo permanente que quisiera mantenerla. Sequeira, muy resuelto, le ofreció llevársela a su regreso y darle trabajo en Tegucigalpa de vendedora de boletos en su teatrillo de variedades que iba a inaugurar muy pronto, decía él.

Huevos a la ranchera con chiles verdes y café caliente fue un buen desayuno. Ya afuera descubrí que el color de mi poncho colorado no era firme; sobre las patas de mi caballo corrían hilitos rojos; mi chaqueta había cobrado un color rosado.

Con las caderas de un lado sobre las albardas pasamos por la mina de San Jacinto, junto a casas distribuidas sin orden ni concierto, y también huertos.

Al entrar al pueblo, Sequeira me dijo: "Manténgase junto a mí para que pueda hablarle. Aquí hay un puesto militar. Todos los viajeros tienen que pasar por un angosto puente de madera que cruza el río; puede verlo desde aquí. Al otro lado está el cuartel. Todos tienen también que enseñar sus papeles de identificación. Meta mis cartas muy adentro de sus alforjas. Cuando cruce el puente pique al caballo y hábleme en voz alta

en inglés. Si ven que usted es americano, se creerán que es de la mina y no nos molestarán”.

Los cascos de los caballos hicieron tronar las piedras del camino hasta llegar al pueblo. En el puente estrecho apretamos las espuelas haciendo traquetear sus tablones flanqueados por débiles barandas.

El soldado, sentado con su rifle en los escalones del cuartel, se avivó al oír repicar los cascos y se incorporó para dirigirse hacia nosotros. En voz alta le dije en inglés a Sequeira: “Búscame un buen caballo, esta albarda...” Al oírme el soldado se volvió a sentar, mirándonos embobado.

Subimos rápidamente la falda del cerro dejando a Simón bastante atrás.

“Tenemos que salir pronto de este pueblo”, dijo Sequeira. “Es muy peligroso. Apure su caballo”.

Subimos al galope hasta la cumbre y cogimos un camino pedregoso.

“Tengo que comprarme cigarrillos”, dije a Sequeira y le pedí a la mujer de una tienda que me trajera varias cajetillas de King Bees. Sequeira le preguntó cuál era el mejor camino para Morselí. Le dio ella la dirección, y añadió vivamente: “Ustedes son sandinistas”.

“¿Cómo lo sabe?”, preguntó Sequeira.

“Por aquí han pasado muchos, y refugiados también, sacados de sus casas por los marinos. Yo he escondido a muchos y les he dado ropa.”

“Bien hecho”, apuntó Sequeira. “Vamonos”, ordenó. Partimos.

“Vayan con Dios”, dijo la mujer.

A JACALEADA

De los despeñaderos montañosos a los asfixiantes planos polvorientos. Interminables caminitos bajo un tórrido sol. Almorzamos en un rancho pajizo lleno de humo, poblado por un muchachero desnudo en varias fases de mala salud. Y todos entre muchos perros, cerros de maíz, frijoles y ristras de chiltomas, carne salada y correas de cuero crudo.

Y otra vez de viaje. Solazo. Caminos reverberantes. Polvo. Cardones. Somnolencia. El sudor de los caballos. Fuerte olor a polen. Rechinar de las albardas. El brillo de los peñascos.

Hora crepuscular. Morselí. Un pueblito anodino con una plaza sin gracia, incrustado entre un cerro y una montaña.

Nos alojamos en casa de don José, uno de los personajes del pueblo y amigo de Sequeira.

Don Simón se fue a dejar los caballos al potrero, sombrío como siempre, y negándose a comer del todo.

“Simón es un jodido cachureco”, dijo Sequeira, dándole al cognomento el equivalente a conservador. “Y un gran tacaño. Es rico, y sin embargo por unos pocos dólares que le dimos se arrastra para ir hasta Danlí, y sin gastarse un centavo en comida en todo el viaje. Por cuentas cree que tenemos que dársela nosotros.”

La casa de don José, en uno de los costados de la plaza, tenía dos cuartos, una sala grande con hamacas de cabuya, y el otro era un cubículo sin ventanas que se nos dio para pasar la noche. Tenía dos camas con sendos petates, pues el calor de allá no permite el uso de colchones.

A la luz de una antorcha de ocote cenamos en casa de dos viejas viudas gordinflonas, de estampa fúnebre con sus tapados negros sobre su pelo negro.

Por la exposición a la intemperie de la noche anterior, la granizada, y el viento frío, cogí una gripe. Me dolían los huesos y ardía en fiebre.

En la tienda de la plaza compré media botella de guaro. Me quemó la tráquea. No obstante, me calentó y me eché sobre un petate. La cama era un hervidero de pulgas. Mas a pesar de eso y de la fiebre, el cansancio me hizo dormir.

Sequeira insistió en leerme su proyectado libro. Me dije para mis adentros: "Es estúpido que trajera eso; si nos registrarán eso nos vendería". Pero el hombre nunca dejó de hablar. Al fin, su altisonante retórica me adormeció.

Y de repente ¡tiros!

"¡Qué jodido!", exclamó Sequeira tirando al suelo su manuscrito. "Ésa es mi pistola." Al llegar a la casa se la entregó al dueño para cumplir con la etiqueta hondureña. "Algo malo está sucediendo. Hasta puedo perderla. Y sólo tengo pocos tiros." Y se puso a escuchar.

A través de la raquítica puerta preguntó: "¿Qué fue eso don José?"

Silencio.

"Don José, ¿qué fue lo que pasó?", volvió a preguntar Sequeira muy quedito.

"Nada", respondió desabridamente don José.

Sequeira se puso los zapatos y salió. Conversaron en voz baja, y enseguida volvió.

"¿Qué fue la cosa?", le pregunté.

"Es que Ignacio, ese idiota hijo de don José tiene un enemigo aquí en el pueblo, cogió la pistola y se fue a buscarlo. Por

dicha no lo halló, pero se puso tan bravo que para calmarse voló un tiro al aire. Pudo haber sido peor, porque si lo hubiera matado con mi pistola nos habría metido en un berenjenal.”

*

A media noche salimos por una puerta lateral, sacudimos a don Simón que dormía en la enramada. Refunfuñando se fue en busca de las bestias. Hicimos las maletas.

Ya fuera del poblado anduvimos varias millas por el camino que no era. Sequeira tuvo que volverse a Morsalí a pedir las señas correctas. Un tiro disparado desde la última bifurcación del camino me indicó que regresara. Cuando llegué allí ya él iba sobre el buen camino enfocándome con su lámpara eléctrica para que lo siguiera.

El camino era pésimo, muy volcánico; avanzábamos alumbrándolo. Pero aún así las irregularidades del terreno nos atrasaban mucho.

Antes del alba llegamos a otro poblado y buscamos dónde comer algo. Golpeamos en una docena de puertas. Ladridos de perros. Respuestas desganadas: “No hay nada”.

Y luego por un nuevo camino montaña arriba. Lomas tras lomas entre pinares y planos. Apareció un potrero llano sobre el que, a pesar de la oscuridad, nos lanzamos al galope. Varias veces mi caballo resbaló; tambaleaba, pero no caía. La aurora nos halló en un caserío asentado en el borde de una loma pelada.

Aquí también no hallamos nada que comer. A veces nos contestaban de mal modo, y siempre lo mismo: nada. La gente de allí es tan pobre que se consideran dichosos si tienen una taza de café.

Sequeira preguntó si había tropas por esos lados. Dos días antes habían apostado soldados en los pasos. Registraban a todo mundo. Habían soldados trabajando en el camino.

“Es peligroso”, me dijo Sequeira, “pero no hay otro camino”.

Arriba y siempre arriba. En un paso estrecho y empinado vimos señales de que acababan de repararlo; habían emparejado los salientes rocosos. Las zanjas hechas por las correntadas que acuchillaban el camino habían sido rellenas con piedras trituradas. A medida que subíamos el camino se hacía más y más dudoso. Grandes árboles caídos nos obligaban a dar rodeos. En un claro entre pinares apareció una nítida casa de madera, cercada, aunque las gallinas vagaban por todas partes. No habíamos encontrado soldados. “De aquí en adelante vamos de viaje y sin peligro”, dijo Sequeira.

Simón nos seguía rezongando y tambaleante.

“Ese idiota va a caerse y se va a romper la crisma”, dijo Sequeira.

DANLÍ

En Jacaleapa descansamos en casa del general Carmona, liberal hondureño. No tenía muebles ni cuadros ni nada. Puertas y ventanas semidestruidas, muda evidencia de banderías políticas.

El general, panzón y cordial, echó a su mala estrella la culpa por no poder tratarnos de manera más hospitalaria. Se nos sirvió una buena comida bajo las arcadas de su casa colonial, frente al campo abierto y al río.

Simón se dedicó a cortar naranjas en el patio para no tener que comprar comida. Luego se echó en el suelo con los pies en el sol y la cabeza en la sombra, viéndonos comer. El general dijo entonces a sus criados que le llevaran tortilla y carne.

Cuando ya estábamos listos para salir a Danlí, Simón se negó rotundamente a seguir a menos que le pagáramos extra. "Nunca", dijo Sequeira. El general Carmona prometió conseguirnos caballos en el pueblo. Simón se fue de vuelta sin despedirse.

En camino hacia Danlí, Sequeira me dijo que le hablara sólo en inglés, nada en español; él se haría pasar como interprete. Yo andaría en busca de una finca de café para comprar.

Así que, cuando se encontraba con conocidos, Sequeira les decía que yo le estaba pagando muy bien, como todo gringo. Yo sólo oía, mudo como un pez. Conocí en el camino al más acaudalado de la comunidad, propietario de la mayor parte de las tierras de esos contornos. Me miraba con cara avinagrada, puesto que él quería adueñarse de todo aquello. Su secretario, de mirada huidiza, se mantuvo durante media hora haciéndome preguntas en español; al fin, desdeñosamente, me dejó en paz.

En la parte superior de la suave pendiente de un valle apareció de pronto el pueblo de casas blancas de Danlí. Una iglesita encalada resaltaba cogiendo los últimos destellos de un sol muriente. Media milla más allá, dejamos el camino que llevábamos, cruzamos el valle y entramos sin tropiezo por un lado del pueblo. Tras de doblar varias esquinas flanqueadas por casas de adobe y empalmadas, Sequeira se detuvo ante la baranda de hierro de una casita. Entramos al patio por el portón del fondo.

Vivía allí un nicaragüense de barba negra que había llegado huyendo de Ocotol por miedo a la guerra de Sandino y

los marines. Para poder vivir cultivaba un terrenito y tallaba santos de madera, los que pintaba, doraba y vendía.

Sequeira pidió a su esposa que guardara bajo llave nuestros papeles, cartas, y la pistola. “Vamos a visitar al comandante”, dijo Sequeira, “es mejor que lleguemos a verlo sin llevar nada que pueda comprometernos”.

“¿Y por qué dejar la pistola?”

“No la tengo matriculada, y pudiera servirle de pretexto para fregarnos. Tenemos que ir a verlo, pues siendo yo del partido contrario no quiero levantar sospechas innecesarias. Si voy con usted donde él y le explico en qué negocios anda, verá mi presencia aquí como cosa natural.”

*

El comandante descansaba a la entrada de su casa mondándose los dientes y sobándose la panza.

Sequeira le explicó nuestra presencia. El comandante miraba vagamente al vacío. Cuando ya nos íbamos, preguntó en tono flojo y desinteresado: “¿Y qué camino piensan coger de aquí?”

“El de Teupacentl”, respondió Sequeira, dando el nombre de ese pueblo del interior que queda en dirección opuesta a la frontera. “Hasta podemos ver las minas también.”

“Vuelvan mañana si todavía están aquí”, barbulló el comandante dándonos la espalda para dirigirse a una mesa servida que lo esperaba.

Regresamos a casa del tallador de santos, cuya esposa nos sirvió una cena en un anexo de la casa mitad cocina y mitad comedor. Comimos en la semioscuridad con sólo la lumbre de

la leña encendida que bajo unas ollas de barro reflejaba fantasmagóricas figuras sobre las paredes de cañas.

Pagamos la comida y Sequeira preguntó: "¿Podemos quedarnos aquí esta noche?"

El tallador de santos dijo suavemente: "No hay cuartos .
"Podemos dormir en la ramada."

El hombre de la barba negra murmuró otra excusa. Era evidente que ya no éramos bien recibidos.

Sequeira me hizo una seña. Ensilamos los caballos.

"Muchas gracias, mi querido compatriota", dijo sarcásticamente Sequeira al momento de montarse.

El tallador de santos se vino hasta la baranda, y muy lleno de excusas dijo: "Tal vez", comenzó diciendo, "los pueda acomodar en un petate allá afuera".

Pero Sequeira echó su caballo a andar en la oscuridad. "Váyase a la mierda", fue su respuesta. Y luego a mí: "Yo no duermo en donde no soy bien recibido. Puede ser inconveniente. Pero ahora en nombre de esos benditos santos ¿a dónde vamos a ir? Ya es noche". Pensó un ratito y luego dijo: "Véngase, yo conozco un buen lugar, sólo que no quería ir allá más que en caso necesario. Conozco a una viuda dueña de una tiendita. Ella es liberal, de toda nuestra confianza. Los conservadores le mataron a su marido y está muy ardidada. Y como mujer las autoridades no desconfían mucho de ella. Vayamos allá". Y agregó: "Las mujeres hondureñas son estupendas. Son fieles hasta el fin. Si creen en algo, o si han sufrido por culpa de sus enemigos políticos, no hay cosa que no puedan hacer por un amigo".

EL CLANDESTINAJE DE SANDINO

Nuestro próximo contacto fue el señor Enrique Llanes. “Debemos buscarlo esta misma noche”, manifestó Sequeira.

Encontramos su casa que era grande y esquinera; tenía todas sus puertas abiertas de las que salían rectángulos de luz rompiendo la oscuridad.

“¡Jodido! Su casa está pegada a la del comandante. Tenga mucho cuidado.” Recorrimos toda la calle que topaba con una loma y torcía sobre un pedregal y matorrales.

Volvimos a la casa iluminada. En la pieza frontal cinco personas conversaban sentadas en estrecho círculo en sillas de junco. Vimos una mesa pequeña, un espejo grande y un canapé de mimbre.

“Está malo esto”, murmuró Sequeira. “Aquí todos nos van a ver.” Pero entramos. “¿El señor Llanes?”, preguntamos.

“Su servidor”, fue la respuesta de un hombre alto de pelo gris acerado y peinado a la *Pompadour*.

Sequeira le habló rápido en voz baja. “Traemos cartas para usted. Vayamos adentro.”

Llanes comprendió. Los visitantes se despidieron. Él nos llevó a un corredor oscuro que daba al patio.

“Trae una lámpara”, le dijo a un criado.

Sobre una mesa colocó éste una lámpara pálida de petróleo. Di las cartas a Llanes.

“Perdone.” Se retiró a leerlas en el cuarto del frente que tenía luz eléctrica.

“Esto está difícil”, manifestó. “La situación aquí en Danlí ha cambiado de la noche a la mañana. El gobierno no anda aho-

ra con contemplaciones. El comandante me vigila como gavián. La frontera está cerrada. Hasta alquilar caballos es peligroso. Para pasar allá tiene usted que ir por el este varios días." Habló de cierta ruta que era posible.

"Pero eso nos llevará cinco días más de viaje. Tenemos que pasar en el menor tiempo posible."

"Le estoy dando mi mejor consejo. Yo soy amigo personal de Sandino. Todo lo que yo tengo está a la disposición de ese hombre. Pero créame que las cosas están difíciles aquí.

Antes enviábamos gente por los terrenos de la hacienda de Ordóñez, ahí nomás en la frontera; pero eso ahora está tapiado... ¡Isidro!", llamó. Llegó un indio descalzo.

"Isidro es mi mozo de mayor confianza. Él lleva correspondencia a Sandino y también a Turcios. Acaba de venir de allá."

En un lenguaje que apenas pude entender, corroboró lo dicho por Llanes.

"¿Cuál es el mejor camino?", preguntó Sequeira.

"Si es a pie podemos coger el camino conocido de la hacienda de Ordóñez."

"A pie no podemos ir", dijo Sequeira, "porque estando en Nicaragua vamos a necesitar caballos".

El indio entonces habló de un desvío muy corto como el que decía Llanes.

"Él los puede llevar; es de mi absoluta confianza", reiteró Llanes. "Sólo que está muy cansado; necesita tres o cuatro días de descanso. ¿Qué dices tú, Isidro? ¿Podrías ir otra vez?"

El indio miró a Llanes con su mansa mirada de perro y exhaló un profundo suspiro. "Sí, patrón."

"¿Cuál es el camino más corto, aunque sea peligroso?", inquirió Sequeira.

Llanes le dijo cuál era.

“¿Y este hombre conoce también esa ruta?”

“Sí, puede llevarlos.”

Sequeira interrogó al indio que ya parecía menos seguro. Vacilaba. Y siguió interrogándolo. “¿Puedes pasarnos sin que corramos gran peligro?”, volvió a preguntar.

Antes de que el indio pudiera responder, sucedió una cosa extraña. Sequeira se levantó, se llevó la mano a la pistola, y de manera tajante dijo a Llanes: “Hablemos claro. A mí ningún hombre me va a engañar, ¿me entiende señor Llanes? Yo sé cuidarme; y el hombre que es traidor se muere el mismo momento en que lo vea sospechoso. Seamos francos, conmigo no se anda nadie con pendejadas. Ésta es una cuestión de vida o muerte; y si se me pone una trampa alguien tendrá que pagarla. Si muero, otro se va también conmigo”.

Llanes palideció. Titubeó. “Ya le dije, yo soy amigo personal de Sandino. Y...”

“Está bien. Le cojo la palabra. Consíganos pues un guía de montaña que conozca el camino que hemos escogido, el más recto, y más rápido, y no importa que sea peligroso. Pero queremos un hombre que lo conozca bien, paso a paso, pulgada por pulgada. Que no nos ande con dudas ni vacilaciones. ¿Puede conseguirnos ese hombre?”

“Sí”, respondió Llanes humildemente.

“¿Ahora mismo?”

“Se lo puedo tener aquí dentro de media hora.”

“Muy bien, aquí estaremos de vuelta en media hora. Pero recuerde, nada de cabronadas, o usted sabrá quién va a pagarlas. Para cuando volvamos tenga las puertas del frente cerradas y estése listo. Cuando oiga tres golpes abra la puerta de al lado del callejón. Y no hay más que hablar...”

Salimos por el callejón. "Subamos esta loma", dijo Sequeira. Cruzamos una loma oscura, y por una calle de atrás llegamos a la casa de la viuda.

*

Sequeira, enojado todavía, respiraba afanosamente.

"¿Qué le pasa?"

"No confío en ese hombre. Usted no conoce lo suficiente a los latinos", replicó. "¿Dónde tenía usted los ojos?"

"No entiendo."

"¿Qué no vio cuando Llanes tocó con el codo al indio cuando yo le pregunté si conocía el camino que queríamos coger?"

¿Es que íbamos a caer en una celada? Para mí, Llanes era un hombre sincero aunque no compartía nuestro optimismo, dudaba un poco de nuestro éxito. Tal vez era de puro honrado; o tal vez le había entrado miedo. Pero ahí estaba la carta de Turcios, y yo recordaba bien sus palabras: Llanes es hombre de absoluta confianza.

¿Sería acaso posible que Llanes, después de todo, estuviese jugando un doble papel, facilitando quizás el envío de correspondencia y al mismo tiempo informando de todo a las autoridades?

Recordé todo lo ocurrido cuando lo vimos. Yo podría jurar que Llanes era leal.

Pero ¿por qué entonces había dado ese codazo al indio? Tal vez porque el tal era mentalmente lerdo. Sequeira interrogaba como un inquisidor. Su modo de preguntar pudo haber acobardado a ese hombre sencillo. Así se lo dije a Sequeira.

"No me fío de Llanes", dijo tercamente.

“¿Pero entonces por qué le pidió usted un guía de montaña?. En ese caso el que gana es él.”

“Pues no”, contestó. “Él ya conoce nuestro plan. No podemos hacer nada. Pero si nos consigue el chan que prometió, querrá decir que quiere satisfacernos. Y al chan lo vamos a estudiar.”

UN NUEVO GUÍA DE MONTAÑA

Llegamos a casa de la viuda. En el patio me dijo Sequeira sombríamente: “Voy a dejarlo a usted que caiga solo en la trampa”.

“¿Qué quiere decir con eso?”

“Usted va a ir solo a donde Llanes. Usted es americano. Nada le harían aun cuando lo arrestaran. Pero yo soy nicaragüense. A mí sí pueden golpearme, apresarme y deportarme. Las autoridades, que ya sospechan de mí, se aprovecharán de cualquier cosa para fregarme. Llanes sabrá que si no llego es porque estoy dispuesto a cumplir mi promesa si intenta hacerme algo. Que se cuide y no trate de hacerme una mala jugada. Por eso creo que usted sí puede ir seguro. Ahora, si no quiere...”

“Claro que sí quiero. Yo no tengo miedo. Creo que Llanes es sincero.”

“El movimiento se demuestra andando”, dice el dicho. “Si el chan es bueno, nos vamos mañana.”

“¿Por qué mañana?”, le pregunté. “Cuanto más pronto salgamos de aquí, mejor. El tiempo es oro. Los peligros pueden multiplicarse.”

“En primer lugar, estamos cansados. Necesitamos unas horas de descanso. Usted está enfermo. En segundo, no nos vamos a meter en la cueva del león así nomás. Nuestra próxi-

ma jornada es la más peligrosa para poder llegar a la línea de fuego en Nicaragua. De lo que ahora hagamos depende todo. No hagamos nada a la loca. Es verdad, debemos salir de aquí, pero los peligros de adelante son mucho más grandes que los que estamos corriendo aquí en Danlí. En tercer lugar, si Llanes tiene su trompo enrollado, tendrá que enseñar sus manos en las próximas veinticuatro horas. No le diga en dónde estamos hospedados. Si nadie se entera tendremos más campo para actuar. Y, en cuarto lugar, tenemos que esconder bien nuestros documentos.”

Tres veces golpeé el portón de al lado de la casa de Llanes y al momento me abrieron para hacerme pasar por un patio muy oscuro hasta llegar al portón de atrás.

“Este es el chan”, me dijo Llanes.

Me presentó a Mariano, indio de unos veintiún años, mucho más inteligente que Isidro. Tenía ojos negros muy vivos, cierto aire de seriedad en su rostro pero una sonrisa fácil y agradable.

“¿No vino el general?”, me preguntó Llanes frunciendo ligeramente el entrecejo. “¿Y por qué? Todo hubiera quedado arreglado ahora.”

Le dije que Sequeira no se sentía bien.

“Vea que cumplí mi palabra”, dijo como sintiéndose agraviado.

Hice preguntas al chan.

Respondió con natural franqueza. “Para pasar tiene usted que ir a pie. Alquilar caballos aquí sería muy sospechoso. Y pasar por donde los guardias vigilan la frontera es prácticamente imposible. Nos verían fácilmente.”

“Por lo de que sospecharan aquí en Danlí, ya visitamos al comandante y le explicamos. Es mucho más lógico que va-

yamos a caballo a buscar fincas de café, que ir a pie. ¿No sería mejor salir de noche?”

Mariano, pensativo, respondió: “Tal vez. Viajando de noche en el camino no se vería sospechoso. Podríamos llegar a la frontera antes del amanecer y examinar los contornos”.

El muchacho me inspiró confianza. “Muy bien, se lo diré al general. Ven conmigo.”

*

Dejé a Mariano cerca de una fuentecita como a dos cuadras de la tienda de la viuda. Encontré a Sequeira caminando de arriba para abajo en el jardín.

“Estoy seguro de que el chan es bueno.”

“Vamos a verlo”, respondió Sequeira.

Y fuimos en busca de Mariano. Sequeira lo enfocó con su lámpara de baterías, primero en la cara y después el cuerpo. Lo interrogó rápidamente.

“Creo que tiene usted razón”, me dijo en inglés. “Éste sí sabe lo que dice”. Y añadió en español: “Vámonos. No nos quedemos aquí que nos verán como sospechosos.”

Y caminamos a casa de la viuda.

“Aquí es en donde estamos”, díjole a Mariano, Sequeira. “Alquila tres caballos y tenlos listos y ensillados detrás de la tienda, mañana, no más allá de las seis y media de la tarde. Ten mucho cuidado. No debemos despertar sospechas. Si alguien te pregunta dile que los caballos son para un comprador de fincas de café y su asistente. Y di que vamos al interior.”

Enrollamos las frazadas sobre la mesa de un cuarto trase-ro. Al día siguiente metimos las cartas dentro de un saco grueso de bramante que llevábamos como sudadero de las bestias.

Temprano en la tarde comenzó a llover. Sequeira tenía capote, yo no; y lo que era peor todavía, mi frazada chorreaba rojo. No habiendo en las ventas del pueblo capotes ahulados para la lluvia, me compré unas yardas de un ancho encerado negro, le hice un agujero en medio, y me lo pasé por la cabeza.

NOCHE DE LLUVIA

La gripe me tenía crucificado. Los huesos me traqueaban con la fiebre.

Pero a las ocho de la noche salimos bajo un torrencial aguacero. Pasamos al galope las callejuelas de las rondas del pueblo y salimos a campo abierto por el sudeste del camino que debíamos seguir. Ladridos de perros y puertas que se abrían. Macizos de luz que pasábamos en carrera, y mucha gente que debía pensar qué diablos podrían andar haciendo esos viajeros a tales horas y bajo ese aguacero.

Subimos una loma y bajamos a un potrero. Lámparas en mano patinábamos sobre filetes de los farallones en esa noche que era una tinta.

Mi encerado y la fiebre me recocían pero sentía mis rodillas cada vez más remojadas. El agua se metía a chorros entre mis botas altas. Sentía los pies helados.

Cerca de las once dejó de llover un poco, y paramos para echarnos un trago de *whiskey*.

Íbamos inquietos. El repique de los cascos de las bestias y el crujido de los ahulados podían ser oídos por el ejército que imaginábamos venía persiguiéndonos en las tinieblas, que mil quiebraplatas con su luz nos delataban. A eso de las once y media vimos una luna delgadita ladeándose sobre mi hombro

izquierdo para hundirse como tigre hambriento entre una confusión de ramas y nubes amontonadas. Sobre el mundo entero flotaba una vaguedad tortuosa —sin principio ni fin— un moverse uno por entre un mundo cambiante y revuelto un progreso vertiginoso y tambaleante. Cascos de caballos, encerados crujientes, rechinado de albardas; de cuando en vez tintineo de espuelas, y las asordinadas voces de unos para otros.

Para la media noche ya teníamos otra vez el viento y la lluvia encima; cantaradas de agua.

Los cascos hacían “cho-co-ploj” en el lodazal.

Un rancho a la orilla del camino. A gritos despertamos a los moradores, pues allí vivía un indio amigo de Mariano. El hombre dormía en la enramada sobre un petate. De entre una frazada colorada surgió un torso desnudo y musculoso.

Le preguntamos si no andaban los soldados por ahí. Pecho y brazos cobrizos lanzaban destellos de fuego bajo la luz de la lámpara de Sequeira, a cuya pregunta respondió:

“Hasta hace dos días no había tropas en este camino, pero se espera que mañana se aparezcan cerca de la frontera.”

Salimos del patio al galope. Chilló un chancho. Un alambre de tender ropa me cogió por el pescuezo sacándome de la albarda.

Caí pesadamente, medio estrangulado, sobre piedras erizas. Y otra vez mis botas enlodadas sobre los estribos; la espalda adolorida sobre la albarda; en las riendas mis dedos entumecidos; espuelas en los ijares. Y entramos en la tenebrosa noche bajo el agua.

Llegados al punto neurálgico de la frontera resolvimos esperar a que amaneciera, como Mariano había sugerido.

A pesar de la lluvia habíamos llegado a tiempo y bien podíamos esperar un par de horas descansando bajo la enra-

mada del frente de un rancho abandonado. Dos horas de preocupación y nervios tilintes.

Me hice un nudo envuelto en mi colcha empapada; ardía en fiebre y sin embargo tiritaba de frío. A las dos horas desperté a Sequeira, gozosos de partir.

Galopamos. Arriba y abajo. Abajo y arriba. Horas largas sobre lomas y valles en tinieblas; campos cultivados y largas hileras de cardones. Montes oscuros, lluvia torrencial, luego golpecitos misteriosos de las hojas de aquella selva tupida; la luna a nuestras espaldas haciendo de las nubes largas caravanas de camellos sobre un desierto de neblina.

Una hilacha gris. La estrella matutina nos miraba por entre el ramaje de una densa selva cuyos trillos sólo el guía conocía. El alba nos halló en el vado pedregoso de un río plateado entre riberas de árboles argentados y un cielo niquelado. Todo plata ahora. De la noche al alba, y una belleza coruscante en un escenario desconocido. Silencio. Ni siquiera el canto de un pájaro.

El viento pasaba rozándonos con la frescura de un hociquito húmedo. Un hálito de humedad. El olorcillo agridulce de la podredumbre de la selva tropical. Un fulgor... Rayos de claridad horizontales... Hebras de oro. Un resplandor amarillo. El eterno movimiento despertó con una melodía. Los pájaros madrugadores rompieron en trinos jubilosos.

Más allá sobre el perfil de una colina se enredaba en sí mismo un enorme matapalo. Llegamos a un rancho envuelto todavía en opacidad crepuscular. Una espiral de humo salía de él. Una vieja de vestido sucio nos miraba furtivamente y como soñolienta.

“¿Cuándo fueron las tropas a Escuapa?”

“Por aquí pasaron hace dos días y volvieron ayer. El camino está limpio.”

Sentimos alivio. Estiramos el cuerpo en las albardas.

“¿Tiene un cafecito?”, preguntó Sequeira a la vieja.

“No tenemos nada”, respondió con aspereza.

“Ésa es la hospitalidad hondureña”, murmuró Sequeira.

“De todos modos, no nos conviene quedarnos aquí.”

Seguimos viaje cautelosamente...

Son las ocho, y estamos en Escuapa. Una hilera dispersa de ranchos sobre el filo de un cerro, cuya ladera se hundía en una profundidad montañosa. El sol se resbalaba alegremente sobre el lomo de un monte escueto.

Tomamos allí café caliente en huacales y comimos pinol seco que se nos dio de mala gana. Y seguimos. Al fin topamos con correos de Sandino. Todo aquél que andaba por ahí era sandinista que iba o que venía.

En las ásperas montañas de más allá no habría ya tropas hondureñas. Habíamos salvado el primer obstáculo. Delante de nosotros, el camino a Nicaragua. Un camino abierto que nos llevaría a los campos de guerra. Y ciertamente, desde allí podíamos oír el embotado estampido de los cañonazos a través de millas de montañas vírgenes.

“¿Dónde está Sandino?”

“En su fortaleza de El Chipote. Los aviones americanos lo están bombardeando; cañones americanos emplazados en los cerros vecinos lo cañonean; tropas de marinos avanzan poquito a poco por la montaña para rodearlo y tomarse los retenes. De un momento a otro van a asaltar El Chipote.”

Nos apeamos de los caballos y comenzamos a subir la elevada serranía de Dipilto agarrándonos de todo, derechito contra el cielo. Para mí es un misterio cómo pudieron subir los caballos y las mulas. Horas y horas sobre el borde de despeñaderos por un caminito delgado como un hilo. Pero en aquel

sudoroso esfuerzo de la subida bajo un tórrido sol, y a pesar de la noche que pasé expuesto a la intemperie y la falta de sueño, la gripe se me fue del todo.

Comimos tortilla y queso sobre el hombro de una montaña de la línea divisoria honduro-nicaragüense.

Grandes quebradas y de frente siempre el hilito del camino, resbaloso ahora con las hojas de pinos. Primero fue una falta de aliento, un jadedar. Pero me fui acostumbrando. La falta de sueño y el ardor del sol me amodorraron. Muchas veces estuve a punto de caer de la albarda; desperté horrorizado al verme al borde de un precipicio sobre un sendero que los caballos pisaban confiadamente. Y sin cesar, siempre adelante y adelante. Horas tras horas.

Para luego bajar y bajar. Sacudiones y traqueteos, zig-zags, zig-zags, tirones de las caderas y las bisagras, golpes y raspones contra peñas amarillas con el fogaje del sol.

VENGANZA

Antes de traspasar la frontera nos encontramos con un general sandinista de apellido Torres que con su familia, su ganado, enseres domésticos, sus burros y su concubina iban huyendo de la zona de guerra en busca de un lugar seguro. Era una larga caravana zigzagueando entre los pinares.

Relataba a chorros las atrocidades cometidas por los marines, el saqueo de la hacienda El Hule, los pillajes, las violaciones de las mujeres y el caso de una anciana — abuelita ya — a quien con una sogá al cuello llevaban a rastras por los caminos. Del escondrijo sacamos nuestras credenciales. Inmediatamente nos dio un nuevo chan, joven bien conocido por los centinelas para que nos llevara al primer retén sandinista.

Así fue como, al pie de las montañas del lado de Nicaragua, antes de bajar al caserío de Los Limones, nos encontramos con dos de los más indigentes “bandidos” que yo hubiera visto en mi vida. El capitán Gilberto Herrero, jefe del rico sector de Los Limones, llevaba una camisa que le colgaba en jirones por la espalda; sus pies descalzos metidos en estribos de palitos amarrados con tiras de cuero crudo; los sudaderos de la bestia eran de bramante, pero llevaba un revólver con su cinturón repleto de tiros. De ser bandido andaría mejor apeado en esa región en donde los potrereros abundan en ganado, los trojes rebasan de granos, y los rimeros de café maduro sólo esperan ser descascarados.

Se ganó el grado atacando, él solo, a una patrulla de cuatro marines. Acabó con ellos a machete limpio.

Herrero sospechaba intensamente de todo gringo. Me miraba de modo malencarado. De mala gana nos llevó donde dormir.

Toda la gente de la casa en donde se nos dio alojamiento, así como los propios guerrilleros, estuvieron en cambio muy cordiales con nosotros, aceptando nuestra presencia como cosa común y corriente. Los dueños de esta casa estaban arriesgándolo todo por la causa de Sandino; y allí esperaban de un momento a otro la llegada de marines.

“Puede ser que los ‘piratas’ vengan esta misma noche”, murmuraban. “Están cercando Jalapa, y acaban de tomarse El Jícara.” Estos pueblos estaban a pocas leguas de allí.

Ya los dueños habían llevado a esconder casi todos sus enseres a cuevas de la montaña. Esperaban irse en uno o dos días con lo poquísimo que les quedaba.

Herrero prometió facilitarnos una escolta armada para temprano de la mañana antes que llegaran los aeroplanos. Doce

hombres pidieron ser de la escolta, pues todos ansiaban llegar a El Chipote que se veía allá lejos detrás de valles y montañas, y de donde llegaban hasta allí los retumbos de los cañones.

“El Chipote”: palabra mágica. Ese refugio envuelto en brumas, su cumbre, era el símbolo de un pueblo que soñaba con la libertad.

La casa en donde estábamos daba frente a un valle por el que se iba a Ocotal y luego a El Jícaro. Cayó la noche. La luz de la luna bañaba el valle. Lomas y lomas y montañas y montañas unas sobre otras hasta los picos que rodeaban El Chipote, la misteriosa fortaleza de Sandino. Los aromas del mesquite y el manzanillo embalsamaban el aire. Sentado en el mirador de la casa yo escuchaba los relatos de las atrocidades cometidas por los marines, relatos que dejaban pálidos a los crímenes cometidos por los alemanes — lección repetida en la universidad de la psicología de la guerra — todo ello dicho con la voz apagada de un pueblo sufrido; un murmullo de voces bajo un cielo constelado de estrellas...

Cenamos a la luz de una lámpara de carburo. Dormimos en cama con forro de lona y entre sábanas limpias con flecos tejidos.

En esta región fronteriza honduro-nicaragüense hubo en el pasado — antes de la llegada de los españoles — dos señoríos indígenas: los taguzigalpas y los tologalpas. El Río Coco dividía sus comarcas. Allí era donde Sandino resistía a los marines.

En los primeros años de la conquista, los frailes dominicos se hicieron cargo de la conquista pacífica de la región guatemalteca de Vera Paz, y lograron un éxito completo. Poco después el gobierno colonial recibió órdenes de Felipe II de emprender la catequización de los indios que habitaban la zona nica-hondureña. Esa expedición, organizada en 1610, salió al mando de dos franciscanos, Verdelete y Monteagudo.

Con una escolta de veinticinco hombres armados bajo la jefatura del capitán Alonso Daza – sujeto caviloso pero perspicaz – entraron por el litoral hondureño comenzando a bautizar indios, primero a los lencas, y después a los taguacas, de cepa tologalpa, y fundaron un poblado.

Al principio los tologalpas parecían muy sumisos. Pero una noche, repentinamente, cayeron sobre los españoles quemándoles sus casas. Daza, los soldados y los frailes, huyeron en camisón hasta Guatemala.

Pasaron dos años. Los franciscanos resolvieron hacer otro intento. Y el mismo capitán fue con ellos. Siguieron la misma ruta hasta llegar donde los lencas y taguácas. Igual que antes, los indios se mostraron mansos y sumisos, como incapaces de quebrar un plato. Los mismos indios invitaron a los misioneros a propagar la fe cristiana ofreciéndoles su amistad y cooperación.

El capitán Daza salió en expedición de reconocimiento al interior y dejó a los frailes en la costa. Encontró a varias tribus que le fueron hostiles, pero los taguacas que le acompañaban le aseguraron que eso no tenía ninguna importancia. Y continuó avanzando.

En ese viaje dos españoles se perdieron en el camino y cogieron a un indio para llevarlo de guía. Viéndolo indócil lo ataron a un árbol en donde lo dejaron a morir en terrible agonía.

Cuando Daza y su gente se encontraban muy adentro de territorio segoviano, mandó a unos indios que fueran a decir a los frailes que lo siguieran para reunirse en tal y cual lugar.

Se embarcaron los frailes en canoas y comenzaron a bogar río abajo por un mundo paradisíaco. Pero, repentinamente, en un recodo del río oyeron una infernal gritería. Nubes de indios, pintados de todos colores, con plumas en la cabeza y

enrristrando lanzas aparecieron en las riberas del río. Aullaban como demonios. En la punta de una lanza grande mostraban la cabeza del capitán Daza y en otras más pequeñas las de los soldados; sobre unas tablas exhibían las manos de los españoles.

Los franciscanos no ofrecieron resistencia. Era el fin. Con sus rosarios y crucifijos y los ojos entornados al cielo, oraban esperando la muerte. Y no tuvieron que esperar mucho.

¡QUIÉN SABE, SEÑOR...!

Temprano en la mañana, antes de la hora en que debían aparecer los aviones — pues los marines lanzaban sus bombas sobre cualquiera que vieran en los caminos— salí de Los Limones para Los Encinos acompañado por siete jóvenes soldados sandinistas que llevaban cintas rojinegras en sus sombreros.

El camino que llevábamos pasaba entre El Jícaro y Jalapa, lugares distantes entre sí sólo unas pocas leguas, y ambos ocupados por los marines. (Las distancias se calculan allá en leguas, pues los kilómetros y las millas en aquellas vastedades resultan medidas muy pequeñas). Por donde quiera se hablaba sólo de Sandino, de El Chipote, de ataques de los marines, de victorias sandinistas, de las atrocidades cometidas por los invasores contra la población civil. “Jamás cesará esta lucha”, era lo común oír decir. “Pueden recutirnos hasta las más altas montañas, a las selvas más tupidas, pero nunca nos agacharemos ante el invasor.”

Pasamos una quebrada y bajamos un barranco donde tres mujeres con sendos motetes y un anciano estaban preparando su desayuno. Nos dijeron que eran los primeros de un grupo que iba de huida para Honduras.

Arriba del barranco topamos a otro grupo de gente pobrísima con sus motetes y vestidos sucios, indios autóctonos. Huían también de la zona de guerra; nos dijeron que los marines estaban arrasando la tierra.

En ese momento cuatro hombres a caballo vestidos a la europea, con botas y sombreros texanos, con revólveres y cinturones de tiros, se acercaron a nosotros. Inmediatamente Sequeira comenzó a interrogarlos de manera inquisitiva. Dijeron ser mineros de Murra que en busca de seguridad llevaban a sus esposas a Honduras. A las preguntas de Sequeira respecto de si eran o no partidarios de Sandino, dieron respuestas ambiguas, inseguros tal vez de nuestra identidad y actitud.

“Cuanto más antes ustedes se unan a Sandino en vez de huir a Honduras, mejor, no es tiempo éste de salir huyendo”, les dijo.

“Sí, vamos a volver en cuanto nomás dejemos allá a las esposas”, explicaron.

“Está bien. ¿Cómo se llaman ustedes?”, les preguntó al tiempo que sacaba una libretita y lápiz. Apuntó el nombre del que había hablado.

“¿Tienen permiso de portar armas?”, les siguió preguntando.

“¿Qué permiso?”, respondió medio enojado. “Éste es territorio de Sandino. Aquí nadie debe andar armado sin su permiso.”

Ya veía yo venir dificultades por la actitud de Sequeira. Éramos muchos más que los cuatro hombres, pero Sequeira actuaba de manera personal. Estábamos nosotros tan separados unos de otros que hubiera sido difícil controlar la situación. Yo no iba armado. Mi mula estaba a dos yardas del grupo, y como me había apeado me puse detrás de su cola para ver prudentemente desde allí lo que pasaba.

“Yo no tengo ningún permiso”, contestó un tipo recio.

Y antes que pudiera éste hacer ningún movimiento, Sequeira le sacó el revólver del tahalí. “Lo siento, pero entonces la pierde”, dijo mientras hacía girar el revólver entre sus dedos sin quitarle los ojos a los otros tres.

Vi que uno de ellos se enderezaba en los estribos separando ligeramente las piernas, lista su mano derecha a sacar el revólver. Seguramente que también Sequeira notó ese movimiento, pero siguió hablándole al primer hombre reconviniéndole por su actitud cobarde de huir del país.

“Está bien”, dijo finalmente. “Tome su pistola”, y se la devolvió. “Le voy a dar un permiso.” En un papelito escribió un permiso para los cuatro con los nombres de cada uno.

“Pueden irse”, dijo, “pero recuerden su deber”.

Yendo ya nosotros de camino, y reflexionando sobre lo sucedido, pensé que Sequeira había obrado así sólo para lucirse como valiente frente a los guerrilleros que nos acompañaban. Él, con su arrogancia natural y deseos de sobresalir, imponiendo su megalomanía, se había convertido arbitrariamente en jefe del grupo, aunque teóricamente iba escoltando.

Platicó con los hombres acerca de la necesidad de tener la zona libre de marines para mantener abiertas las comunicaciones entre Sandino y Honduras. Con tal fin se proponía regresar del campamento de Sandino y organizar un grupo de guerrilleros del cual sería jefe. Y se les impuso de tal manera que todos prometieron seguirlo.

Más adelante nos detuvimos en una casa amiga, mientras esperábamos que un correo nuestro se adelantara a decir en las casas del camino y al retén más cercano que nosotros íbamos para allá. Estaban entonces las cosas de tal manera allí que cuando los segovianos veían que alguien se aproximaba huían

al monte o sacaban su escopeta y comenzaban a tirar sin decir agua va. Los dueños de la casa pusieron en nuestras manos pedazos de alfeñique y ciertas semillas, y nos dieron también refrescos. Los nicaragüenses de allí, y también de todas partes, probaron siempre ser más hospitalarios que los hondureños.

Como una hora antes de llegar a Los Encinos, dos hombres armados salieron de un terraplén: el coronel Guadalupe Zelaya y su ayudante.

“Andan con suerte”, nos dijo. “Le estaba apuntando a ese capote plomo (el mío) cuando vi de pronto una cinta rojinegra.

“¿Y qué, no recibió mi mensaje?”, preguntó Herrera. “Sí, pero ¿quién si no, tenía que ser un gringo para andar con un capote como ése?”

“Sí, es verdad que es gringo”, manifestó Herrera.

El coronel me miró por la rendija de sus ojos. “Bueno”, dijo Herrera, “va de viaje”.

*

Los Encinos era un caserío pintoresco (y digo era porque los marines lo arrasaron después), enclavado en los bordes de dos empinados barrancos de un hito. Allí, debido a los constantes bombardeos aéreos y a los movimientos de tropas, todas las mujeres, a excepción de unas pocas octogenarias que cocinaban, habían desaparecido. Nos apeamos frente a un caserón con techo de paja.

Después de haber estirado un rato las piernas, el coronel Zelaya me llevó a casa del “inglés”. En la ladera vi una casa hecha de troncos desbastados, bien entechada y cercada por una sólida verja. La habitaba un inglés solitario con su pollada de niñas de lindos ojos, y su esposa nicaragüense. Allí estaba

sentado sobre minerales de oro que tenía por suyos, fumando impávidamente su pipa bajo la protección de un enorme pabellón inglés, para advertir a los marines que no dejaran caer allí sus bombas. Tropas invasoras lo habían visitado tratando de amedrentarlo para que los llevara a El Chipote, pero se les había negado; y mientras cierto día discutían con ellos sobre el caso, una de sus hijas corrió a avisar a los sandinistas que vinieron y cayeron sobre los marines. Las tropas guerrilleras eran ahora dueñas del sitio. Y aunque los aviones hacían círculos allá arriba, él, abajo, seguía impertérrito bajo su pabellón y fumando su vieja pipa. Nadie lo molestaba. Los marines lo respetaban por ser inglés. Los sandinistas admiraban su valor.

Se sorprendió de verme por esos rumbos.

“¿De qué nube cayó usted? ¡Qué valor el suyo! Cualquiera de esos con quienes anda se lo puede volar.”

Me dio mi primera comida decente desde Tegucigalpa, y también me dio cuenta de los movimientos de los marines.

“Ayer estuvieron frente a El Chipote con todo su poderío. Una numerosa partida de ganado de Sandino no pudo pasar la línea; dudo que Sandino quiera recibirlo. ¡Ja! Un americano... Lo que me preocupa por usted es que cualquiera de esos tipos ignorantes con quienes anda puede pegarle un tiro. Son tontos y brutos. No me explico cómo ha podido usted llegar hasta aquí.”

Le dije que el coronel Zelaya me había mantenido siempre en medio del grupo.

“Pero siempre hay peligro de que lo blanqueen. Zelaya es buen tipo. No se separe de él. Si él confía en usted, está en buenas manos. Siga su consejo; nunca se adelante, vaya siempre en medio del grupo.” Me prestó su muía para ir hasta el próximo retén. Le di mi tarjeta.

Entre chupadas, la miró. “Esto lo guardaré como un pequeño recuerdo de esas locuras de la humanidad.”

*

Mi nueva escolta —la mayoría de los otros guerrilleros se habían regresado— iba al mando de Zelaya. Vestía él camisa gris y sombrero del mismo color encasquetado sobre sus ojos negros. Era cafetalero de evidente influencia en la comarca. Indudablemente tenía personalidad; hombre de palabra directa y sincera.

Por largo trecho los cascacos de las bestias salpicaron plata al cruzar los hilos de agua que culebreaban bajo elevados árboles rebosantes de parásitas, musgos y bejucos.

Finalmente pasamos frente a una casa-hacienda desierta en el recodo de un plano lindante con un desfiladero.

“Ahora viene la parte peligrosa”, anotó Zelaya. Y torcimos por la punta de un paredón para salir a un estrecho camino que corría sobre una llanura. Los rayos de un sol declinante nos daban en la cara. Con los ojos en continuo parpadeo comenzamos a bajar por una larga cañada. Y fue de bajar y bajar hasta que la vista se hundió en un mar de verdura, y luego subir y subir hasta la cumbre. Los árboles de la lejanía, jaspeados de peñascos y largos costurones de cascajo desmoronado, se veían reducidos a la insignificancia. La cúspide se recortaba contra un límpido cielo azul. Allí reinaba el silencio. La tarde era calma y apacible, cálida y amodorrada. Las chicharras chirriaban y de los cascacos de las bestias subía hasta nosotros la polvareda del camino.

“La parte peligrosa”, repitió Zelaya escrutando con su penetrante mirada el llano. Todos hicimos lo mismo. Pero nada

se movía. Ni gota de aire. Ni siquiera el palpitar de una hojita. Y seguimos sobre la ceja del despeñadero.

“Aquí estamos a la vista de cualquiera”, continuó diciendo Zelaya. “Pueden blanquearnos desde los matorrales.” Y sonrió con dureza.

Pero sin ningún tropiezo, después de una hora, entramos en terreno montañoso. Teníamos el sol a nuestras espaldas.

Era la hora crepuscular. Un aire húmedo llenó nuestros pulmones, cargado de la miasma de hojas y raíces podridas.

Gradualmente, sin que nadie dijera una palabra, y sin que hubiéramos encontrado alma viviente en el camino, se me fue entrando la idea de que el dominio militar de Sandino en estas partes se debilitaba. Y mientras avanzábamos sobre el barranco, un terror helado e indecible invadía el mundo. No se oía ya el cañoneo del día anterior. Los aviones que por meses y meses habían sobrevolado estos cielos no se veían ya.

Un silencio hermético lo envolvía todo, pendiente de peligros desconocidos. El terror acechaba desde la manigua tropical. Veíase a la catástrofe espiar detrás de los gigantescos pinos y los matapalos.

En algún lugar habría ametralladoras y cañones destrozados y brazos y piernas colgados de las ramas. Pero lo que a nosotros nos embargaba en este atajo secreto era un inexplicable silencio, como si todo el mundo hubiera muerto sin exhalar siquiera un último suspiro. La brisa, como extinta.

Las pocas casas que pasamos en los últimos trechos donde varias sendas empalmaban con el camino real, estaban todas deshabitadas, con sólo unos cuantos animales domésticos en el corral, y los trojes llenos de maíz. El “bandidaje” de Sandino, aún en estas circunstancias, respetaba todo aunque bien se sabe que hasta los bandidos tienen que comer.

Y seguimos adelante. Más casas deshabitadas. Y perros, perros sin dueño que espantados saltaban aullando delante de nosotros. Un perrito peludo huyó entre el monte la panza pegada al suelo y temblando lastimeramente. Luego empezamos a encontrar refugiados.

“Los machos tomaron El Chipote”, nos decían. Todos: nuestros planes se derrumbaban.

¿Dónde estará Sandino? Sus tropas que estaban ahí adelante, en Murra, ¿querrían llevarnos a él?

Más refugiados. Más detalles. Sandino salió de El Chipote sin disparar un tiro. Sin querer librar una batalla final se había escabullido junto con toda su gente, sus provisiones, si dinamita, balas, rifles y ametralladoras, dejando a los marines un cerro sin nada más que soldados de zacate y rifles de palo. Ésa había sido la victoria de las fuerzas invasoras; su galardón después de meses de venir acercándose cautelosamente conforme a enseñanzas de la famosa Academia Militar de Annápolis (los periódicos yanquis hablaron de una gran batalla y de muchísimos sandinistas muertos por los bombardeos aéreos).

*

Entrada ya la noche llegamos a Murra, pueblo minero ubicado en el recodo de un río de aguas lóbregas y frías, amurallado entre sombrías montañas húmedas. ¡Vacío! ¡Desierto! ¡Ni siquiera un perro...! El pueblo era una tumba; el viento balanceaba las puertas que chirriaban. Un terror fantasmal se había adueñado del lugar. Hasta las mismas montañas parecían inexplicablemente vacías. Parecían venírse nos encima, cada vez más tenebrosas, más amenazantes.

Ni un solo soldado sandinista por ningún lado. Ni un alma que respondiera a una pregunta.

¿Dónde dar un bocado? ¿A dónde ir? Sin hablar palabra Zelaya, con su rifle cruzado a la espalda, las mandíbulas apretadas y agachado sobre su muía siguió taciturno camino arriba, y a lo mejor a dar contra un nido de ametralladoras. Sólo montañas tenebrosas alrededor. La humedad se hizo más espesa. La neblina nos envolvió a todos.

Otra vez la lluvia. Lenta primero, y rápida después. Luego a torrentes desde un cielo que no veíamos.

Nos apeamos de las bestias y pujamos a todo pulmón sobre un camino convertido en río, escudriñando en las tinieblas a cada paso que íbamos a dar y arreando a los animales que llevábamos adelante. Íbamos hacia lo desconocido.

Las horas pasaban. La lluvia seguía. Adelante y adelante. Paso lento y triste. Sequeira y yo habíamos cabalgado toda la noche y todo el día para poder llegar a Los Limones. Y hoy llevábamos ya quince horas de viaje sin descanso... Y aún así seguíamos adelante, bregando a resbalones, cayendo de bruces en el lodo, remojados, calados hasta los huesos. El solo hecho de ir caminando sin cesar embotaba nuestra mente para poder pensar en que nos podía pasar lo peor. Sólo veíamos y sabíamos del próximo paso que teníamos que dar.

¡Una luz!

Llegamos a una casa solitaria en la falda de una montaña. Tres voces masculinas nos hablaron con cariño. Manos diligentes se hicieron cargo de frazadas y costales, y desensillaron las bestias que ya iban muy cansadas.

Una gran variedad de enseres domésticos sobresalían de las bocas de los zurrones de cuero crudo listos para ser llevados a lomo de muía a escondrijos de la montaña. Una máquina de coser se destacaba majestuosa entre aquel revoltijo de cosas. En un rincón del suelo yacía un cuadro roto.

Se improvisó una cena de café hirviendo, leche caliente, frijoles y tortillas.

“Las mujeres”, nos dijeron, “se fueron huyendo a la montaña. Cuando a una mujer se le mete el miedo nadie puede detenerla. Nosotros nos vamos mañana con lo que podamos llevarnos. Pronto, muy pronto, aquí van a venir los malditos machos y van a quemar todas las casas”.

“¿Cómo se llama este lugar?”

“San Pedro, es finca y mina.”

“¿Y dónde está Sandino?”

“¡Quién sabe, señor...!”

EL HILO ROTO

La odisea que comenzó en la finca San Pedro, desde que perdimos las huellas de Sandino después de su evacuación de El Chipote, nos llevó más adentro de la montaña en un círculo cada vez más ancho alrededor del escenario en que actuaban los marines. Por todos lados aparecían picos montosos y más picos, profundos despeñaderos y colinas, valles y barrancos, todo preso en la cerrada vegetación del trópico; ciertos días asándonos bajo el tórrido y dilatado cielo tropical, y otros casi invisibles en turbiones de agua o tolvaneras asfixiantes. Montañas difíciles de cruzar aun conociendo los caminos que debíamos tomar.

Desde el mismo momento de aquella noche lluviosa en que llegamos a San Pedro se pusieron centinelas. Uno de los tres estaba en la casa, con sólo una lámpara de baterías y mi encerado, hizo un viaje de dos horas bajo el agua a donde su padre don Juan Colindres que, en lugar secreto de la montaña, estaba oculto con las mujeres de la familia.

Bastante después de media noche llegó Colindres a hablar con nosotros. Su tío, que era coronel de las fuerzas sandinistas, tenía a su cargo un retén de las cercanías. Este Colindres además de ardiente sandinista tenía también que ver con la guerrilla. Después de leer mis documentos de identificación, convencido de su autenticidad, prometió llevarme al campamento del general a las dos de la tarde del siguiente día. "Tenemos que dejar las bestias y las provisiones para viajar por un atajo", dijo. "Es muy peligroso ir a caballo."

Nos acostamos en tijeras de lona, sin siquiera quitarnos los zapatos enlodados.

Temprano en la mañana, don Juan, Sequeira, un indio y yo salimos por entre cerros y pasamos por tres galerías de minas, bien construidas.

Colindres me enseñó unos hoyos extraños para mí. "Los aeroplanos volaron sobre esto, y al ver las excavaciones creyeron que eran trincheras y las bombardearon".

Subimos a una cumbre para luego bajar a una cañada. Al otro lado vimos unos ranchos de indios. Y apenas habíamos caminado unos pasos cuando de pronto vi brillar algo entre el monte. Fue un brillo momentáneo, sólo uno. Pegué un brinco detrás de un árbol y les advertí a todos: "Allá abajo está un hombre con un fusil".

"No creo que haya nadie allí", dijo Colindres tras de echar un vistazo al lugar. "Sigamos."

"Allí está uno por lo menos con un rifle", insistí.

Se rieron de mí. "¿Y cómo sabe usted que era brillo de rifle?"

Cierto instinto me hacía prever algo. "Esperen un ratito", les dije. "Manden a uno a ver".

Sequeira, Colindres y yo nos sentamos a hablar detrás de unos charrales. Colindres observó:

“Realmente que estas subidas son mucho para un hombre de mi edad. Tengo cincuenta y dos años y este Beals quiere seguir adelante; si hasta nos da vergüenza a los patriotas nicaragüenses.”

“Usted no parece tener más de cuarenta y cinco”, dije.

“Sí, estoy bien conservado. Es que yo no abuso de mis fuerzas. Hay hombres que se deshacen por las mujeres, pero yo siempre he sido moderado. Me conformo con cinco o seis veces, pero hay otros que no se pueden controlar.”

*

A la media hora volvió el enviado con dos guerrilleros. Nos dijeron que ya iban a tirarme cuando corrí a esconderme detrás del árbol.

Informaron que Sandino se encontraba en El Remango, un cerro detrás de El Chipote.

Don Juan chifló: “Ya no hay esperanzas en días y días...”

Aunque estábamos cerca de El Chipote y El Remango, los marines se encontraban entre uno y otro lugar. Para llegar a El Remango, sin tener que topa con ellos, teníamos que caminar dos días por veredas secretas.

Uno de los guerrilleros se nos ofreció de chan hasta ponernos en Zúngano, un caserío cercano. Se echó al hombro mi colcha y partimos para allá.

Al otro lado del plano llegamos a un rancho en donde hallamos a dos indios moliendo café en un trapichito hechizo. Era sólo de dos rodillos de madera y una manigueta torcida de hierro. Centenares de avispas amarillas zumbaban a la redonda...

Nos dieron a beber el jugo, o caldo como ellos le llaman. Queríamos llevar comida para el camino; nos dijeron que por

esos lados todo el mundo andaba huyendo; sería difícil hallar algo más adelante. Ellos no tenían nada; pero uno hizo un viaje de media milla en busca de una gallina. Me acosté sobre un tapasco hecho de palos nudosos y dormí como un perro.

Casi una hora después el hombre volvió con las manos vacías.

Empezamos a caminar por un caminito apenas visible entre montañas cerradas, casi vírgenes. Íbamos dejando marcas en los árboles con los machetes para reconocer el camino en caso de que tuviéramos que volvernos.

Llegamos a unos ranchos que hallamos desiertos.

Uno sólo estaba habitado. Allí nos dijeron que en Zúngano no quedaba nadie; y que no encontraríamos nada que comer. Y era verdad, pues de allí en adelante tuvimos la suerte de encontrar sólo unas pocas tortillas. Nos sentíamos felices cuando lográbamos asar unos cuantos plátanos o una batata. Pero cuando hallábamos la palma de "suite" la pelábamos y nos comíamos la médula. A veces cortábamos bejucos de agua para beber; salía a chorros, bullente como gaseosa, y muy fresca. Las pocas personas que topamos eran todas entusiastas sandinistas que iban huyendo hacia lo más profundo de la montaña, temerosas de los odiados marines. Les habían quemado sus casas y arruinado sus sembrados. Iban en busca de seguridad, de una tierrita para desmontarla y sembrar de nuevo. Pero todos, sin excepción, juraban no dejarse someter, seguir luchando y si era posible heredar a sus hijos su espíritu de rebeldía. Por aquí y por allá un hilito de agua, fogones aún calientes, montones de plumas de gallinas recién muertas dejadas por los que huían.

En Pequeña Mataguinea, lugar que siempre recordaré por aquellas *malcagadas* parecidas a los zopilotes que revoloteaban

teaban y chillaban a mi alrededor, nos dijeron que los marines acababan de pasar por el camino que llevábamos, un poquito más allá de Zúngano. Era imposible seguir.

Pero también se nos dijo de otro retén al otro lado de Zúngano que estaba al mando del coronel Colindres, tío de nuestro acompañante y uno de los más señalados hombres de Sandino.

Despachamos a un correo con nuestras cartas para que el coronel se las remitiera al general.

Sequeira de pronto se volvió un Santo Tomás de incrédulo. Dijo en serio que quería volverse. Pero yo, mientras hubiera la más débil esperanza de llegar donde Sandino, me le hacía el sordo. La noticia del retén del coronel Colindres me reanimó.

El lugar en donde paramos después era un bajareque de palma, con dos, sólo dos pares de cañas y un tabanco. Lo habitaba una pareja de indios desaseados, dos niñitos chillones y un viejo barbado, enfermo de fiebres palúdicas, con la cabeza envuelta en un trapo; todos los demás andaban huyendo.

Nos dieron de comer plátano asado y un puñito de frijoles sin sal. Era lo único que tenían.

Dormí esa noche en el tabanco hecho de varas rústicas. El humo era asfixiante; el techo hervía de alacranes, pero allí no hacía frío y el humo mantenía alejados a los mosquitos.

A la mañana siguiente llegó la respuesta de Colindres. Dos guerrilleros y un chan —de barba éste— amarillo de paludismo, traían órdenes de llevarnos al retén. Nos echamos las frazadas al hombro y salimos para allá.

Uno de los guerrilleros, llamado Pedro Montoya, me miró de muy mala manera murmurando algo acerca de los “yanquis”. Eso me puso tan receloso que me vi obligado a explicar en detalle mi propósito. Se calmó un poco, aunque no de-

jaba de hacerme preguntas insidiosas. Y en su mente de indio caviloso hervía el misterio para él inexplicable de mi presencia allí, detrás de las líneas de Sandino.

“La mayoría de la gente que ha querido ver al general”, dijo, “ha sido para decirle que entregue las armas y deje que los marines se queden en Nicaragua”.

Le aseguré que yo no andaba queriendo darle consejos de ninguna clase al general, y le agregué con cierta aspereza que no era correcto que un subalterno de él se metiera a decir a quién debía recibir el general y a quién no. Montoya se quedó callado.

Y este mismo hombre me acompañó en todo el viaje hasta que llegamos al campamento de Sandino. No pasó mucho tiempo sin que dejara su modo hostil. Se volvió mi incondicional y fiel amigo. Me conseguía de comer: caña, naranjas, frutas, semillas y raíces comestibles. Me enseñó mucho acerca del “comisariato” de los ejércitos centroamericanos. A ratos nuestra tropa parecía un cañaveral ambulante. Montoya descubrió mi interés en la flora y me dio los nombres de casi todas las plantas que veíamos, y también sus virtudes medicinales: el zorri- llo, por ejemplo —que hiede igual que ese animal— es bueno para el dolor de cabeza (pero yo mejor me quedo con el dolor); el coyol, fruta insípida; la golondrina, para los ojos; la malva, para los riñones; la lengua de vaca, es un sedante uretral; la dormilona con hojas que se recogen al más leve toque de la mano, y así. Este Montoya confundía los hechos reales con el folklore local y las supersticiones. Me dijo acerca del camotillo: “Si usted da de comer esa planta a una persona un día después de haberla cortado, la persona muere en veinticuatro horas; si se la da a la semana, pues muere a la semana; y si al mes, al mes. Las autoridades fusilan al que se la encuentran”. (Ley a mi

entender demasiado severa contra una sustancia que se come y es también droga).

Antes de salir yo de esas montañas, Montoya me servía al pensamiento en todo. Lo último que me pidió fue un retrato. “Quiero llevar su retrato en la batalla de Jinotega”, me rogó.

Esto –de seguro creía él– sería la mejor prueba de mi amistad, pues a ningún nicaragüense de origen humilde le gusta que su retrato ande en manos de desconocidos, ya que con él se pueden hacer maleficios mortales.

CIGARRILLOS DE UN MUERTO

La última etapa del viaje hacia el campamento de Colindres la hicimos al anochecer rompiendo monte a puro machete por entre una selva tupida. Las líneas de los *marines* estaban cerca de allí.

Empapados en sudor entramos en un claro entre la montaña. En un barrancón vimos a unos treinta guerrilleros y doce mujeres; éstas habían sido cocineras y lavanderas en El Chipote. Una de ellas, Teresa, mujercita pimentosa con un hijito de unos cinco años, me dijo con desfachatez: “¡Tú eres americano!”. Supe después que había sido amante de Sandino.

“¿Cuánto tiempo hace que no fumas?”

“Muchos días.”

“Y esto ¿qué te parece?”, dijo alargándome dos cajetillas de Camel.

“¿De dónde los sacaste?”, exclamé asombrado.

“Se los quité a un marino muerto”, respondió displicentemente.

Tenía una toalla enrollada en la cabeza. Un charnel de bomba lanzada por un avión le había dado en la frente. Y le-

vantándose la improvisada venda me enseñó una fea cicatriz en forma de estrella sobre el ojo izquierdo, todavía encarnada.

De un caldero en que se cocinaba para todos una sopa de gallinas con papas y muy rica en aromas, los dos Colindres, Sequeira y yo comimos con mucha hambre. De sobremesa hablamos del problema de llegar hasta Sandino.

“Ya le mandamos sus cartas”, dijo el coronel Colindres. Era un hombre joven y carirredonda que andaba con Sandino desde más antes que cualquier otro; miembro de una bien conocida familia liberal, que decía ser pariente lejano del presidente electo de Honduras. Me contó de los primeros tiempos de la gesta de Sandino.

“Hace unos años trabajé con el general en las minas de oro de San Albino, en Nueva Segovia”, me dijo. “Desde entonces ya pensaba él en liberar a la patria del yugo extranjero, y le prometí que a la hora de llegada lo acompañaría.”

“Nosotros estábamos con el vicepresidente Sacasa cuando estableció su gobierno en Puerto Cabezas; también estuve con el general en las últimas batallas que dio la revolución liberal en toda la república, en Yucapuca, en Trinidad; y también cuando tomó parte en el ataque a Chinandega. A pesar del apoyo que los americanos daban al partido de Adolfo Díaz, el ejército liberal triunfaba en todas partes, porque el país es liberal en su mayoría.”

“Un día, cuando aún estábamos en Puerto Cabezas, llegaron los barcos de guerra norteamericanos y desembarcaron trescientos marines sin pedirle permiso a nadie. Ese puerto, que era la sede del gobierno de Sacasa, fue declarado por ellos zona neutral.”

“Todos los lugares a donde llegaban triunfantes las tropas liberales eran declarados zona neutral. A Sacasa le ordenaron entregar las armas a los americanos. Y eso lo hicieron a

pesar de que era el presidente legal, pues Díaz fue impuesto por los americanos y un congreso nicaragüense que celebró una 'misa negra' y hasta con muchos diputados ficticios."

"Cuando los marines desembarcaron en Puerto Cabezas, Sandino se dispuso a resistirles. Sacasa lo calmó. Y entonces él, en vez de entregar sus armas, se retiró a las montañas cenagosas de la Mosquitia en donde hasta la última gota de agua alcalina para beber tiene que ser sacada cavando pozos y después hay que colarla para quitarle el lodo. Allí las mujeres del pueblo, y hasta las prostitutas, le ayudaron a llevarse unos rifles contrabandeados. Se consiguió a unos veinticinco miskitos que le ayudaron a trasladar esas armas hasta Prinzapolka pasando entre horribles tremedales. De allí las llevó hasta Cabo Gracias a Dios, y sufriendo lo indecible, con sólo un pequeño grupo, remontó el Río Coco para internarse en Nueva Segovia."

"Cuando Stimson y Moneada firmaron el convenio de paz en Tipitapa, el general licenció a sus tropas pero se negó a entregar las armas, las que engrasó y escondió en la montaña. Después de haberse informado detalladamente de los términos del convenio, llegó a la conclusión de que eso no sólo era una traición al Partido Liberal, sino también al pueblo nicaragüense. Entonces fue que alzó bandera de rebeldía en Nueva Segovia en donde lleva ya casi nueve meses. Lo que vio en Puerto Cabezas lo impulsó a pelear por la soberanía de su país para que nunca jamás volviera a haber intervención."

*

Colindres veía con escepticismo el que pudiéramos dar con el general. Muchos días, y hasta semanas tal vez, podrían llevarnos a eso, pues los marines estaban por todas partes.

Y volvió Sequeira con su viejo pesimismo; desde la evacuación de El Chipote él estaba decaído. Comentando la situación decía que andábamos en busca de un imposible.

“Yo creo que debemos volvernos. Yo no doy un paso más.”

“Yo sigo”, resolví. “Mientras Sandino esté vivo yo seguiré buscándolo.”

“¿Pero cómo va a hacer después para volverse solo?”

“Mientras haya esperanzas yo no me voy a rajar.”

“Es que usted no se da cuenta del peligro”, retrucó Sequeira.

“Yo sé que estoy entre amigos. Me pongo completamente bajo la protección del coronel Colindres.”

“Bueno, yo también soy su amigo, pero es locura. ¿Cómo vamos a saber si Sandino recibió los papeles?”

Apenas acababa de decir esto cuando un correo llegó en carrera, resollando.

¡Traía la respuesta del general Sandino!

28 de enero de 1928

Don Juan Colindres Estimado amigo:

Recibí su nota en la que me avisa que hay unas personas que quieren hablar conmigo... que vayan a El Remango y de allí a los señores que usted dice, el capitán Pedro Altamirano los traerá al lugar donde me encuentro. Que caminen ligero para que puedan llegar pronto a mi campamento. Lo saluda en compañía de su familia.

Patria y Libertad

(f) A.C. Sandino

P.D. Tráigalos antes de la batalla de Jinotega que pensamos librar pronto.

Vale.

“Bueno, ahora el asunto tiene otra cara”, admitió Sequeira, “aunque...”

“Yo sigo”, dije.

“Pues yo también”, se resolvió a decir él, recobrada ya su arrogancia y presunción.

Esa noche, en un ranchito de una loma del campamento, a la luz de mi lámpara de baterías, Sequeira ojeaba su manuscrito y el último número de Ariel.

*

Muy de mañana del día siguiente levantamos campo con los guerrilleros y las mujeres para irnos a marcha forzada a El Remango por entre tierras de peligro. Hicimos un rodeo para evitar el retén de El Retiro en donde estaban los marines quemando ranchos, cuyo humo veíamos salir de un lado de la montaña.

Por pura casualidad encontramos en un lugar montañoso al general Echevarría, mexicano. Tenía una veteranía de quince años de revoluciones en Honduras, y se le tenía por medio poeta. En un principio se apareció con veinticinco voluntarios hondureños en el campamento de Sandino, de quien fue secretario por un tiempo.

Era un sujeto voluminoso, de pañuelo rojo al cuello y una buena cutacha ensartada entre bota y pantorrilla derecha.

“¡Ah, Carleton Beals!”, exclamó. “¡Claro, hombre, si yo lo conozco a usted de nombre!”, y me dio un típico abrazo a la mexicana. Desde ese momento la cotización de mi persona subió más entre aquellos guerrilleros.

Echevarría me dijo que estaba descansando. “El Chipote estaba bien, pero estoy muy gordo y viejo para andar

de arriba para abajo en estas montañas. Esto es más bien para los jóvenes. Aquí estoy en mi casita con mi esposa y un perro. Más tarde volveré a juntármele a Sandino. Los marinos andan por todos lados, pero no creo que me hallen en este escondite. Pero si hasta mi esposa se me perdió aquí por dos días, y no podía hallarla.”

Sequeira volvió a aconsejarme que me volviera.

“Yo sigo con usted o sin usted”, le repliqué tercamente, y desde ese momento nació entre él y yo una antipatía que nunca prescribió.

Bajamos a un plano, cruzamos terrenos traicioneros en donde uno de los caballos se atolló en un estero y sólo pudimos sacarlo después de media hora de mucho trabajo. Y seguimos subiendo montaña tras montaña.

Por fin, en un frío atardecer, bajo un cielo verde-plomizo subimos a un cerro pelado barrido por un viento despiadado que subía de los grandes planos de allá abajo. Detrás de unas largas barricadas de troncos gruesos asomaban rifles amenazantes que se recortaban contra el cielo en manos de hombres agachados con sombreros de cintas rojinegras.

Este retén, uno de los puntos claves, casi inaccesible para el enemigo, estaba allí desde el comienzo de las hostilidades. Sus corrales veíanse llenos de reses, de caballos y de chanchos. Había también un gallinero y varias casitas alrededor del case-rón principal. En el sesgo de la cumbre del cerro había cueros de reses recién muertas puestos allí para secar. A veces algún chanco les volaba su tarascada. Y aquí en El Remango hallamos al capitán Altamirano.

Este capitán Altamirano (más tarde ascendido a coronel y después fue capturado y fusilado) era hombre de edad madura que había peleado en guerras de todo Honduras y

Nicaragua. De cuerpo robusto, calmo en el pensar y hablar y seguro a la hora de actuar. Vestía pantalones blancos de franela, banda rosada a la cintura, y camisa amarillo-limón sin botones cruzada por una canana de tiros. De un hombro le colgaba un saquito a cuadros, y su cara lucía una barba de ocho días. También estaba allí una columna de unos treinta hombres a la que Sandino había ordenado acompañarme hasta su campamento — donde quiera se encontrase.

El capitán Altamirano ordenó se cuidara de nuestras mulas y dijo a las mujeres que nos sirvieran café caliente pues llegamos sudando a chorros, pero con el viento frío que entonces soplaba, nuestras ropas tiesas y mojadas se nos pegaban al cuerpo tiritante. El capitán arregló personalmente los camastros en que íbamos a dormir; al poco rato estábamos sentados ante una sabrosa cena caliente y abundante.

Él, más que cualquier otro de los hombres de Sandino, estaba catalogado como “bandido” cruel y sanguinario. Pero yo puedo decir que ningún otro fue más bueno con nosotros; nadie me pareció más decente que él.

EL CAMPAMENTO DE SANDINO

Aunque el viento aullaba en el cerro El Remango, pasamos una noche agradable en el cuarto grande del caserón. Los guerrilleros se movían por todos lados tranquilamente, como si el enemigo estuviera a muchas millas de allí y no en uno de los cerros vecinos. El cuarto estaba hecho de varas clavadas en el suelo y el techo era alto y empalmado. En uno de sus extremos estaban las mesas de la cocina que eran troncos de árboles partidos a lo largo, o lajas sobre postes de madera; a su lado las piedras de

moler tortillas, el fogón y los hornos de barro, en cuyos frentes los artistas humoristas habían realzado rostros humanos. En el cuarto estaban alineados los camastros que eran estacas bajas clavadas en el suelo con forro de cuero crudo, cuyo sobrante del lado de la pared lo alzaban pegándolo a las varas verticales para impedir que el viento se colara entre ellas.

En una de las paredes las mujeres tenían en un altar a San Antonio, decorado con papeles de seda en todo color; una lamparita de carburo lo alumbraba. De las varas ahumadas del techo colgaban grandes tasajos de carne fresca y seca; y también calabazos con taponés de olote, tinajas de barro, cinchas y correas de cuero crudo, y mecates de cabuya. Un tierno be-rreaba en una hamaca de cabuya con borlas de muchos colores.

Los guerrilleros, con su inseparable rifle al lado, se juntaban en grupos. Algunos hablaban de todo, otros contaban cuentos, y otros más opinaban de la batalla de Ocotál, de la emboscada a los marinos en Las Cruces; del incendio de la hacienda El Hule y de la violación de mujeres por los malditos gringos — y yo, un macho, un gringo, un yanqui, en medio de todos ellos tratado con suma deferencia. Otros más, sentados en troncos de árboles leían a la luz de astillas de ocote novelas, el último número de Ariel y pedazos de periódicos. Un joven enamoraba a una muchacha de peinetón colorado con piedras de mucho brillo. Otro más, en pijama mugrienta, asaba carne usando la baqueta de su rifle como asador. Un guitarrista punteaba con la música de “Adelita” una canción de *vivac* de sencillo sabor *whitmanesco* y abundantes nombres propios.

Yo soy de los defensores
que con sangre y no con flores
lucho por conquistar

mi segunda independencia
que traidores sin conciencia
han querido profanar.
Es mi patria la sultana,
linda centroamericana
de los lagos y el pinar.
No quiero ser esclavista
del nórdico expansionista
que nos viene a asesinar.

Cuatro estrofas de esas.

Al compás de esa música y letras comenzamos a bailar y bailamos casi toda la noche. Era aquello una mezcolanza de voces, humo, canciones, olores, llamas y colorines.

Una de esas compañeras, Blanca era su nombre, halló una almohada para mí y una sábana también, y en la mañana se me apareció con una jícara de agua para que me lavara las manos y la cara. El por qué de tantas finezas salió muy pronto a luz. El capitán Altamirano había ordenado que ninguna mujer saliera del campamento; pero la Blanquita que me había atendido tan gentilmente tenía un niño de tres años y quería irse con él para alguna ciudad. Había perdido a su hombre y quería que yo intercediera para que se le permitiera venirse con nosotros como compañera mía. Pero el capitán sabía que la presencia de mujeres atrasaría la marcha y aumentaría los riesgos, pues teníamos que pasar otra vez cerca de puntos ocupados por los marines. Con todo, el general Sequeira insistió con arrogancia que a una de las chicas de quien se había enamorado en el retén del coronel Colindres se le permitiera acompañarnos. El capitán Altamirano remolonamente, accedió a la solicitud Y Sequeira, por supuesto ahora que vio otra vez abierto el cami-

no hacia el campamento de Sandino, volvió a relegar todas sus dudas y de repente se sintió un fogueado general de las fuerzas sandinistas. Y en vez de considerarse como simple hombre que venía en una misión cualquiera, caminaba gallardeando para hacer tremolar los faldones de su capote ahulado y lucir altivo su gran sombrero picudo creyéndose el generalísimo del grupito, increpaba a los muchachos y daba consejos al capitán sobre disciplina militar.

*

Sandino se había llevado la mayor parte de las mulas y caballos, pero el capitán Altamirano logró dejarse tres bestias, para Sequeira, Colindres y yo. A mí me tocó un caballo blanco asmático y más calmudo que una vaca vieja y completamente insensible a las espuelas y al riendazo. Dos veces cayó de trompa bajando la lodosa y empinada cuesta de El Remango. A la segunda caída me di por vencido y seguí a pie hundiéndome en lodo hasta las rodillas.

Y paso a paso bajamos el caminito lucio y escarpado hasta caer al valle. Atrás quedaba el hielo de la montaña. Haciendo un gran rodeo soslayamos Quilalí que los marines estaban arrasando, y sudamos la gota gorda subiendo y bajando por entre lomas peladas, acacias y cardones espinosos, y sin faltar las hojas de las cortantes navajuelas, y además muchos jicarales.

Y seguimos durante días sobre caminos ásperos y resecos, y luego cruzamos lomas arboladas para finalmente entrar en las densas montañas que ensombrecen el río. Paramos en casa de una viejita a varias millas del río. Su hijo, que no andaba en la guerra, había sido muerto por un avión de los marines. "Le hicimos un ataúd chiquito", recordaba ella sin emoción alguna, "porque la bomba le voló las canillas".

Y cuando le preguntamos si tenía algo de comer, como decir leche, queso (pues vimos en el corral unas vacas) o cualquier cosa, respondió sin vacilar y encendida la mirada: “¡Para ustedes sí todo lo que tengo, todo...!”.

A la mañana siguiente subimos orillando el Río Coco; desayunamos en un rancho y luego, después de darnos a reconocer — pues podíamos toparnos allí con los marines — vadeamos el río para ir a caer directamente al retén del coronel Guadalupe Reyes, soldado canoso ya y propietario acomodado cuya hacienda Santa Cruz la había convertido en puesto de avanzada del campamento de Sandino. Sus corrales daban al río, testigo de muchas acciones de marines y de tropas sandinistas; allí estuvimos lo suficiente para darnos una buena bañada y refregar el cuerpo.

Ese refregamiento fue una buena cosa, pues yo, como la mayoría de los demás, estaba cubierto de garrapatas. Estos arácnidos pican tanto que no lo dejan dormir a uno.

Por días y días nuestro saludo matutino era: “¿Te molestaron mucho las garrapatas anoche?”

Mis piernas eran una almáciga de ronchas diminutas. Me las quité restregándome con la arena del río, y casi me arranqué la piel. Lavé y aporrié mi ropa, y como no teníamos tiempo para ponerla a secar, la exprimí todo lo que pude y así mojada me la volví a poner. De las garrapatas no me quedó ni una.

*

Más selva, húmeda, miasmática. Grandes ceibas, caobas, pinos, y árboles de guayacán, flores y hojas de colores, bejucos que se entrelazan como brazos desnudos, líquenes y plantas aéreas, parásitas viviendo de parásitas, y otras plantas de ta-

maño microscópico, la eterna jerarquía del trópico, lamentablemente duplicada en la estructura de la sociedad humana. Un guerrillero se ensartó entre el sombrero y su cinta rojinegra una orquídea purpúrea de \$20 dólares (cotización de Nueva York). Tropillas de monos cara-blanca, otros más chillando van de rama en rama y paran un momento para hacernos muecas y tirarnos trozos de ramas secas. Una mona vuela asustada llevando un crío pegado con los dientes a su teta. De lo más recóndito de la montaña nos llega el ominoso rugido del león repetido a intervalos. Grandes y multicolores lapas cruzan el cielo chillando ásperamente. Óyese por momentos el dulce canto del toledo. Vadeamos y revadeamos tributarios del río que corren hacia el norte. Los guerrilleros, desde que salieron del retén de Rivera van mejor abastecidos; llevan trozos de carne fresca envueltos en hojas de plátano que cuelgan del cañón de sus rifles.

Las pocas gentes que encontramos en el camino (aquí también gran parte de la población ha abandonado sus casas por miedo a los marines) no sabían que Sandino había evacuado El Chipote.

Caminamos por senderos que eran canales de lodo con barrancos a los lados más altos que nosotros hasta llegar, ya al atardecer, a la loma de Las Cruces. Aquí fue donde Sandino emboscó a una patrulla de marines haciéndolos picadillo.

Más adelante había un enorme tronco de árbol caído en medio camino. Rivera, que iba delante de mí, bajó de su caballo. La montura de su bestia pasó por debajo rozando el tronco. Yo me arriesgué a pasar ladeándome sobre el costado de la bestia, con sólo una pierna en la albarda. Me incorporé demasiado temprano, di con la espalda en el tronco y salimos la albarda y yo disparados como pedazos de papel. Salvé la vida, pero estuve a punto de ganarme una patada de mi caballo que se asustó.

Reparado el daño, bajamos hasta cerca del valle de Jinotega. Otra noche de lluvia torrencial sobre un camino en el que las bestias se iban hasta la cincha de lodo. La cincha del caballo del coronel Colindres se reventó y él fue a parar de cabeza en el lodazal. A Sequeira se le rompió un estribo y tuvo que seguir a pie. A las siete llegamos por fin a una ranchería en donde no había qué comer. El viento helado se metía silbando por entre las varas verticales que hacían de pared de los ranchitos. Por primera vez Sequeira no leyó su manuscrito porque se puso a secar sus zapatos en el fogón de la cocina. Yo dormí sobre un cajón de cara a la lluvia que por entre las varas entraba a chorros.

Sus moradores se mostraron hostiles, especialmente un viejo que tenía dolor de muelas; una toalla sucia le envolvía la cabeza y la mandíbula. Sequeira, para evitar que diera información al enemigo, se lo llevó a la mañana siguiente con nosotros so pretexto de servirnos de guía.

Cuanto más lejos estaba de su casa el viejo, más le atormentaba el dolor de muelas, y al mismo tiempo proclamaba con más y más aparente entusiasmo su simpatía por la causa de Sandino. De cuando en vez nos rogaba le dejáramos regresar a su casa.

Yendo en dirección a Jinotega, donde cien marines estaban acuartelados, cruzamos por entre tierras desmontadas de haciendas y potreros con muchas reses y caballos cimarrones. Llegamos hasta cinco millas de la plaza de Jinotega. Nuestra reducida tropa avanzaba con cierto recelito, buscando aviones en el cielo. Los compañeros escogían las casas y haciendas de cachurecos para confiscarles albardas y caballos. A poco ya la mitad de la tropa iba montada, y algunos hasta se hicieron de buenos pellones de piel de chivo. Guadalupe Rivera y yo

cabalgábamos a la cabeza del grupo. Él se quitó su insignia rojinegra para convertirse en un finquero común y corriente que volvía de su propiedad en la montaña. Saludó en el camino a muchos amigos.

Algunos se nos juntaron, y uno de ellos trató de averiguar qué andaba haciendo yo allí.

“¿Usted es periodista? Entonces tal vez quiera ver a Sandino. Dicen que anda por estos lados.”

Yo me mordí la lengua. Llegamos por fin a casa de un primo de Rivera, quien dispuso se preparara algo de comer a la tropa que no tardaría en llegar. Ataron los caballos en el patio, para no llamar la atención de nadie. Después de unas horas de descanso salimos de prisa, pues la noticia de nuestra presencia estaba ya probablemente en conocimiento de los marines de Jinotega.

*

Y luego otra vez por entre lomas y potreros. Después de zigzaguar sobre las hermosas cumbres de Yucapuca, bajamos para dar con una casa acribillada a balazos. Aquí fue donde a principios de la resistencia tuvo Sandino su Cuartel General durante varias semanas. Toda la familia, desde el abuelo al nieto — se contaban a montón — eran ciegos admiradores de Sandino.

Al saber que Sandino había entrado a San Rafael del Norte, mandamos allá un correo a toda prisa.

A las ocho de la noche llegó al galope a la hacienda un enviado del general Sandino. Era el coronel J. Santos Rivera con un mensaje enrollado en una batería de su linterna eléctrica. En dos horas estaríamos en San Rafael.

En un instante estuvieron listos los caballos, y Colindres, Sequeira, Rivera y yo emprendimos viaje.

San Rafael del Norte es un pueblo de casas de adobe y entejadas del departamento de Jinotega, sobre el costado de la serranía de Yalí. Está situado en un estrecho paso de la montaña por el cual baja un burbujeante caño de agua. Al otro lado de éste, allende la elevada cresta del Yucapuca y en un ameno y populoso valle yace la ciudad de Jinotega, capital del departamento. Por el sudoeste, hacia los departamentos de Estelí y de León, se alarga la serranía; toda esta región es ideal para una guerra de guerrillas.

Doblamos un recodo del camino. El ojo rojo de un horno nos miraba desde el bisel de un cerro. Y de repente dimos sobre el primer retén de San Rafael del Norte.

“¿Quién vive?”

“¡Viva Nicaragua!”

“¡Santo y seña!”

“No venda nunca a la patria.”

“Avance uno por uno y dése a conocer.”

Un guerrillero jovencito en uniforme verde oscuro y anteojos ahumados se encargó de mí haciéndome pasar. “¿Usted es el americano? Pase adelante, señor.”

Íbamos entrando por la calle real del pueblo. Cuadra a cuadro nos daban el alto en forma tan perentoria que sonaba imperiosa en medio de la noche, y los rifles eran trancas que acatábamos el último requerimiento.

“Péguense a la pared y avancen uno a uno.”

En el retén en donde estaba el grueso de los centinelas, una compañía entera se puso de pie en atención. Al pasar nosotros subían sus rifles del suelo al hombro. Después de parar varias veces llegamos y oímos alaridos de clarines hiriendo las tinieblas de la noche. La disciplina de las tropas de Sandino era excelente. De ésta y otras demostraciones de ese género hice mención más tarde al general Feland, al mando de las fuerzas

de marines en Nicaragua: "Tal vez sólo lo hicieron así para impresionarme".

"No se equivoque", objetó él. "La disciplina no se enseña sólo para dar a creer. Cuesta mucho enseñársela a las tropas aún teniendo toda clase de facilidades."

El coronel Francisco Estrada, del estado mayor de Sandino, nos dijo que el general, por estar enfermo con un resfrío al pecho no podría recibirnos sino hasta por la mañana. Nos llevaron a pasar la noche a casa del coronel J. Santos Rivera.

En la salita sencilla, ante un retrato de Alfonso XIII, con un fonógrafo en un ángulo y una hilera de sillas caseras, los familiares del coronel nos invitaron a sentarnos en el círculo de los hombres más allegados a Sandino.

Quedé junto al general Manuel María Girón Ruano, militar guatemalteco excomandante de El Petén, hombre de formación militar europea, capturado más tarde y fusilado por los marines. Andaba por los cincuenta años; tenía rostro expresivo y vivaces ojos grises. Junto a Sequeira se sentó el general Montoya, hondureño que llevaba un pañolón ceñido al cuello y tiritaba de fríos palúdicos.

Después de los cumplidos nos invitaron a sentarnos a comer. Por sugerencia del coronel Rivera enviamos recado al general Sandino poniéndonos a sus órdenes y diciéndole que sabíamos de las exigencias militares; que si a el le parecía mejor recibirnos esa misma noche iríamos en seguida, pues no estábamos demasiado fatigados. Pero la verdad era que yo con dos semanas de viaje forzado sufriendo toda clase de intemperies a toda hora del día y de la noche, comiendo muy mal y sin dormir cómodamente, me sentía acabado. Y por suerte el general volvió a mandarnos a decir que por favor lo excusáramos por estar enfermo, pero que podríamos vernos ¡a las cuatro de la mañana!

De vuelta en la salita nos entretuvo un guitarrista que era de los ayudantes personales de Sandino, cantándonos muchos corridos patrióticos, todos dirigidos contra “los viles invasores”, “los malditos piratas”:

“Padre nuestro que estás en los cielos
¿por qué no aniquilas el fuego del mal?
¿por qué abandonas las rojas banderas?
¿por qué a los piratas no puedes destruir?.”

A eso de media noche los oficiales se fueron a acostar, tras lo cual el coronel Rivera y su bellísima esposa me trajeron el álbum de retratos de familia que admiramos justamente. El coronel era padre de cuatro niños, el menor de los cuales, un chiquitín que apenas empezaba a caminar y apenas si podía hablar, gritaba como gallito qui-qui-ri-quí: “¡Viva Sandino!”.

Entre las fotografías había unas de la ciudad de Chinandega bombardeada por aviadores norteamericanos. Escenas macabras. Una calle entera en ruinas y pringada de cadáveres destrozados; las paredes del hospital derrumbadas sobre cuerpos de los que habían sido pacientes; el edificio de un banco y su caja fuerte al raso. ¿No fue hace poco que nosotros llamamos hunos a los alemanes por acabar despiadadamente con la población civil?

Cerca de las dos de la mañana nos metimos en la cama.

SANDINO

A una hora ingrata, las estridencias de un clarín que daba el toque de diana penetraron en mi dormitorio. Me levante dando

traspies en busca de fósforos y mis zapatos. Había descansado dos horas. Temblaba y tenía los ojos enrojecidos. Antes de media hora el general Sandino me recibía en su oficina situada en la parte trasera del cuartel. A la luz de una lámpara su esposa, Blanca, nos sirvió café y pan (ella era entonces la telegrafista del lugar); cubría la mesa de comer un mantelito a cuadros rojos. A medida que hablábamos la luz de la lámpara iba palideciendo hasta que el alba la destiñó del todo.

Sandino nació un 18 de mayo de 1893 en Niquinohomo, pueblito del departamento de Masaya, a tres horas por tren de Managua. Su padre, don Gregorio Sandino, cafetalero es uno de los hombres destacados del departamento, y liberal moderado. El general Sandino estudió la primaria en su pueblo, y la secundaria en el Instituto Nacional de Oriente, de la ciudad de Granada. Después pasó a trabajar en la finca de su padre. A causa de un incidente que tuvo con un hombre de los principales de su pueblo partió para León, de donde salió para Honduras. Allí trabajó en las minas y en las compañías bananeras de La Ceiba. Partió luego a Tampico, México, para trabajar en la compañía petrolera Huasteca.

En 1926, a ruego de su padre, regresó a Niquinohomo. Volvió equipado con varios libros de sociología y sindicalismo y por extraño que parezca, con un voluminoso tomo de la secta religiosa Adventistas del Séptimo Día, de la que me habló varias veces en tono jocoso.

Sandino es de baja estatura, tal vez no mida mas de cinco pies. En aquella mañana de nuestra entrevista vestía traje nuevo de color kaki casi negro, y botas altas de montar brillantemente lustradas. Llevaba anudado al cuello un pañuelo de seda rojinegro. Su sombrero Stetson de alas anchas y encarrujadas echado un poco sobre la frente. De cuando en cuando,

mientras conversábamos, echábase bastante atrás el sombrero y daba tironcitos a la silla hacia adelante. Este gesto dejaba ver su pelo negro y lacio y una frente despejada. Su cara es enjuta desde las sienes hasta la recia base posterior de la mandíbula que se aguza con firmeza hacia el mentón. Sus cejas se curvan con regularidad sobre unos ojos líquidos en los que no se ven pupilas, de tan negros; ojos de intensa y expresiva vivacidad, y de refracción a la luz. Sandino no tiene ningún vicio, y sí un claro sentido de la justicia, y ojos siempre atentos al bienestar del más humilde soldado.

“Muchas batallas han curtido nuestros corazones, pero también han templado nuestras almas”, es uno de sus dichos favoritos.

Yo no estoy seguro de la autenticidad de la primera parte de este epigrama, pues en todo soldado raso y oficial suyo que conocí allá, advertí una lumbre de cariño encendida por él, y de ciega lealtad a su persona; a todos ellos les ha comunicado su propio odio acérrimo al “invasor”.

“La muerte es sólo un momentito de dolor, no hay que pensar mucho en ella”, repetía sin cesar a sus soldados. Y también esto: “La muerte se lleva primero al que más la teme”.

Formulaba también pensamientos religiosos: “Dios es el árbitro de nuestras batallas”, “Si Dios quiere triunfaremos”, “Dios y nuestras montañas están con nosotros”.

Sus dichos, sentenciosos y sensatos, corren de boca en boca entre todos los hombres de su pequeño ejército. Son ideas asombrosas para gentes de mentalidad sencilla. Su más característico ademán es sacudir el dedo índice con rápido movimiento de todo el brazo. Mientras habla se inclina hacia adelante y una o dos veces se puso en pie, como para darle fuerza a su argumento con todo el cuerpo.

Su dicción es admirablemente fluida, precisa, de modulación pareja, y su pronunciación purísima; es raro que su voz cambie de tono, pero ni siquiera cuando recalca una idea. Ni una sola vez, en las cuatro horas y media que duró nuestra conversación — casi incesante y sin que la estimulara — titubeó en su forma de expresión ni denotó duda respecto de los temas sobre los que habló. Vierte sus ideas exacta y epigramáticamente ordenadas. No eludió comentar ninguno de los graves problemas que afligían a Nicaragua, y ni siquiera tuvo que insinuárselos. Pero en cuestiones militares sí que era sumamente exagerado y jactancioso; abultaba sus triunfos.

“¿Dónde están todos esos aviones de que tanto he oído hablar?”, le pregunté.

“A las diez volarán sobre San Rafael”, dijo.

Y a las diez, tal como dijera, dos bombarderos zumbaron sobre el pueblito, volando en círculos cada vez más bajos. Los hombres de Sandino permanecieron en las puertas de las casas, rifle en mano. “No tirar si no bombardean”, era la orden. La última pasada la hicieron casi a ras de los tejados. Y se fueron.

*

En manos de los sandinistas había visto yo un rifle al que llamaban “Con-Con”; lo examiné y vi que era ruso. ¿Cómo pudieron llegar a Nicaragua? ¿Tenía razón *mister* Kellogg de acusar a la América Central de bolcheviquismo? Esos rifles tenían una curiosa historia. Cuando en Rusia estalló la revolución de Miliukof, y luego ocurrió el golpe de Kerensky, Estados Unidos y sus aliados creyeron que todavía podían hacer que Rusia siguiera peleando, para conseguir lo cual concedieron a Kerensky un préstamo de dinero para comprar armas en Estados Unidos. Fabricáronse entonces muchos rifles de mo-

delo ruso, pero antes de que se les pudiera enviar a Rusia, Kerensky cayó. Cuando estalló la Revolución de Octubre los rifles estaban aún en poder del Departamento de Guerra. Varias veces se pensó en echarlos al mar.

Un ministro costarricense me dijo confidencialmente que un secretario del gabinete estadounidense trató de hacer un chanchullo con dichos rifles. El plan era venderlos “por nada” a un intermediario que luego los revendería a un precio altísimo a Costa Rica. De esa manera el ministro costarricense y el secretario del gabinete norteamericano se repartirían varios millones de dólares; pero el tico rechazó indignado la propuesta.

La revolución de De la Huerta en México propició la oportunidad de disponer de los “Con-Con”. Nuestro Departamento de Estado se puso de parte de Obregón, a quien envió los rifles y otras armas. Algunos de esos rifles se reventaron al ser disparados. Pero otros salieron buenos. México, con fina ironía, los despachó a Nicaragua. Cuatro barcos los llevaron a los simpatizantes de Sacasa, a quien México había reconocido, en oposición a Estados Unidos que apoyaba a Díaz. Dos vapores desembarcaron esas armas en la costa del Atlántico y otros dos en la del Pacífico. Uno de ellos se llamaba “Con-Con”; de ahí el nombre dado a tales rifles.

Cuando peleaba Sandino en la revolución liberal, le pidió armas a Sacasa para llevarlas a Nueva Segovia, y las sacó de Puerto Cabezas en las narices de los barcos de guerra norteamericanos. Hizo un gran esfuerzo para trasladarlas casi de arrastrada a través de ciénagas y tupidas selvas tropicales. Así quedaron en su poder los mentados “Con-Con” que yo vi. Los restantes pasaron a manos de Moncada y fueron entregados por éste a cambio de \$10 dólares cada uno, conforme el convenio de Tipitapa elaborado por Stimson. De lo que después se

hizo con ellos no sé nada. Pero parece muy difícil deshacerse de esos rifles de modelo ruso. ¡La verdad es que ahora nos los están devolviendo, aunque sólo sean las balas...!

*

Era natural que a un hombre de quien se decía oficialmente que era un bandido, se le atribuyesen hechos plenos de atrocidades y violaciones de la propiedad ajena. Cosas igualmente injustas se han dicho de los marines. Nicaragua tiene una larga historia de crueldad que no ha de borrarse fácilmente. Y si no véase el siguiente relato que dejó escrito el cronista español Gonzalo Fernández de Oviedo:

“Siguióse que el año de mili e quinientos veinte y ocho salieron de la cibdad de León el tesorero Alonso de Peralta, e un hidalgo llamado Zúñiga, e otros dos mancebos, hermanos, llamados los Baezas; y estos e otros, hasta seis o siete, cada uno fue por su parte a visitar sus plazas e indios que los servían; pero ninguno dellos dejaron que no se los comiesen, e aun a sus caballos. Después Pedrarias Dávila envió un capitán con gente a buscar los malhechores, e prendieron dellos diez e siete o diez e ocho indios caciques e indios principales, e mandóles Pedrarias aperrear e que los comiesen a ellos los perros. E un martes, a diez e seis días de junio de aquel año, en la plaza de León, los justificaron desta manera: que le daban al indio un palo que tuviese en la mano, e decíanle con la lengua o intérprete que se defendiese de los perros, e los matase él a palos, e a cada indio se echaba cinco o seis perros cachorros (por emponellos sus dueños en esa montería), e como eran canes nuevos, andaban en tomo al indio, ladrándole, y él daba algún coscorrón a alguno. E cuando a él le parecía que los tenía

vencidos con su palo, soltaban un perro o dos de los lebreles e alanos diestros, que presto daban con el indio en tierra, e cargaban los demás e lo desollaban e destripaban e comían de él lo que querían. E de esta manera los mataron a todos los diez e ocho malhechores, los cuales eran del valle de Olocotón e de su comarca.

“Hartados los perros, quedáronse los indios en la plaza, a causa de que se pregonó que a quien de allí los quitase, le darían la misma muerte; porque de otra manera, esa misma noche los indios se los llevaron para comérselos en sus casas. E como la tierra es caliente, luego otro día hedían, e al tercero o cuarto día que allí estaban, por temORIZAR o dar ejemplo a los indios, como yo había de pasar por allí de necesidad para ir a la casa del gobernador, pedíle por merced que diese licencia que se llevasen de allí al campo o donde quisiesen, porque ya aquel hedor era insoportable. Y el gobernador, así porque yo e otros se los rogamos, como porque le iba su parte en ello y estaba su casa en la misma plaza, mandó pregonar que llevasen de allí aquellos indios. Y en acabando de darse el pregón, los hicieron muchos pedazos los indios de la comarca, que cada día vienen al tiánquez o mercado a la misma plaza, sin dejar cosa alguna de ellos por recoger, e se los llevaron a sus casas, e no poco gozosos, so color que los llevaban a echar en el campo, por sabían que a los cristianos les parecía mal aquel manjar, e les habían amonestado que no lo comiesen. Mas a ellos les parecía que les había dado Dios muy buena cena con aquel pregón.”

Al principio Sandino respetó religiosamente vida y propiedad norteamericanas, pero después de cuatro o cinco meses declaró que puesto que los marines no respetaban a los patriotas nicaragüenses, él tomaría represalias siempre que pudiese. Pero no es cierto que los actos brutales cometidos por sus hombres lo fueran por orden suya. Son muchas las personas

supuestamente afectadas que han rectificado en los periódicos esas acusaciones, declarando que cuando Sandino se ha incautado algo de ellos ha sido por pura necesidad, y que siempre se les ha pagado con dinero o les ha dejado los usuales vales revolucionarios. La siguiente carta, de un acaudalado cafetalero conservador, puede servir de ejemplo típico (tomado del diario *La Noticia*, 12 de febrero de 1928):

Señor director de *La Noticia*:

La información publicada en *La Noticia* del 7 de los corrientes es absolutamente falsa, pues no he visto a ningún hombre de Sandino, y mucho menos verdad es que me hubiesen secuestrado hasta que hube pagado un rescate de 2,000 dólares. Tengo informes fidedignos de que por los lugares donde ha pasado no ha cometido los robos y asesinatos que su periódico le imputa. Él anda bien organizado y de manera ordenada, pero sí es verdad que se lleva las muías donde quiera que las encuentra.

Atentamente
(f.) S. Stadthagen

La primera orden dada por Sandino al entrar en San Rafael del Norte fue de tirar al primer soldado que tocara cualquier cosa que no le perteneciera. En mis conversaciones con los comerciantes del pueblo supe que las tropas de Sandino se portaban con toda corrección, y que en las tiendas pagaban en efectivo todo lo que compraban. En ninguno de los lugares controlados por Sandino se venden bebidas alcohólicas; el infractor paga con la vida; si es mujer se le quema su casa.

Sandino me enseñó el libro mayor de gastos del ejército. "Todo ingreso y egreso está apuntado minuciosamente

aquí." Mientras hablábamos notó de repente a un soldado que en harapos estaba junto a la puerta; era un veterano curtido en los breñales.

"¿Es ése uno de sus muchachos, coronel?", preguntó a su ayudante.

"Sí, señor."

Sandino se sacó del bolsillo un billete de cinco córdobas (esa moneda nicaragüense estaba entonces a la par del dólar). "Vaya y cómprele camisa y pantalones."

El coronel vacilaba. "Es que hay cinco más que están como él."

Sandino sacó diez pesos más.

"Eso es todo lo que tengo. Dígale a los tenderos que somos pobres y debemos estirar el dinero todo lo que se pueda. Si no alcanza con eso dígales que pasen la cuenta por el resto a *míster Coolidge*."

EL VALLE DE LA JUVENTUD

Poco antes de que yo saliera del campamento de Sandino, Sequeira se me acercó, agitado.

En su acostumbrado tono irritante pero perentorio, me dijo: "Me urge hablarle solo, en serio".

En el traspatio de la casa del coronel Rivera caminamos lado a lado de arriba para abajo. De pronto paró en seco, me miró a la cara, y dijo: "Antes de separarnos déme un abrazo, porque ésta es la última vez que usted me ve vivo".

"¿Y qué es la cosa?"

Lentamente soltó estas palabras: "El general Sandino va a tirarme". El tono de su voz era entonces raro. Hablaba en estado de tensión, aterrorizado.

“¡Tonterías!”, exclamé. “Usted tiene credenciales fidedignas; él lo ha tratado muy bien. Lo he notado siempre que el general le ha hablado. Ha sido fino y atento con usted.”

“Es que usted no conoce a nuestra gente.”

¿Cómo se le metió a Sequeira esa idea? Yo, es la verdad, sentí un extraño poder dominante de Sandino sobre mí, un no sé qué sutil simulado, falta de neutralidad. A las claras podía verse que el dominio de Sandino sobre sus hombres no emanaba de su aspecto físico; sin embargo, el movimiento de un dedo suyo era ley entre esos hombres cerriles. Durante nuestra entrevista, mediante algún intrincado manierismo oriental (demasiado recóndito para que yo pudiera descifrarlo), había hecho que el arrogante general Sequeira estuviera ahora muriéndose de miedo. El temor de este hombre debe haber sido resultado de ese mismo dominio que digo. “Tonterías”, repetí, creyendo sinceramente que no existía tal peligro. Pero le di el abrazo que quería, y también la mitad del dinero que tenía.

“Acuérdese de lo que le digo”, anotó solemnemente.

“Tonterías”, reiteré.

En julio, seis meses después, Sandino ordenó su ajusticiamiento; le habían encontrado documentos delatores de complicidad con los marines para traicionar a Sandino.

*

Ensillaron mi caballo y me ajustaron las espuelas. Hubo movimiento de tropas, pendientes sólo de mi partida. Y fui al cuartel de Sandino. Ahí estaba él, de pie, su mano sobre los pliegues de su bandera rojinegra, y su firme mirada puesta en mí. Me apeé y le alargué la mano. “General Sandino, usted ha recibido en su campamento a un hombre de la misma

raza y país de esos con quienes usted está peleando. Usted me ha tratado con toda consideración. Salgo de aquí muy bien impresionado por las atenciones que ha tenido conmigo. Me voy, con su permiso, de aquí a Managua. No sé todavía por qué camino llegaré allá. Como periodista que soy me reservo de escribir interpretando, según mi propio criterio, lo que he visto y oído. En Managua me harán muchas preguntas. Pero yo, correspondiendo a la hidalguía con que fui tratado, no quiero causarle el más mínimo daño en cuanto ataña a lo militar. Si hay algo a este respecto que no deba escribir o decir, cualquier cosa que usted crea pueda perjudicarlo, créame que no lo diré, ni siquiera indirectamente."

La respuesta del general fue: "Usted puede irse de aquí al norte, al sur al este o al oeste. Voy a darle de escolta a cuantos hombres quiera usted llevar, o puede irse solo, si quiere. Puede decir usted libremente a quien quiera o a todo el mundo, sin restricción alguna, cualquier cosa y todo lo que ha visto y oído aquí. Si le parece, váyase directamente a Jinotega, que está a seis leguas de aquí, y dígale al primer oficial de marines que vea, todo lo que ha visto y oído. Eso — dijo con una leve sonrisa — sería perfecto para mis planes".

*

A las cuatro de la tarde salí de San Rafael del Norte en compañía del coronel Rivera. El sol todavía calentaba. A medida que bajábamos montaña tras montaña sobre planos cada vez más grandes, y atrás dejábamos las tierras de la meseta, todo se veía más seco, más cultivado, y eran más frecuentes las casas.

Rivera y yo decidimos no pasar por Jinotega. Hubiéramos llegado allá de noche, y los marines habían impuesto la ley marcial con órdenes de tirar después de las diez a todo lo que

se moviera. Resolvimos entonces bajar a Metapa, o Darío como hoy se llama esa población por haber nacido allí Rubén Darío, uno de los más grandes poetas de América Latina.

Conversamos con los moradores de varias casas, amigos de Rivera y simpatizantes de Sandino. Estábamos ya en otro mundo, porque pronto de allí en adelante, cuando se pronunciara el nombre de Sandino sería conteniendo el aliento y mirando de soslayo por temor de ser oído. Pero ¡con qué entusiasmo nos recibían! Siendo que llegábamos de su campamento éramos héroes.

Cayó la noche serena y cálida, una noche de ensoñación como sólo las noches tropicales pueden serlo. El aire embalsamado con los aromas de las flores silvestres. Sobre el borde de las lomas ondulantes asomaba una luna anaranjada. Caminamos sobre un extenso valle, a ratos por entre potreros o a la orilla de un río bordeado de tupidos chaparrales, o bien a lo largo de hileras de cardones cuidando de que sus espinas no nos rasgaran la ropa.

No podría nadie imaginarse una escena más plácida. Era inconcebible que este país estuviera siendo destrozado por la guerra. Y, no obstante, en unas pocas horas de viaje podíase llegar al primer retén de Sandino o a los cuarteles de los marines, o hasta el mismo escenario de un posible combate.

En este valle había pasado su juventud el coronel Rivera, y allí, bajo el palio de la luz lunar y del combo cielo y ante millas de espacio plateado y callado — salvo por el lejano aullido de un coyote — me habló de su juventud retocando cuerdas sentimentales.

Aquí en este mismo valle, en sus años mozos, Rivera se enamoró como tal vez el hombre se enamora una sola vez en su vida. Y me contó cómo, en otras noches cálidas como ésa, había

cruzado a caballo esas tierras con una guitarra a la espalda para ir a cantarle a su adorada. Entre tanto, entre uno y otro viaje, las milpas daban su cosecha y los caminos se iban poblando de casas. Y todo para que, al fin, ella saliera casándose con otro. No pudiendo ya vivir cerca de allí, cogió el camino por otros rumbos. Desde entonces el azar lo había hecho volver muchas veces por esos lados; pero nunca la había vuelto a ver, ni la buscaba. Este viaje que hacíamos por allí era el primero de él en todo ese año; y la noche le hacía recordar aquello contándome con voz susurrante y trémula y con sentimiento de cierta pena en el pecho mío. Y sus palabras fluían Cándidas a lo largo de aquel caminito argentado por la luna que delante de nosotros se alargaba como una alfombra mágica.

*

A eso de las nueve llegamos a un caserío y nos dirigimos a una casa de cañas. Oímos un doliente rumor de voces. Rivera se enderezó un momento en los estribos y me dijo en voz baja: “Están rezando. Es por alguno que se murió. Sigamos de paso; yo creía que íbamos a poder quedarnos aquí.

Una hora más de viaje. Rivera callaba. “Del amor a la muerte no hay más que un paso”, apuntó.

Sentados en las lajas de una casa del camino tomamos una jícara de tibio achocolatado. La gente sencilla con quienes hablamos eran todas fervientes partidarias de Sandino. Era él un hombre ubicuo. Lo habían visto por aquí y también por allá. De noche se aparecía en la cumbre de aquel cerro y en este o aquel camino, o el otro, como dueño del universo. En todo Nicaragua se le tenía como un mito. Porque cuantas veces me senté en el umbral de una puerta con una jícara de chicha

de maíz o de coyol, oí decir que en dónde no había estado él. Sandino había encendido la imaginación de la gente humilde de Nicaragua; y en todos los pueblos tenía su Homero. Era de la constelación de AbdelKrim, Pancho Villa, Robin Hood, indomables forajidos esos que sólo entendían de grandes y temerarias hazañas imbuidos de la invencible tenacidad de vencer los más insuperables obstáculos y de enfrentarse con éxito a las fuerzas más abrumadoras. Su gesta traspasará los confines de Nicaragua, de America Latina; resonará en el mundo entero. El tiempo agranda la imagen de los héroes.

Cabalgamos y cabalgamos, cruzamos y recruzamos varias veces el mismo río, y por fin llegamos a casa de un señor Vílchez, liberal amigo de Rivera. Se ocuparon de las bestias. Fuimos al río y nos bañamos a la luz de la luna; volví a casa con la sangre refrescada. Era casi media noche, y el señor Vílchez seguía hablando y hablando. Yo apenas si podía mantener la cabeza erguida y los ojos abiertos. En dos semanas había dormido muy poco; veces hubo que tuve que cabalgar noche y día sin dormir. Pero al fin, cerca ya de las dos de la mañana, nos sentamos a cenar. En mi cama forrada de lona estaba tendida una impoluta sábana blanca con un pie de finos bordados a mano. Consideré que sería un crimen echarme el capote enlodado encima. En el cuarto había montones de mazorcas de maíz, ayotes y ristras de chile; y allí también dormían las gallinas. Cloquearon toda la santa noche.

A la mañana siguiente Vílchez nos acompañó hasta por La Trinidad, de donde tomó otro camino para ir a cierta hacienda a recoger a su esposa. La noticia de la proximidad de Sandino le había hecho temer posibles dificultades; por eso quería tenerla a su lado.

La mañana se hacía por momentos más y más calurosa. Cuando estaba montado sobre la albarda atándome las botas,

mi caballo se asustó y me dio contra el suelo. Caí sobre unas piedras puntiagudas; el dolor del sopapo me molestó por años.

En La Trinidad hubiéramos tenido que explicar a los marines nuestra presencia allí, así que para evitarlos torcimos subiendo las alturas que dominan el poblado. Luego nos separamos de Vílchez y una legua más allá de La Trinidad llegamos a San Lorenzo, donde Rivera tenía amigos. Él había matado una iguana en el camino, la que el dueño de la casa donde nos hospedamos — que era el más fuerte tendero del lugar — dio a cocinar. Entonces corroboré el elogio que de su delicada carne hace Pedro Mártir, cronista de los días coloniales:

“Estas serpientes son como cocodrilos, sólo que más pequeñas; las llaman iguanas. Ese día ninguno de nuestros hombres se atrevió a comerlas, pues tienen una forma horrible y repugnante. Pero el Adelantado, habiendo sido incitado por Anacaona, hermana del cacique, resolvió probar la carne de tal culebra. Y cuando hubo catado su delicia la siguió comiendo con deleite. Sus compañeros al notar su complacencia, no se quedaron atrás en apetencia. Y tanto así que ya no hablan más que de la superioridad de la carne de estas serpientes que, dicen ellos, es más gustosa que la del faisán y la perdiz”.

Después de comer nos sentamos en la tienda a platicar de Sandino, aunque yo había advertido a Rivera que sería mucho mejor para nosotros no decir que veníamos de Jinotega. Pero como allá todo aquél que había hablado con Sandino era visto con un halo, Rivera no pudo dejar de menear la lengua.

Una mujer alta y de pelo enmarañado entró a hacer sus compras. Habiendo oído la plática, movió solemnemente la cabeza y dijo: “Eh, aquí nadie habla de Sandino, con sólo mentar su nombre se lo llevan preso a uno”.

Yo esperaba poder tomar un auto en San Lorenzo hasta Estelí, pero como ninguno pasaba, resolvimos ir hasta

Sébaco, que estaba más cerca que Darío, y era menos peligroso para Rivera. Así pues, ensillamos otra vez. Fue un viaje largo y cansado.

EL ESPIONAJE DE LOS MARINES

Yo pensaba que en cuanto nomás llegara a Sébaco conseguiría allí un auto. Pero al atardecer tuvimos que caminar de vuelta a la parte baja del pueblo. El único que pasó por la carretera iba hasta los topes.

Buscamos alojamiento. Se nos acercó un joven comandante de policía pidiendo a Rivera le mostrara su permiso de portar arma. Rivera era diputado, por eso tenía permiso. Y aunque era liberal no se atrevía a ir a Managua a ocupar su curul, a pesar de la gran protección que los marines estaban dando a la democracia.

“Claro”, dijo eufórico el joven, “¿es usted conservador?”

“No me hable de política”, respondió Rivera, “yo sólo me ocupo de mi finca. ¿Dónde podemos hospedarnos?”.

“El único lugar es la ramada del señor Hernández.” Éste era otro empleado del gobierno.

“Yo lo conozco”, me dijo Rivera quedito y asustado. “Hace años tuvimos un serio disgusto. Es un gran conservador. De seguro que tendríamos dificultades.”

“Entonces déjeme solo; mejor vuélvase usted esta misma noche.”

Él estaba preocupado por mí. “¿Está seguro de que saldrá bien?”

“Perfectamente”, le dije, “es sólo cuestión de coger un auto, si no esta noche, mañana”.

Me llevó a la casa, saludó a su ex-enemigo y salió rápidamente de regreso. El señor Hernández me dijo que con gusto me dejaría pasar la noche en su casa, y agregó: "Yo conozco al tipo ése que vino con usted. Es uno de los peores liberales de por aquí. ¿De dónde viene usted?"

"De Jinotega", le mentí.

"¿Y dónde conoció al coronel Rivera?"

"El comandante de los marines en Jinotega me lo recomendó como guía."

"Oh, sí", dijo Hernández satisfecho, "para esas cosas esa clase de hombre puede ser muy útil". Mientras conversábamos, el comandante de policía que pidió a Rivera su permiso para portar arma entró con uno de los concejales del poblado.

"Claro que usted es conservador", dijo uno de ellos en tono rencoroso.

Le manifesté que un hombre inteligente no podía ser más que conservador. Oyéndome hablar así me invitaron a un trago en una cantina vecina. "El dueño es liberal." El tono con que dijo eso el comandante quería decir que todo hombre de ese partido era peor que una cascabel. "Pero es algo decente y no se mete en política."

El concejal me aconsejó quedarme varios días en Sébaco para ver todo lo interesante de allí. Le dije que tenía una cita con Chamorro para el lunes, de manera que debía irme en la mañana para llegar a tiempo. Se quedó alelado al oír el nombre del gran general y jefe del conservatismo. En el acto convino en que nada debía detenerme para no faltar a la cita inventada por mí.

El tono con que aquella gente hablaba me hizo ver cómo la política los había envenenado, y que eso era secuela de la ocupación extranjera. Nadie pagó los tragos; si el canti-

nero, que era liberal, se hubiera atrevido a cobrar, lo habrían echado del pueblo.

*

Cuando entramos a la cantina encontramos a un viejo flaco y como ratón, de unos sesenta años, bebiéndose en el mostrador un vaso grande de guaro a través de una pajilla. Me quedé helado. Al ratito entró una viejita de pelo blanco, liso y grueso, caído sobre su cara acartonada, garrote en mano. Furiosa, la emprendió a palos con él, que al principio sólo se hizo un ovillo; luego se escabulló dando alaridos.

“¿Qué fue eso?”, pregunté a los otros.

“Ese viejo es el hijo séptimo de la señora”, respondieron, “y es también la oveja negra. Ella es su mamá, y siempre que bebe arma la de San Quintín. Pero también tiene su gracia, figúrese que puede quebrar la cáscara de maní con los dedos de los pies”.

Pasaban autos unos tras otros pero llenos, sin hacer caso de mis señales. Estaba ya desesperado y dispuesto a pagar cualquier precio para que me llevaran. Por fin paró uno que llevaba a una mujer, cuatro niños, un criado y desde luego el chofer. Al principio se negaron a llevarme. Pero de pronto la mujer se compadeció de mí diciéndome que subiera y me sentara junto al chofer. Ella, el criado y los niños se apiñaron en el asiento de atrás.

Hasta entonces supe por qué no había podido conseguir antes asiento. La noticia de que Sandino estaba a las puertas de Jinotega se había regado como pólvora. De un momento a otro se esperaba la batalla; todo mundo estaba abandonando la ciudad. Todos los autos estaban contratados. Mi nueva amiga me preguntó de dónde venía.

“De la finca de un amigo cerca de La Trinidad.”

“¿Qué se dice de Sandino allí?”

“Pues allá todos creen que está en El Chipote.”

“Imposible. Ya lo sacaron de allí y está en San Rafael. Dicen que está a pocas millas de Jinotega y que va a saquearla.” La mujer estaba medio loca de aflicción. ¿Qué habría pensado si le hubiera dicho que yo estaba llegando del campamento de ese terrible “bandido”?

El polvo del camino era asfixiante. El chofer se quejaba amargamente. “Lo está reparando un contratista americano, pero lo que ha hecho es empeorarlo. Estaba mejor antes. No ha hecho más que rellenarlo con tierra. Cuando empiece a llover ni las carretas podrán pasarlo.”

Y era de creerse. Los camiones de los marines habían abierto zanjones, haciéndolo pedazos. Conocí después en Managua a ese contratista, quien me aseguró solemnemente que el camino de Managua a Estelí estaba en perfecto estado para hacerle frente al invierno. Por esa inutilidad el gobierno nicaragüense estaba pagando un precio exorbitante.

*

En vista de que iba muy mal vestido, pedí que me llevaran a un hotel modesto. Y aún allí el criado se rió de mi maleta. Por suerte al entrar en la ciudad había tirado mi viejo y roto sombrero de palma.

A la mañana siguiente salí a las tiendas en busca de un traje. Pero en Managua no se puede comprar un traje ya hecho. Por dicha un sastre tenía uno de *palm-beach* que su dueño nunca llegó a reclamar. Tenía que esperar una semana para que me pudieran hacer uno. Me compré también una maleta en la que

puse lo que llevaba en la vieja, y me encaminé al hotel Lupone, el mejor de Managua; alquilé una máquina de escribir y me puse a trabajar día y noche en una serie de artículos. Tenía ya varios días de estar haciendo eso cuando el botones del hotel entró en mi cuarto. "Hay abajo un caballero que quiere verlo".

"¿Cómo se llama?"

"No dio su nombre, pero es un oficial de los marines."

Me escurrí los sesos, ¿un oficial de marines?

"¿Le digo que suba?", preguntó el muchacho.

"No, yo bajaré."

El botones me llevó ante un hombre recio con una nuca como de toro, con arrugas horizontales.

Y rugió: "Soy el teniente Larsen, del departamento de inteligencia". Le señalé un asiento. Y volvió a rugir: "¿Cómo entró usted a Nicaragua?"

"¿Y a usted qué le importa?"

"Bueno", dijo ya en tono un poco menos agresivo. "Sólo quería saber si entró por la costa del Atlántico o del Pacífico."

"¿Y a usted qué le importa?", repetí disponiéndome a volver a mi cuarto.

"Mire...", dijo ya molesto.

Entonces se me ocurrió tomarle el pelo al teniente. "No es cosa que a usted le importe, pero como no tengo nada que ocultar le diré que entré por el Pacífico."

"¿Entonces vino por el lado de Panamá?"

"No, vine a través de México, Guatemala, El Salvador y Honduras."

El teniente me asestó una mirada acusadora.

"¿A quién conoce usted en Honduras?"

"Tengo muchos amigos allá."

"Bueno, ¿con quiénes habló allá?"

“Si es que quiere saberlo...”, y aquí le di el nombre de doña María, la lavandera del hotel Roma.

Pareció tranquilizarse porque no oyó el nombre de Froylán Turcios. “¿Por qué puerto entró a Nicaragua, sería por Corinto?”

“No.”

“Entonces debe haber entrado por El Tempisque” (puerto del Golfo de Fonseca).

“A propósito, ¿cómo me dijo que se llamaba?”, le interrumpí suavemente.

“Larsen. ¿Entonces entró por El Tempisque, no?”, insistió.

“Francamente, teniente... este-e-e-e, ¿cómo dijo que se llamaba?”

“Larsen”, bramó, visiblemente enojado. “¿Entró usted o no por El Tempisque?”

“Míster Larsen, usted sabe que yo no hablo español muy bien, y esos nombres se me enredan, me suenan raro; pero es algo parecido a eso.”

El teniente inquirió airado: “¿Cómo se embarca uno para El Tempisque?”

“Se toma una lancha en Amapala y en unas cinco horas se llega allá.”

“¿Entonces entró por El Tempisque?”

“Como ya le dije, teniente, el nombre del lugar suena más o menos así.”

“Bueno, y de El Tempisque, ¿para dónde se coge?”

“Supongo que para donde usted quiera ir.”

“Bueno, lo que he querido decir es ¿cómo se sale de El Tempisque?”

“Pues generalmente se va uno a caballo a Chinandega.”
Entonces ¿fue por allí que vino?”

“Y dígame, *míster*... ¿Cómo me dijo que se llamaba?”

“Larsen”, rugió otra vez, “te-ni-en-te Larsen.”

“¿Y a quién me dijo que representaba?”

“Al departamento de inteligencia”, repitió enfurecido.

“Bueno, ¿entró usted o no por el Tempisque?”

“Teniente, ¿no sabe usted acaso que eso es de la sola incumbencia del gobierno de Nicaragua?”

Se encrespó aún más, pero se contuvo.

“Usted es americano, ¿no? Entonces me parece justo que coopere con nosotros.”

“Como le dije, teniente Larsen no tengo nada que ocultar. El nombre del lugar suena a Tempisque, o a Esquimula, o Canela, por ahí va.”

Entonces cambió de tema. “Sólo he venido a decirle que sabemos que usted quiere ir a ver a Sandino, y que nosotros no podemos darle ninguna garantía.”

“¿Y no le parece que, para decirme eso, ustedes debieran esperar hasta que yo la pida?”

Resopló. “Bueno, ¿va a tratar usted de ver a Sandino?”

“Me gustaría.”

Bramó de nuevo. “Deje de pensar en eso. Será mejor para usted. Es peligroso. Ese hombre odia a los americanos; lo mataría, eso es todo.”

“Ese es problema mío.”

Hizo como que no me oía. “Además, tenemos demasiado que hacer aquí para preocuparnos por los americanos que se les ocurra andar solos por aquellas montañas”.

“Como ya le dije, teniente, yo salí de Estados Unidos con la idea de ir a ver a Sandino, pero ya desistí.”

El teniente suspiró satisfecho. Y fue más cordial conmigo. Cambió aquel tono suyo insultante y agresivo. De manera paternal dijo: “Hace bien en no ir”.

“Sí”, convine con él, “todo eso que usted dice me ha hecho pensar en que es mejor que desista de mi proyecto. Sería muy difícil y peligroso. Pero, ¿no le parece a usted que alguien debe ir allá y ver el otro lado de la moneda?”

El teniente volvió a encrespase. “Bueno, nosotros no podemos darle ninguna garantía”, gritó.

“Quiero recordarle que no la estoy pidiendo. ¿Me pondrían obstáculos ustedes?”

“No puedo contestarle esa pregunta”, barbulló enojado.

“Yo sí le he contestado todas las tuyas”, repliqué de buen modo.

“Bueno, le costaría mucho pasar por entre las líneas americanas”, dijo terminantemente.

“Decía usted teniente que su nombre es... ¿cómo es que es?”

Exasperado ya, chilló: “Larsen, L-A-R-S-E-N, Larsen”.

“Por todo lo que usted ha dicho creo que he hecho bien en abandonar la idea de ir a ver a Sandino en estos días. Si más tarde cambio de idea, se lo haré saber, teniente Larsen.”

Dándose una puñada en el pecho me preguntó sorprendido: “¿De veras me lo haría saber?”

“Y con mucho gusto. Nada tengo que ocultar.”

Se quedó un momento pensativo, y me preguntó: “Usted tiene pasaporte, ¿no?”.

“¿Por qué no se lo pregunta a las autoridades nicaragüenses?”, le sugerí. “Los ciudadanos americanos no tienen necesidad de pasaporte para entrar a Nicaragua. Sin embargo, puedo decirle que tengo el mío en perfecto orden, visado por el cónsul de Nicaragua en El Salvador.”

Alargando su manaza me dijo: “Enséñemelo”.

“Lo siento, señor Larsen, pero voy a llevárselo a las autoridades competentes, que son las nicaragüenses.”

“Bueno, usted tiene credenciales de periodista, ¿no?”, preguntó. “Esas sí creo que puede enseñármelas.”

“Sí, las tengo, pero son sólo para cuestiones de mi profesión; para mostrárselas a quien yo quiera entrevistar con el fin de informarme de algo; de usted, en cambio, no he sacado nada. A mí me gusta enseñarlas, pero no al teniente Larsen.”

Volvió a encabritarse. “Venga usted conmigo a la legación americana”, decretó, “y traiga su pasaporte y credenciales”.

“Teniente Larsen, esta mañana estoy muy ocupado. Usted me ha quitado mucho tiempo sin ningún beneficio para mí, y aún menos para usted. En este momento no puedo acompañarlo a la legación.”

“Bueno”, barbotó, “el ministro está libre ahora. ¿Por qué no viene conmigo?”

“El ministro estará libre, pero yo no.”

“Le advierto”, díjome conminatorio, “que usted se evitará muchas dificultades, muchísimos problemas. Mejor véngase conmigo y traiga sus credenciales. Yo sé lo que le digo”. Su tono era muy amenazante.

“Lo siento, teniente, no veo razón alguna para que un ciudadano estadounidense no pueda ir a ver a su ministro, si así lo quiere. No veo por qué un periodista estadounidense no pueda ir a ver a su ministro, si le parece que puede obtener de él información fidedigna. Yo pienso entrevistar al ministro Eberhardt, pero eso será cuando yo esté libre, antes no. No veo para qué fastidiarlo ahora con preguntas inocuas antes de estar bien informado de la situación aquí. Además, ahora estoy ocupado y lo estaré por algún tiempo más.”

“Está bien, pues”, dijo Larsen, “si no puede ir ahora mismo, ¿podría ir esta tarde?”

“Muy improbable. Podría ser esta tarde, o mañana, o tal vez la semana entrante.”

“Si pudiera esta tarde, ¿a qué hora sería?”

“Nunca antes de las seis o las siete, y bien sé que los diplomáticos no trabajan a esas horas.”

“Vendré a esperarlo aquí a las seis, en punto”, dijo Larsen dictatorialmente, “y el ministro estará listo a recibirlo.”

“Teniente Larsen, no pierda su tiempo. Managua no es una ciudad grande. Yo sé cómo llegar a la legación. En resumen, no iré a la legación esta tarde con usted, ni mañana, ni pasado mañana, ni tampoco la semana entrante, quiero decir: nunca. Y buenas tardes.”

“Le tiene cuenta ir hoy mismo, se evitará muchos problemas”, dijo amenazadoramente.

CARTAS NO DIPLOMÁTICAS

Dos días después, terminado mi trabajo, llegué a la legación. Nada, a pesar de las amenazas de Larsen, me había ocurrido; ni él regresó a mi hotel.

El ministro Eberhardt, alto, delgado y jovial, me recibió en el acto. Le dije que me encontraba en Nicaragua estudiando la situación del país, sobre la cual escribiría una serie de artículos.

Con la usual cautela diplomática me dijo que le agradaría servirme en todo lo posible. “Pero sé que usted esta muy en contra de la política que desarrollamos aquí.”

“He venido sin prejuicios mentales a observar los hechos tal y como son. Y usted es en Managua la primera persona a quien visito.”

Muy afable por oírme hablar así reiteró enfáticamente su deseo de servirme en todo cuanto le fuese posible.

“Espero entrevistar a toda la gente de relieve aquí, me gustaría ver al presidente Díaz, al general Chamorro, a

Monada, etcétera.”

“Es muy posible que podamos hacer que su deseo se cumpla.”

“Gracias. Prefiero encargarme personalmente de ello. Quiero ver a toda la gente de importancia aquí.” Y agregó de sopetón: “¿No cree usted, señor ministro, que el general Sandino es uno de los hombres importantes en este escenario?”

Se quedó perplejo. “Bueno... eh... sin duda alguna.”

“Es el único con quien de veras quisiera conseguir una entrevista por medio suyo.”

Sonrió sufridamente.

“¿No cree usted que alguien debería ir donde él y leer esa otra página de la historia?”, insistí.

“Pero ya los marines han tratado de entrevistarlo por casi un año. Creo que sería un poco peligroso.”

“¿Se opondría usted a mi viaje?”

Eberhardt alzó la cabeza. “No, nosotros no se lo impediríamos. Pero no puedo responder por los marines. Es muy posible que ellos no lo consideren conveniente.”

“Señor Eberhardt, usted es la primera persona a quien visito en Managua, pero no en Nicaragua. Ya entrevisté al general Sandino.”

“¡Imposible! ¿Cómo y cuándo lo hizo?”

“Pues muy sencillo. Alquilé en Tegucigalpa un caballo e hice un viaje de dos semanas.”

“¿Y dónde lo entrevistó?”

“En San Rafael del Norte, el 2 de febrero, hace cinco días”.

Eberhardt empezó a creer que le estaba diciendo la verdad, aunque pareciese pura fantasía. “Espere un minuto, voy a llamar a mi asistente”.

Me presentó a Dana Munro, autor de un libro sincero sobre la América Central; este hombre conservaba aún un aire de estudioso, pero ahora pasó a dárselas de apologista.

Conversamos unos cuantos minutos. Eberhardt llamó en seguida al general McCoy, hombre encargado de supervisar las elecciones. Éste llamó a sus dos más importantes colaboradores.

Me acosaron a preguntas, me pidieron detalles del viaje; cosas sobre Sandino y de las condiciones rurales de aquella región.

“¿Qué es lo que quiere Sandino?”, me preguntó McCoy. (Curioso, pensé, que después de estarle haciendo la guerra por casi un año no sepan estos todavía cuál es el fin que aquél persigue).

*

El general McCoy es uno de esos tipos de voluntad de hierro, superlógicos y de una sola línea, cuya recia mandíbula no admite una sola onza de contemporización. Después de haber consultado el caso con el general Chowder, Kellogg, Hughes y otros, formuló un plan para supervisar las elecciones en Nicaragua. Programado el plan, pasó éste a ser como la *Santa Biblia* al que no se le podía poner una tilde en la “i” ni la crucita a la “t”; y este hombre era ahora el Moisés del Monte Sinaí de Nicaragua con su Decálogo de las Tablas de Ley (la ley electoral llamada por el pueblo nicaragüense, ley McCoy). Esta ley, y su promulgación la haría aprobar aun cuando todo el infierno se congelara. Nada de lo que pudiera surgir en Nicaragua le haría alterar una pizca del programa que había elaborado.

No cabe duda de que sin el respaldo ilimitado de todos los poderes de Estados Unidos, el general McCoy hubiera sido

un rotundo fracaso. Con todo ese poder pudo haber hecho que los nicaragüenses construyeran una escalera hasta Marte. No obstante, el general se jactaba de ser un hombre práctico y testarudo. Creía haber descubierto un plan ideal para la salvación de Nicaragua; una perfecta utopía democrática en la que estaba empeñado con la fe de un Loyola y sus mismísimos métodos inquisitoriales. Una utopía que el exponía ciegamente y me la explicó con fervor de fanático, tan dogmático y tan rectilíneo como el más rabioso comunista.

Como por ironía, hay una curiosa semejanza entre la línea del pensamiento del comunista estadounidense y la del imperialista estadounidense.

Ambos navegan en un mar de irrealidades. En Haití, en Nicaragua o las Islas Filipinas, el imperialismo bien puede hacer caso omiso de la realidad política nacional porque tiene todo el poder; el comunista hace caso omiso de la realidad política estadounidense porque no tiene ninguno. El comunista lucha por una causa, y ésta es el bienestar de la humanidad. El imperialista es también un cruzado que lucha por el mejoramiento de los pueblos atrasados. Ambos son dogmáticos exigentes, sinceros, sentimentales. Ambos creen en imponer por la fuerza un ideal al pueblo. Los apologistas sudan perogrulladas grasientas para aceitar las cureñas de nuestros cañones de tiro al blanco en la América Latina, suelen ser hipócritas y lamebotas, o estafadores; pero nuestros financieros y pro-cónsules políticos y también nuestros marines son fanáticos sinceros, imbuidos de un fervor religioso para hacer el bien. Son tan sinceros como el señor Thomas y el señor Foster, y sus convicciones son igualmente firmes.

El credo del imperialista es sencillo: cree que Estados Unidos es el *summum* de la perfección humana; que todos los

norteamericanos son siempre honestos, y que casi todos los extranjeros son insinceros y deshonestos; que todos los norteamericanos son valientes y que la mayoría de los extranjeros son cobardes. Cree en buenos caminos, en medidas sanitarias, en la rígida aplicación de la ley, en la estabilidad, en el trabajo, en las máquinas, en la eficiencia, en el cumplimiento del pago de las deudas, y en la democracia. Estas cosas están descritas para nunca ser borradas de las tablas de la ley proclamadas desde el Sinaí de su propia experiencia norteamericana. Está convencido de que en Estados Unidos esas leyes han demostrado su excelencia, y, por tanto, deben ser igualmente buenas para todos los pueblos del mundo. Como extravertido que es, no analiza sus propios motivos íntimos ni ve la contradicción existente entre su fe en la democracia y su ofuscada creencia en la superioridad de su raza. Jamás ha tratado de reconciliar su convicción personal de que la gente atrasada y de tez morena es inepta para la eficiencia, la honestidad, y la democracia, con su creencia de que la única manera posible para que los extranjeros sean felices es uniformarlos en el molde creado por Estados Unidos. Por la fe que tiene en el valor de la blancura de la piel, se codea con los criollos de la aristocracia que por siglos, desde los primeros días de la independencia han explotado y traicionado a su patria. Porque planea e impone programas para la celebración de elecciones democráticas honestas, el imperialismo dice a usted que la única manera de salvar a México o Nicaragua es imponiéndoles un dictador. Pero pronto riñe con esos sinvergüenzas capaces de convertirse en dictadores (como ocurrió entre McCoy y el general Emiliano Chamorro), porque ellos hábilmente le bloquean su libertad de acción, y entonces ese imperialista se conchaba con políticos serviles como Díaz, Cuadra Pasos o Moncada. En el extranjero

el imperialista es un tonto que no hace ningún bien, pero sí es increíblemente sincero, esplendente capa de luces del cruzado reviste siempre todos sus actos.

Esto es consecuencia de la situación en que se encuentra el administrador colonial, el hombre de negocios norteamericano, el oficial de marines y el experto en finanzas. En caso de intervención, como en Haití o Nicaragua, el poder político se divorcia de toda conexión orgánica con la política, el gobierno y la cultura contra las cuales se aplica. El poder, desligado, de esa manera, crea la posibilidad de un idealismo irracional y la implantación por la fuerza de sistemas ajenos al pensamiento y la acción. Mientras la fuerza esté presente, puede imponérselos; pero quienes los imponen no se dan cuenta, porque, entre otras cosas, no tienen noción —ni se lo imaginan— del desbarajuste que causan sobre el modo de pensar, el carácter y los hábitos de la gente del lugar afectado. El político originario de allí debe de identificarse con las fuerzas sociales y creencias reinantes en su país, y saber utilizarlas. El gobernante extranjero está libre de ese deber; y no obstante su buena intención, el sistema de pensamiento y vida que imponga jamás podrá ser un buen injerto en la cepa primitiva; ni siquiera es un buen insecticida para matar viejos parasitismos, es más bien una nueva epidermis puesta sobre viejas llagas, pero bajo ellas la corrupción que bien pudo ser eliminada, sigue comiendo más y más en lo profundo de los tejidos de la vida social. Por tal razón es que, a la larga, un mal gobierno de nativos es siempre probablemente mejor que uno extranjero, por muy bueno que éste sea.

Después que salí de Nicaragua, el Congreso de ese país, en un último desesperado gesto de dignidad, rechazó la ley McCoy; pero el presidente Díaz la promulgó por decreto ejecutivo, embutiendo una ilegalidad dentro de otra ilegalidad

respaldada — desde luego — por la imposición de una pseudo-legalidad creada por medios ilegales de los marines, de McCoy y de otros representantes.

*

Interesaba mucho al general McCoy saber si una carta del almirante Sellers dejada caer por un avión en las líneas de Sandino había llegado a su destino.

Yo tenía el original de ella en mi bolsillo, pero no se lo dije. Me limité a hacerle saber que la había leído, y le hice un resumen de su contenido.

“¡Ese hombre no es ningún tonto!”, exclamó McCoy “; ¿Y la contestó?”

“Sí.” (Yo tenía en mi bolsillo su respuesta firmada). “¿Sabe usted si ya la envió?”

“El general Sandino me pidió entregarla personalmente al almirante Sellers, pero me negué.”

“¿Por qué?”

Yo me sonreí. “Probablemente ya usted sabe de la famosa ley Logan promulgada hace más o menos un siglo por el Congreso de Estados Unidos. Esa ley dice que ningún ciudadano estadounidense debe, sin la debida autorización, emprender negociaciones, llevar mensajes, ni tampoco asesorar a ningún gobierno extranjero ni tampoco a ningún ciudadano extranjero con quien el Departamento de Estado norteamericano tenga alguna controversia. Y también contiene otras muchas cláusulas que no recuerdo bien; pues bien, esa ley me impedía llevar la respuesta de Sandino al almirante Sellers.”

“Pero”, protestó McCoy, “nosotros nunca se la hubiéramos aplicado a usted”.

“Es usted muy bondadoso, general McCoy, pero yo no estoy tan seguro de que el almirante Sellers o el señor Kellogg

hubieran sido igual de bondadosos conmigo. Por otra parte, a mí no se me ocurriría violar las leyes de mi país.”

“¡Eso es encomiable, muy encomiable! ¿Y se dio cuenta usted de su contenido?”

“Está dirigida ‘Al representante del imperialismo en Nicaragua’.” Le hice un resumen verbal de sus propuestas y promesas. “Usted sabe, general McCoy, que como periodista tengo el derecho de recoger toda prueba documental en cualquier parte del mundo que la encuentre. Tengo una copia exacta de la respuesta de Sandino. Si usted quiere una copia de mi copia, se la doy si me promete no dárselas a los periódicos. Se la enviaré tan pronto como regrese a mi hotel.”

Se mostró agradecido. E inmediatamente la transmitió a Washington; y el presidente Coolidge dijo pomposamente a los medios de comunicación: Conocemos ya las exigencias de Sandino, pero no creemos oportuno darlas a la publicidad. McCoy cablegrafió también a Sellers, en Panamá, e inmediatamente éste se embarcó en un acorazado para Corinto.

*

La mayor parte de la mañana me la pasé conversando con Eberhardt, su secretario, el general McCoy y sus ayudantes. Si yo hubiera estado planeando la manera de ir a ver a Sandino en vez de haberlo visto ya, la entrevista con ellos jamás habría sido tan cordial.

Todos ellos eran caballeros serios y honestos, hombres de consejo, que trataban de realizar a conciencia la labor que se les habría encomendado.

Todo esto forma un cuerpo de intervencionistas pagados. Por muy honrado que un hombre sea, si está en la nómina

de pagos del gobierno de Nicaragua, del gobierno de Estados Unidos y de los banqueros de Wall Street, de todos a la vez, su billetera se mantiene más repleta que la de un hombre cualquiera; es la vieja historia del peso muerto de la burocracia.

Antes de salir de la legación dije abruptamente a Eberhardt: “¿Quién es ese idiota del teniente Larsen que hace dos días llegó a mi hotel tratando de amiedarme?”.

“¡Oh!” respondió. “Nada tenemos que ver nosotros con él, nada del todo. Él es del cuerpo de inteligencia. Tal vez ande en sus quehaceres. No sé nada, pero ni jota de él.”

“Me alegra saber que así sea, pues que si cerca de usted anduvieran otros burros como él, ¡en los aprietos que usted se vería!”

“Pero nada tenemos que ver con él”, repitió Eberhardt. “Aun cuando usted no tenga nada que ver con él, creo de mi deber dejar sentada en esta legación y ante usted, nuestro ministro, mi protesta por la clase de tratamiento que un funcionario norteamericano le ha dado a un ciudadano norteamericano.”

*

McCoy, Eberhardt y otros funcionarios estadounidenses me aseguraron espontáneamente que después de la celebración de las elecciones honestas que bajo su vigilancia se celebrarían en Nicaragua, la ocupación norteamericana terminaría allí. Habíamos caído en Nicaragua como una gavilla de marines armados, de funcionarios gubernamentales estadounidenses, de expertos de la misma nacionalidad, y de explotadores coloniales, para imponer por la fuerza teorías de gobierno y democracia (procedimiento por cierto contrario a esas mismas

teorías). O en el Departamento de Estado había algunos utopistas, o bien alguien estaba dando palos de ciego al público norteamericano.

Todavía estamos en Nicaragua; y posiblemente sigamos allí. Estamos multiplicando la maquinaria intervencionista norteamericana; estamos multiplicando también los empleos lucrativos; y claro, se hace así para que la situación se perpetúe. Maquinismo y más maquinismo. Colector de aduanas, alta comisión, comisión de reclamos, expertos financieros, supervigilantes electorales, oficiales del Cuerpo de Marines, oficiales de la Guardia Nacional, en fin, un cuerpo de representantes bien pagados, y todo a costa de Nicaragua. Este mismo maquinismo —inevitadamente— en su deseo de perpetuarse, se inclina siempre de manera parcial a uno de los bandos políticos del país. Poco fue el entusiasmo que vi en estos hombres por mejorar la situación económica de los nicaragüenses o por alfabetizarlos, cosas éstas que a la postre serían la base de un futuro político decoroso. En vez de eso — gran avidez de sacar provecho de las reclamaciones derivadas de la última revolución— hay unos dieciséis millones de dólares que deben pagarse. Si, de acuerdo con la reciente experiencia, usted es un banquero neoyorquino, puede comprar una de tantas reclamaciones por sólo una fracción de su valor nominal y hacer que luego se la paguen conforme ese valor más los intereses; y también si usted es un funcionario gubernamental nicaragüense podrá hacer que su reclamación le sea generosamente reconocida. En cambio, si no es más que un pobre diablo norteamericano o nicaragüense, bien podrá oír esta frase: “Wall Street nos permite pagarle sólo el diez por ciento de su dólar”.

CÓMO SE HACEN LAS NOTICIAS

Había vuelto a mi hotel y enviado ya a McCoy la copia prometida de la respuesta de Sandino a Sellers, cuando oí que alguien golpeaba la puerta. Era el teniente Larsen. Muy cortésmente me preguntó si podía hablar conmigo. "Tengo para usted un mensaje personal del general Feland" (jefe de operaciones de los marines).

Era evidente que había caído en la cuenta de que el otro día me había burlado de él. Llegó a hablarme como pisando huevos. Rebosaba cortesía. "El general McCoy telefoneó al general Feland diciéndole que usted había entrevistado a Sandino, así que tiene gran interés en hablar con usted. Dice que apreciaría mucho si fuera a visitarlo. Pero, crea usted, por favor, que bien puede no ir, si no le parece, aunque le quedaría muy agradecido si fuera por allá a la hora que a usted le plazca. Mire, es si a usted le parece bien, y a la hora que le sea más conveniente; pero si no quiere, no vaya."

"¿Ya almorzó teniente Larsen?... Bueno, pues creo que podemos ir ahora mismo. Tal vez quiera acompañarme."

"Bueno, sí, estaría muy bien."

"Pero antes permítame disculparme por haberlo engañado el otro día. Yo quería contar lo de mi viaje al ministro antes que ningún otro."

Se tamborileó con el puño el pecho para decir: "No, soy yo quien debe disculparse".

"Para ser franco con usted, teniente, creo que tiene usted razón. También debo decirle que protesté en la legación por la manera en que trató de amedrentarme." Y le repetí letra por letra lo que le había dicho al ministro.

“Y más aún, permítame darle un consejo acerca de cómo debe usted desempeñar su trabajo para que no le pase lo que le pasó conmigo. Supongo que el objeto de la oficina de inteligencia es obtener informes que puedan servir al Cuerpo de Marines y al gobierno de Estados Unidos. Por lo general eso no se consigue intimidando a la gente, a menos que la persona interrogada esté ya tras la reja. Como le dije al principio de nuestra conversación de aquel día, yo nada tenía que ocultar, y si usted me hubiera hablado como caballero, es muy posible que le hubiese contado todo. Usted entonces habría llegado a su oficina con la verdad en la boca en vez de un cuento falso del que ahora tal vez se estén riendo sus superiores. Y más todavía, los marines habrían sabido el exacto paradero de Sandino desde el dos de febrero, dos días antes del día que lo supieron.”

(Hasta el día en que llegué a Managua, las autoridades norteamericanas no tenían información precisa del paradero de Sandino desde que salió de El Chipote. Sabían que las tropas rebeldes estaban en San Rafael del Norte, pero no que Sandino estuviese allí).

“Quizás me equivoque”, seguí diciendo a Larsen, “al pensar que el principal objeto de la oficina de inteligencia sea obtener información fidedigna; o tal vez sea el de intimidar y amenazar a los ciudadanos, pero, en todo caso, le tomé el pelo, ¿no? Después de haber cruzado cinco países con el deliberado propósito de entrevistar a Sandino, cuando las revistas y diarios que represento dan a conocer al mundo los hechos concretos, me encuentro con que ustedes no sabían por dónde andaba yo, ni en qué andaba. Esto es increíble del Departamento de Inteligencia de Estados Unidos”.

Y eso no fue todo con ese *míster* Larsen; y aunque estuvo a verme varias veces y se portó conmigo sumamente cortés y

hasta amable, esa gruesa nuca de toro con sus pliegues horizontales me cayeron siempre mal. Yo conté muchas veces el cuento en Managua, hasta hacer que todo mundo allí se riera de él. Ese teniente al fin se dio cuenta, según lo dijo a sus superiores, de que podía hacer mejor papel cerca de la línea de fuego, en Matagalpa.

*

El día que llegué a la legación (puesto que el imperialismo es un juego bastante más despiadado que el bridge), resolvió jugar abiertamente poniendo todas sus cartas sobre la mesa. Esa tarde cité a los representantes de la prensa local y extranjera para relatarles algo de mi viaje y despertar interés. Durante tres días los periódicos de la ciudad destacaron la noticia en su primera plana. Esa publicidad bastó para impedir que las autoridades nicaragüenses o las norteamericanas me molestasen, lo que de otra manera hubiera ocurrido.

Cuando llegué a Managua ya estaban allí varios corresponsales extranjeros especiales. Antes de eso todas las noticias que se difundían al exterior salían de la oficina de la aduana. *Míster Clifford D. Ham*, durante catorce años colector de aduanas en Nicaragua, era el corresponsal de la *United Press*, y su asistente, *míster Irving Lindbergh*, de la *Associated Press*. Habitualmente ellos eran los únicos periodistas extranjeros acreditados allí, de manera que al público estadounidense sólo se le hacían saber las versiones estrictamente oficiales.

Míster Ham, matrero como él solo, me jugó una mala pasada. Antes de saber yo que era corresponsal de la *United Press*, me invitó a visitarlo en su oficina, “en su carácter oficial de colector de aduanas”, y me sonsacó una buena parte de mi relación que, de haberlo sabido yo, no la hubiera soltado, y la transmitió.

Afortunadamente, cuando yo llegué a Managua, la resistencia de Sandino ya había atraído a varios periodistas y camarógrafos. En esos días se había ofrecido un premio de cincuenta mil dólares a quien lograra filmar cinco yardas de película de los soldados de Sandino en acción. La Associated Press tenía allí, además de Lindbergh, a un vejete a quien esa empresa tenía arrumbado en Panamá, pero que, en vista de las circunstancias, despachó a Nicaragua. Era un caballero honesto y sencillo, físicamente incapaz de moverse con energía o rapidez en aquellos días voraginosos; de modo que la mayor parte de su trabajo, lo hacían los otros corresponsales. *Míster Denny*, reportero de brillantez excepcional de un diario neoyorquino, había sido enviado a Bluefields a bordo de un barco de guerra norteamericano y de allí a Managua en un avión del ejército. Me confesó que en vista de esas y otras cortesías no se había atrevido a enviar una sola palabra que no fuese "oficial". Más tarde escribió un libro pseudo-liberal titulado *Dollars for Bullets* con el propósito de exculpar nuestra intervención en Nicaragua. De la cadena de periódicos de Hearst llegó uno de sus directores, *míster Williams*, apologista oficial, quien se encargó de desfigurar los acontecimientos en forma que creyó agradaría mucho a las autoridades norteamericanas en el lugar de aquellos sucesos, derritiéndose los sesos para conservar su puesto. El *Chicago News* tenía allá a un reportero de anécdotas triviales de los marines, con estrictas órdenes de no decir nada de política.

Esas eran las fuentes de información de lo que ocurría entonces en Nicaragua.

*

El general Feland, hombre vigoroso y de cejas, era la personificación de la apatía. Su voz desganada, su aparente falta de

interés en todo, su aire de fastidio con su trabajo, su manera de sentarse sobre la última vértebra de su espinazo del modo más antimilitar, todo, en fin, revelaba una suprema indiferencia como si se encontrara en la más remota parte de un mundo imaginario. Me intrigaba de ver que ese hombre quisiera verme. A todas mis preguntas contestaba: "El mayor Glass puede darle esos datos".

"¿Y cómo irá a terminar todo esto?", le pregunté.

"¡Oh!, ese pájaro ha de caer un día", dijo calmoso. "Más tarde o más temprano, pero siempre caen."

"Creo recordar que fueron como siete años allá en las Filipinas y otro tanto en Haití, pero ahora que a estas cosas se les da más publicidad me parece que usted se desesperaría si esto durara otros tantos años."

El general masculló algo ininteligible, luego preguntó: "¿Qué piensa usted de Sandino?"

"Que no es un bandido, llámele usted tonto, fanático, idealista, o patriota, según sea su punto de vista; pero de seguro lo digo que no es un bandido."

Arrastrando sus palabras dijo: "Por supuesto que en el ejército usamos la palabra 'bandido' en sentido técnico, queriendo decir miembro de una banda".

"¿Entonces Sousa (compositor de banda musical) es también un bandido?"

No se dignó a sonreír. Yo insistí. "Para el público estadounidense usted dice que usa el término 'bandido' en su sentido técnico, pero ¿no encubre algo más en sus informes?"

"Usted sí que me dio en el codillo", respondió con el mismo tono de indiferencia.

Y cambió de tema. "Sólo hay una cosa que me interesa: ¿Cómo le fue enviado ese mensaje al almirante Sellers?"

Le repetí lo que había dicho al general McCoy.

Sonrió sutilmente. "Usted es una chispa. Por aquí se apareció otro periodista que decía querer ir a ver a Sandino. Le advertimos que se anduviera con cuidado en eso."

"A propósito", le pregunté, "¿puede darme usted detalles del convoy de abastecimiento que capturó Sandino, o debo también pedirle esa información al mayor Glass?"

Por esa y única vez Feland hechó por la borda su apatía. Se enderezó de un tirón. "¡Eso es mentira!", gritó. "No hemos perdido ningún convoy, ni uno solo."

"¿Cómo es entonces que Sandino tiene uniformes, rifles, alimentos y otras cosas del ejército estadounidense?"

"No hemos perdido ningún convoy", repitió Feland volviendo a escurrirse sobre el espinazo.

Al despedirme, el general se incorporó con desgano de su descansada posición. "Vuelva por aquí a verme cuando quiera", díjome con muestra de cordialidad, "y le diré al mayor Glass que le dé toda la información que sea posible dar a la publicidad".

Salí de su oficina convencido de que la única razón que tenía Feland para querer verme era para tratar de aplicarme la ley Logan.

EN AGUAS DEL LAGO DE NICARAGUA

Inconcebible pensar siquiera que podía salir de Nicaragua sin echar un vistazo a la ruta del proyecto canal, que en gran parte ha servido de excusa a nuestras estupideces interventoras.

Me fue posible conseguir información en Managua acerca de la manera de ir a la Costa Atlántica (a unas doscientas

millas de la capital, en línea recta) aún cuando en los albores de la historia de Nicaragua la ruta transcontinental a través de ese país era una de las más traficadas del mundo. Ahora todas las actividades políticas de la nación se concentran en la costa del Pacífico. La región que abarca desde el Lago de Nicaragua a la costa del Atlántico está escasamente poblada, es montañosa, cenagosa y con selvas impasables. Esa costa es un reino maderero y bananero, en donde se habla tanto inglés como español. Es más fácil ir por Corinto y Panamá a Bluefields que directamente a través del país. Nadie pudo darme información concreta de cómo ir allá.

No había otra cosa que hacer... que salir. La letárgica Masaya y su laguna azul; Nindirí. Y el volcán Masaya... Con aquel indio Juan toda surcada la cara de arrugas, subí al volcán hasta su borde de arena rojiza escoriácea, y abajo su cráter al cual los indios primitivos arrojaban sus víctimas propiciatorias... Y bajamos luego por entre árboles frutales: jocotes, nancites, nísperos, mameyes...

Y Granada... un lugarcito de topografía pintoresca vagamente parecido a los pueblos italianos. Fue fundada por Francisco Hernández de Córdoba en 1522; y Thomas Gage, el monje inglés que estuvo en Nicaragua en 1665 llamó a ese país el "Paraíso de Mahoma", dejó escrito que las casas de Granada eran mejores que las de León, y que sus tenderos eran ricos. Comerciabán con Guatemala, Honduras, El Salvador, Panamá y Cartagena. El tesoro del rey solía pasar por allí procedente de Guatemala y México en viaje a España para evitar que el Golfo de México cayera en manos de los piratas ingleses y holandeses. Gage vio "en un solo día llegar (a Granada) seis recuas (de trescientas muías cada una) de El Salvador y Honduras solamente, cargadas de añil, cochinilla y cueros; y dos días después

llegaron tres más de Guatemala cargadas una de plata, otra de azúcar y la otra de añil". En aquellos días Granada era una de las ciudades más ricas de América, razón por la cual fue varias veces saqueada e incendiada por piratas ingleses y franceses.

Ahora dormita en silencio olvidado. En 1856 la ciudad fue incendiada enteramente por Walker y sus filibusteros norteamericanos, y fue reconstruida en terrazas, lo que hace que la topografía de sus calles sea abrupta, de modo que el tráfico moderno es muy limitado. Un elegante edificio municipal domina una plaza que tiene tres costados con arcadas, en donde se destaca el señorial club social conservador; los políticos se pasan allí todo el día sentados sorbiendo en pajillas sus refrescos.

Granada ha sido siempre el baluarte del conservatismo de Nicaragua; León, más al norte, es el centro del liberalismo. Granada es fanáticamente católica, feudal; su sociedad la componen comerciantes acaudalados. Para los granadinos, los protestantes, los masones, los liberales, los herejes, los judíos, y los bolcheviques son vocablos sinónimos; la fachada de la misión protestante de la ciudad aparece de vez en cuando salpicada de excremento humano.

León es liberal, anticlerical, gente de clase media; sus habitantes son cultos y viven al tanto del progreso. La rivalidad de estas dos ciudades data de siglos; ella tiene sus raíces en pleitos de los diferentes grupos étnicos que antes de la conquista poblaban esas dos regiones. Los indígenas de León eran gente quieta, estables, mansos, alegres, pero siempre listos a protegerse de los ariscos, traicioneros y crueles habitantes de los contornos de la región lacustre. El viejo feudo indígena es ahora un moderno feudo político.

Cierto día junto a la mesa mía en el club social de Granada estaba sentado un jovencito boquirrubio de sombrero de pita, camisa de un celeste inmaculado, corbata de seda lila, saco traslapado azul de casimir y pantalones blancos de franela. Del bolsillo frontal del saco caía en voluptuosa cascada un pañuelo lila también de seda. Sudaba perfume. Su liso pelo negro y lustroso bien apelmazado. Todo un amor, en fin.

En la acera del club, con paso atlético y ágil, caminaba una muchacha. Calzaba zapatos bajos. Piernas recias; cuerpo fuerte y bien labrado. Piel blanca dorada por el sol del trópico. Todo en ella revelaba su ascendencia norteamericana. El efebo en cuestión sorbía lánguidamente a través de una pajilla su fresco. De pronto, al verla, sus ojos desmayados se encendieron. Súbitamente bajó las gradas llevando en su mano el bastoncillo flexible de bambú y se aproximó a la joven cerca ya de la puerta del hotel contiguo. En deficiente pero inteligible inglés le dijo:

“Miss, ¿dónde fue que tuve el placer de conocerla?”

Se volvió ella para mirarlo abriendo mucho sus ojos azules y lo recorrió de arriba para abajo con un vistazo despectivo. Era media cabeza más alta que él. *“Lárgate, atorrante”*, le espetó en tono claramente yanqui que retumbó en la plaza.

Él le sonrió tímidamente: *“Miss, estoy seguro de...”* Avanzando ella un paso hacia él le soltó un violento rechazazo al mentón.

Allá fue a dar él de espaldas entre la polvareda que lo envolvió. Se levantó sacudiéndose los fondillos de sus blancos pantalones de franela. Una risita contenida retumbó en el ámbito de la plaza frente al club.

*

Todos los martes por la mañana sale de Granada el vapor "Victoria" –veterano de cincuenta años– para San Carlos en la cabecera del Río San Juan.

Y un martes por la mañana, listo ya para embarcarme, descubrí que había olvidado hacer ciertas compras, como decir jabón, quinina y otras cosas más. Me quedaba poco tiempo, así que me saqué un billete de cinco dólares que di al muchacho del hotel para que me fuera a comprar eso. Cogí un viejo coche tirado por escuálidos caballos que salió traqueteando para el muelle por una calle larga y polvosa entre hileras de mangos. Mandé mi equipaje en un carretón. Pasaba el tiempo y el muchacho sin llegar. Encomendé a otros que lo fueran a buscar. "Se fue con los reales", pensaba yo. "No resistió la tentación de los cinco dólares." Pero exactamente dos minutos antes de zarpar el barco que ya estaba pitando, llegó hasta el muelle con la lengua de fuera entre el alboroto del gentío.

En el papelito que le di había escrito "jabón Palmolive", y aunque le dije que si no había de esa marca me trajera de cualquier otra, se anduvo de farmacia en farmacia hasta que lo halló. También le había dicho que me comprara un poquito de quinina; pero el montón que me llevó era así de grande. El muchacho no pudo aguantar el deseo de gastar los cinco dólares, de modo que me hice de suficiente quinina como para un batallón.

Es un viaje de veinticuatro horas en el lago, con escalas en el camino. Pasamos por un archipiélago de isletas cónicas y bajas, sonrientes y verdes, con ranchitos por aquí y por allá bajo la sombra de cocoteros; un mundo mágico aquél. Por la derecha se alzan junto al lago como patas de langosta las estribaciones del Mombacho, volcán apagado de cinco mil pies de altura. Allá lejos a la izquierda las serranías melladas de

Chontales, efecto de inmemoriales convulsiones plutónicas. Pasamos frente a las islas grandes de Zapatera y Ometepe. Esta última tiene dos volcanes cónicos y muy altos en cuyas bases podían entreverse entre el bosque casitas de palma y cañas que parecían japonesas, habitadas por pescadores. En los claros que dejaba la lava de los volcanes veíanse las milpas de los indios.

A bordo iba un sargento de marines guardando los bultos del correo. No había hecho otra cosa en seis meses de estadía en Nicaragua, y estaba aburrido de su trabajo. Los pasajeros eran un mosaico racial de indios, mestizos, y negros de la Costa Atlántica; ganaderos, agricultores y sensuales mujeres tropicales de ojos negros y cuerpos sinuosos vestidas de negro o rojo y amarillo. Y entre todos ellos dos misioneros norteamericanos, uno de los cuales perdió su sombrero arrebatado por un golpe de viento.

En los pasillos del vapor iban rimeros de costales, motetes, cajas de cartón con ropa y hasta maletas de cuero de lagarto, alforjas de cabuya, naranjas y gallinas y loras enjauladas. Estas últimas y las mujeres mantenían una cháchara incesante, voces agudas pero musicales.

Bastante tarde ya llegamos a San Jorge, puerto de entrada a la ciudad de Rivas. Yo me había mareado, pero una vez repuesto sentí hambre. El vapor pasaría allí cuatro horas cargando y descargando mercancías; tenía tiempo para ir a buscar de comer, y en un rancho de la playa me senté frente a un plato de arroz con pollo. Una india cocinó la comida en ollas de barro sobre un brasero de latón; de beber me dio jugo de piñas en jícara labrada.

Los trajes de baño no se conocían en San Jorge, pero un letrero grande decía que los hombres debían bañarse cincuenta varas a la derecha del muelle, y las mujeres cincuenta varas a la izquierda. El infractor sería llevado preso.

El sol se hundió detrás de las colinas de Rivas, arrojando en luz violeta las faldas del Orosí allá en el sur. Era noche cuando el "Victoria" zarpó para entrar en aguas procelosas que sin cesar me salpicaron. La luna salió sobre las islas. Uno de los pasajeros bordoneaba una guitarra. Ya los pasajeros eran menos. Iba entre ellos una numerosa familia de negros de origen sirio que llevaban largo tiempo de residir en Bluefields. Hablaban un inglés muy curioso, un español muy curioso también e igualmente el francés. Con uno de ellos, llamado Tooker, joven simpático, empleado de la compañía de radio, me hice amigo. Me ayudó en todo el viaje hasta Bluefields consiguiéndome comida y demás cosas necesarias. El vapor no tenía más que dos camarotes; el capitán ocupaba uno y el sargento otro. Alquilé un catrecito al camarero y dormí en la cubierta. El frío fue tremendo, pues el viento no dejó de soplar. El amanecer nos encontró al otro lado del lago, con la isla de La Boqueta bañada en luz resplandeciente con el sol de la mañana. Entramos al puertecito de San Miguelito. El aire era húmedo y frío. De las balsas de gamalote saltaban volando las garzas y zarcetas. Los techos de palma del poblado se alineaban en la playa hasta una cuesta empinada. Todo estaba allí en sombras todavía; las casitas entre la densa vegetación de los contornos y la bruma de la loma. A este lado del lago todo era verde y muy brillante.

A eso de las once entramos en San Carlos al pie de una fortaleza en ruinas arrojada en musgo y matorrales. San Carlos está enclavado en la cabecera del Río San Juan y de su afluente el río Frío, hogar de los indios guatara. El día se iba haciendo más caluroso, la vegetación reflejaba un resplandor intolerable. La arena de la playa y las casuchas relampagueaban de luz.

El tránsito en el río se hace en un bongo empujado por un bote motorizado. Tooker se encargó de llevar mi equipaje al

bote, y nos fuimos a recorrer el poblado que era una mezcla arquitectónica de casas desvencijadas sobre calles de subidas y bajadas engramadas; un puertecito olvidado de techos de palma, tejas y zinc. Algunas casas ostentaban calados de madera desguazados, los balcones de otras medio quebrados. Y sus moradores igual de híbridos: indios melchora, negros, zambos, mestizos y pocos blancos; todos formando un mosaico racial, y mosaicos también de ropas remendadas.

Después de un succulento almuerzo de sábalo — rico pescado del río — con una jícara de tiste y plátano frito, nos dedicamos a comprar las provisiones para el viaje río abajo: alimentos enlatados, frutas en abundancia como decir sandías, piñas, naranjas, bananos y limas, las fuimos a depositar a la cocina del bote. Tooker compró también varios trozos de alfeñique.

Bajando iba yo por las disparejas callejuelas de San Carlos cuando se me acercó un tipo fornido pero sencillo: “Usted es el señor que estuvo en el campamento de Sandino?”

“Sí.”

“¿Y anduvo allí con el general Sequeiros?”. “¿Y usted quién es?”

“Yo soy su hermano”. Miró por todos lados con cautela. “¿Y él se va a quedar con Sandino?”, me preguntó muy afligido.

“No”, le dije para despreocuparlo, “conmigo fue allá sólo como guía”.

El pobre hombre se sintió mejor. “Es que mi hermano es muy alocado. Tenía miedo que se fuera a meter en esas dificultades.”

Al momento me acordé de las últimas palabras que me dijo: “Sandino va a tirarme”, y varias veces me he puesto a pensar qué estará pensando ahora su hermano, ese franco y sencillo hombre de San Carlos...

“Vamos a ver al comandante”, sugirió Tooker.

“¿Para qué?”

“Así se acostumbra por estos lados.” “¿Es conservador o liberal?”

“Conservador.”

“Pero yo creía que tú eras liberal.”

“¡ Ah!, sí. Yo digo que soy eso pero en la Costa Atlántica no somos ni liberales ni conservadores, somos sólo costeños, porque cualquiera que sea el que esté mandando en Managua nos trata igual de mal.”

El comandante, como todos los comandantes centroamericanos, era gordo, cuadrado, muy indio. En su rostro acechaba la sospecha de todo y de todos. No quería saber nada de Sandino, pero se alegraba de que estuviese alborotando y que estuviera haciendo más difícil el proceso de las elecciones, porque, dijo: “Los marines de ustedes están resueltos a elegir a Moncada, ese maldito liberal”.

LA RUTA DEL CANAL

Se nos había dicho que saldríamos de ese soñoliento San Carlos a la una, pero no fue sino hasta las cuatro que un indio se paró en la proa del bote y empezó a sonar una concha anunciando nuestra salida. El bongo tenía una bodeguita en la cocina; el resto iba repleto de mercaderías. Una tercera parte del mismo tenía un toldo para salvarnos de los rigores del sol; ésa era la chopa. Los viajeros expertos llevaban hamacas que colgaban de lado a lado. El lugar que quedaba para los pasajeros, las gallinas y un chancho, era sobre la carga compuesta de fardos, cueros crudos hediondos, una máquina de

coser, cabezas de bananos, etcétera. Para mi cama me apropié de un fardo y un cajón.

Dejamos el desembarcadero, pasamos frente a mujeres que lavaban ropa de brillantes colores sobre unas piedras, y seguimos río abajo. Por las primeras veinticinco millas hasta el raudal de El Toro, las riberas son bastante bajas; largos trechos de gamalotes, carrizales y palmeras. Más adelante pasamos entre muros altos de selva impenetrable que enclaustran el río con rarísimos claros hasta desembocar en San Juan del Norte, en cuyas cercanías las riberas son más tupidas.

A bordo iba un ganadero norteamericano dueño de una hacienda en las riberas del río San Carlos, del lado de Costa Rica. Iba también un germano-americano, uno de esos curiosos tipos que vegetan a lo largo del San Juan. Este hombre, como muchos otros, se había comprado un ható de ganado cuando años atrás se empezó a construir el canal, y allí seguía vegetando en espera del día de su apertura para convertirse en millonario. Han pasado ya más de veinte años y esos ilusos siguen en espera... Apenas ven a un extranjero lo cogen por la solapa del saco para preguntarle ansiosamente: "¿Y el canal, cuándo van a construirlo?"

De trecho en trecho se ve una que otra islita o una loma entre terrenos cultivados que rompen la monotonía del paisaje selvoso. Parábamos con frecuencia a dejar o llevar correspondencia, o bien para llevar o dejar un pasajero, o cargar o descargar mercancías. Un viaje lento y desgastado, sin ningún apuro de parte de la tripulación.

Bastante entrada la noche el bote motorizado empujó al bongo metiéndolo junto con nosotros por un caño de agua bajo árboles frondosos en donde nos dejó para ir en busca de más cabezas de bananos. Volvió resoplando una hora después. A

una hora muy avanzada divisamos las luces de El Castillo y anclamos frente a su pequeño desembarcadero. El raudal llenó la noche con su ruido fragoroso. Unos muchachos cogieron nuestro equipaje mientras nosotros, a pie, caminamos una media milla por la orilla sobre un caminito engramado y por entre rieles dispares de tranvías de sangre ya desaparecidos, hasta llegar a casa de una mujer que daba donde dormir.

La mayoría de los pasajeros se quedaron en el bongo. Pero cuatro de nosotros nos alojamos en la sala de la casa, frente al río. La mujer nos dio chocolate caliente; no tenía café, ni pan tampoco. Nos pusieron sendos catres, y alguien bajó la mecha de la lámpara tubular.

No habiendo querido comprarme un mosquitero para la única noche que creí pasaríamos en el río, por consejo de un marinero de Granada compré un poco de aceite de citronela para untármelo en la cara y en las manos. Pero los mosquitos hundieron en mis carnes su aguijón toda la noche. Estoy convencido de que los mosquitos adoran ese aceite. Lo primero que hice en la montaña apenas me levanté fue tirar al río el tal aceite.

*

El poblado de El Castillo yace al pie de un cerro algo semejante al del Castillo de Chapultepec, en México. En su cumbre está, aunque en ruinas, la antigua fortaleza popularmente llamada El Castillo Viejo. Salimos a conocerla. Era una mañana húmeda y lluviosa, como allí son todas las mañanas del año. Por eso el poblado vive alfombrado de grama y musgo; allí todo es moho. De toda grieta del suelo brotan hongos; se tocan las tablas de las casas grises aguanosas y podridas.

Empezamos a subir desde “la plataforma” en donde estaba nuestro alojamiento sobre los rieles abandonados. Un caminito verde y sinuoso nos condujo a la cumbre del cerro. Antes de llegar al propio castillo vimos dos lápidas de piedra bajo las cuales estuvieron sepultados Cannon y Grosse, dos filibusteros norteamericanos a quienes en 1910 el presidente Zelaya mandó fusilar. Sus muertes (aún cuando Zelaya actuó correctamente) fueron pretexto para que el secretario de estado Knox – quien tenía intereses económicos en Nicaragua – apoyara a la revolución conservadora que dio en tierra con el régimen liberal nicaragüense.

Caminamos cuesta arriba por ese caminito resbaloso y cubierto de maleza. Circunda la derruida fortaleza un profundo foso con escarpas perpendiculares de mampostería. Lo cruzamos sobre un tablón tembeleque que hacía de puente; desde los altos muros miramos el río, el puertecito fluvial y la exuberante selva poblada de árboles gigantescos. El eterno fragor del raudal flotaba en el aire fresco de esa mañana serena. Bajo nuestros pies estaban dos hileras de cuartos excavados en la roca. Desde el interior de la fortaleza se alzaban árboles cuyas ramas cimeras alcanzaban la altura de nuestras cabezas. Una escalera resbaladiza y en pedazos conducía abajo a lo que había sido la santabárbara, y allí también estaban las viviendas de los soldados que antaño defendieron El Castillo. Una de las piezas interiores había sin duda sido la capilla, pues bajo un nicho estaba la pila de piedra del agua bendita. En el piso veíanse excavaciones hechas quizá en busca de tesoros. Al oeste de la fortaleza, frente a la entrada principal, hay una explanada donde se efectuaban las revistas de la tropa, y también servía de jardín y cementerio. Hoy en día es sólo el cementerio del pueblecito. Este castillo se empezó a construir menos de cincuenta

años después de la conquista, y fue reconstruido en 1747 por orden del gobernador intendente de Nicaragua y Costa Rica para la defensa del río. Su ubicación es ventajosísima. Desde allí se puede atacar a las embarcaciones que luchan por remontar o bajar el raudal del frente. Una atalaya de piedra para el centinela domina la vista por el noroeste; dentro de ella se ven aún las acanaladuras que, con el tiempo hicieron los mosquetes de los centinelas arrimados a la pared.

En 1780 los ingleses se tomaron la fortaleza con fuerzas expedicionarias dirigidas por John Dolling, en un intento de apoderarse del Lago de Nicaragua y de las ciudades del Pacífico, para cortar así en dos las colonias españolas. Las fuerzas terrestres al mando del coronel Polson eran mucho más numerosas que la guarnición española de doscientos veintiocho hombres cuyo jefe era don Juan de Ayssa. Sin embargo, los ingleses tuvieron que sitiar El Castillo durante varias semanas. La guarnición se vio obligada a capitular y, "en consideración a la heroica defensa de la fortaleza", se le permitió a don Juan salir con sus armas, las mechas encendidas, las banderas desplegadas y a tambor batiente. En la Costa Atlántica se les puso a bordo de buques que los llevaron a puertos de España o de las colonias españolas de América, según su preferencia.

La casera nos dijo que por la mañana podíamos bañarnos en el baño de la casa. Frente a las casas del poblado, sobre la orilla del río, habían unas casetas en zancos que eran combinación de baño y excusado: un cuartito para cada menester. Tras de echarle a eso una mirada y notar que el agua para el baño la tomaban del río, decidí no bañarme, aunque hacía mucho calor y eran ya las ocho de la mañana. El agua que nos daban para beber era también, ¡santo Dios! del mismo río. Tuvimos que quedarnos en El Castillo hasta las tres de la tarde. El remolca-

dor tuvo que volver a remontar el río para cargar más bananos. El tiempo no cuenta en aquellas latitudes. Pero al fin navegamos las estruendosas y espumantes aguas del raudal, toda plateada en contraste con los muros de verde vegetación de las riberas. El retraso nos impidió admirar la parte más fascinante del viaje que es en donde el río San Carlos hace su maridaje con el San Juan, pues allí llegamos ya de noche. En ese lugar el San Juan se ensancha y da cabida a muchas islitas. Pero aún en la oscuridad los innumerables canales, los altos muros de selva, la débil luz de la luna, y el vacío aterciopelado de las mágicas islitas hacen del lugar un paraje de increíble belleza.

Y seguimos avanzando de noche haciendo ciertas paradas frente a ranchitos donde se veían lámparas tubulares yendo de aquí para allá y se oían ladridos de perros y voces humanas. Tendí mi frazada sobre el techo de la chopa, el único lugarcito nivelado que vi. Lo único que no me gustaba era que la sirena del bote me quedaba junto al oído, y que la lluvia me obligó a bajar a cubierta; la cabeza me quedó contiguó al motor.

A eso de media noche llegamos a la confluencia del Sarapiquí. Aunque en El Castillo nos sangraron millones de mosquitos, aquí no había uno solo; en esta época del año es el único lugar del río en donde no los hay. A eso se debe que los lancheros prefieren pasar aquí la noche.

Cuando desperté me di cuenta de que había dormido con mis hombros y cabeza sobre un charco de aceite negro de la maquinaria. La tercera parte de mi frazada estaba empapada de eso; mi ropa lo mismo.

Al día siguiente nos extasiamos en la pomposidad de la vegetación; en algunos puntos alcanzaba hasta ciento cincuenta pies de altura; aquello era dos sólidos muros de árboles elevados y bejucos enlazados, jaspeados por parches de palmas y

carrizales. Lagartos descomunales se asoleaban en las bajas riberas lodosas, abiertas las fauces y chorreando baba; algunos se echaban al agua dando bufidos. Otros se quedaban inmóviles a flor de agua igual que negras trozas de madera. A la lengua del agua espiaban las garzas rosadas su presa, y los monos chillaban haciendo miquerías en las ramas de los árboles.

SAN JUAN DEL NORTE

En el muelle de San Juan del Norte fui saludado por *míster* Bland, un anciano paisano mío. Su cara tostada desbordaba alegría bajo un aludo sombrero de palma.

“¿Es usted *míster* Beals?”, me preguntó en su acentuado dejo sureño. “Este negrito”, dijo señalándome a un viejito flaco y encorvado con pelo amarillo ensortijado, “le llevará su equipaje al hotel. Se dice que usted piensa ir a Costa Rica. Lo mejor y más rápido es que se vaya por tierra, señor. Y mientras mi negrito le lleva su equipaje al hotel, tal vez usted querría ir allá conmigo a echarse unos tragos”. Mientras caminábamos me hablaba de las ventajas de la ruta que sugería.

Los informes que el tal *míster* Bland tenía de mi persona y de mis planes me tenían confuso. En San Juan del Norte no hay oficina de telégrafos ni de radio. Llevaba yo varios días de ir viajando por lugares desconocidos de Nicaragua para llegar a San Juan y ya este *míster* Bland me llamaba por mi nombre y sabía de mis planes.

“Dígame”, le pregunté, “¿cómo es que usted sabe de mí?”

“Bueno”, respondió arrastrando las sílabas en el inglés peculiar del puerto, “no son muchos ahora los extranjeros que

viajan por este río, y por los periódicos supe que usted quería conocer la ruta del canal antes de irse de Nicaragua. Y yo, sumando tres y dos, al verlo supuse que sería el joven de los periódicos, pues nadie más viaja por estos rumbos; y todo el que viene a San Juan del Norte sale por el lado de Costa Rica”.

Este *míster* Bland era uno de tantos especímenes por mucho tiempo establecidos en San Juan del Norte en espera del canal. Por eso a cada instante preguntaba: “¿Y van a construir el canal? ¿Cuándo cree usted que comenzarán? Ya es tiempo de que levantemos cabeza”.

En contraste con esas esperanzas de prosperidad, ese lugar que en un tiempo estuvo en poder de los ingleses, se encontraba a mi paso por allí en peor condición que San Carlos, aunque en 1868 aquel hombre de genio, muy poco conocido, Thomas Belt, dijo que ese puertecito era “uno de los más nítidos poblados del trópico que he conocido”. Todas sus casas de madera se estaban pudriendo, desvencijadas como ninguna; sus adornos de ebanistería por el suelo, y los balcones a punto de venirse abajo. La mitad de las casas estaban deshabitadas, rotas las ventanas, derrumbándose los techos, y por donde quiera ruinas amontonadas. Entre uno de esos montones de madera quemada vi una caja fuerte grande. Esa y otras casas habían sido quemadas adrede para coger el seguro. Muchas de ellas tuvieron techo de zinc, pero sus hojas estaban desapareciendo a ojos vista para llevárselas a Bluefields, ciudad más afortunada. Las paredes parecían a punto de desplomarse. Ni una sola casa, con la salvedad de la aduana que estaba a cargo de un negro cortés y listo, se veía recién pintada. Las calles, empedradas antes, estaban ahora cubiertas de grama; y la selva que circunda el puerto parecía venir acercándose más y más al poblado como para estrangularlo. Pero las plantas trepadoras

festoneaban las paredes; de las ramas de los árboles colgaban los musgos, aerófitos, los helechos y las orquídeas. De los ganchos de las ramas los péndulos bejucos bajaban hasta el suelo; y las lianas se cruzaban de una rama a otra formando tejidos caprichosos. Todo esto y los macizos de palmeras, de árboles de fruta de pan, nancites, naranjas, mangos y guayabas hacían del lugar un emparrado de belleza a pesar de su estado decadente.

Abundan allí pájaros cantores y de vistoso plumaje, bandadas de loras, de tucanes de amarillo, rojo y negro, guardabarrancos de larga y tornasolada cola, y muchos otros más.

Míster Bland, en el camino al hotel siguió hablándome de las ventajas del viaje por tierra a Costa Rica. Me dijo que el mismo viejito que se había hecho cargo de mi equipaje podría servirme de guía por sólo diez dólares.

*

El hotel era una casa de dos pisos, y por cierto una de las mejor conservadas, y la hotelera una negra de bastante edad llamada Susan que mantenía la casa limpia como una patena.

En el hotel fui presentado a un tal Stacomb y a un hacendado alemán apellidado Wolff, fincado en el río. Stacomb, empleado, según me dijo, de la United Fruit Company, era un tipo jovial que se mantenía "a media asta". Tratábase de un tipo jovial y simpático, temerario y bien parecido. Él y el alemán habían resuelto irse por tierra a Costa Rica. El alemán era también otro de los "canaleras soñadores", viejo de residir en la región. Me invitaron a irme con ellos; pero la invitación de Stacomb, por no sé qué razón, me hizo desconfiar de él. Me invitó a tomar un trago, pero yo, sospechando que eso era en él tarea de veinticuatro horas al día, rehusé tomar el guaro del país y me

limité a la cerveza. Sospeché que Stacomb quería hacerme beber hasta emborracharme.

“¿Por qué se vino usted por el San Juan?”, me preguntó.

“Para ver la ruta del canal y todo lo más que pudiera de Nicaragua.”

Mi respuesta no lo satisfizo. Parece que mi presencia en San Juan del Norte le preocupaba mucho. Dudaba que yo hubiese ido a ver a Sandino y también que fuese periodista. Yo no podía por el momento averiguar cuál era su intención y por qué dudaba de mí. Por mi parte, también yo dudaba que él fuese empleado de la compañía bananera como decía; más bien lo suponía un simple aventurero. Wolff, el alemán, era asimismo un tipo raro. ¿Por qué querían que me fuera con ellos? No creo que Stacomb intentase robarme, pues parecía tener mucho dinero; le vi sacarse un rollo de dólares tan grueso como mi puño, y parecía, a pesar de su insistencia en escudriñar mis asuntos personales, muy bien intencionado. Era, realmente, un tipo simpático.

Viendo que no podía sonsacarme nada con los tragos, se ofreció a conseguirme cuantas muchachas quisiera. No me habló de la calidad de ellas.

En el hotel y durante el almuerzo Stacomb y Wolff hablaron en alemán. Yo fingí no entender ese idioma, esperando ver si no trataban de hacerme algún mal. Pero sólo hablaron trivialidades.

Si Stacomb hubiese sido nicaragüense, su intención podía haber sido obtener la información que yo tenía y robarme los artículos que había escrito, o bien impedir que los llevara a Estados Unidos; cosa que yo creía todavía alguien podía hacerme antes de salir del país, y ésa era una de las razones que tenía para querer hacer mi viaje por tierra a Costa Rica en vez de ir a

Bluefields. Pero ésa no podía ser la intención de Stacomb. Así pues, decidí poner mis cartas sobre la mesa.

Lo llevé a mi cuarto y le mostré las fotografías que había tomado durante mi viaje al campamento de Sandino, le enseñé los artículos que había escrito y también le dije que podía ver todos los documentos que guardaba en mi maleta. “No, no”, exclamó avergonzado, apartándolo todo.

“Ahora, enséñeme usted su jugada”, le dije abiertamente.

Se rió a toda mandíbula. “Usted sí que me asustó. Creí que eso de ser periodista era embuste, pero que sí era empleado de la compañía Cuyamel Fruit Company que venía a espiarnos.”

Me explicó en seguida que entre las dos compañías bananeras había estallado la guerra, y que la United Fruit estaba queriendo tender una nueva línea férrea desde Costa Rica en dirección a San Carlos, en el Lago de Nicaragua, y que la Cuyamel había logrado impedir que su rival obtuviera la concesión, y que además los molestaba de mil maneras. Y me dijo Stacomb: “Yo esperaba emborracharlo y sonsacarle alguna información, o, con el mismo propósito, hacer que pasara un rato alegre esta noche. Y luego, si usted seguía ocultándome su designio, cuando fuésemos por tierra a Costa Rica, yo me encargaría de que su guía lo llevara por un camino diferente; así me habría separado de usted (lo que quizá habría significado la muerte) yéndome yo solo a San José con su equipaje. Ahora que ya nos conocemos bien, divirtámonos y tenga usted un buen viaje”.

MUCHACHAS PARA EXTRANJEROS

Stacomb no fue el único en San Juan del Norte que me ofreció muchachas. Estaba retrasado en mi trabajo, de manera que esa noche me senté en el restaurante del hotel a escribir. Susan me había dicho cómo apagar la lámpara del centro y cerrar las puertas antes de irme a acostar. Debido al terrible calor que hacía me quedé trabajando con la puerta abierta. Me sería difícil decir qué era peor, si el calor con la puerta cerrada, o los mosquitos que chillaban a mi alrededor y me picaban mientras tecleaba. Aun con la puerta abierta el calor entraba desde la selva junto con el asfixiante olor a alquitrán y frutas podridas, y aquel típico olorcillo de los pueblos de negros. Mientras tecleaba entró un tipejo que era un estropajo humano. Se identificó como el secretario del comandante del puerto. Esa arañita comenzó a hablarme de manera esquiva y untuosa. Ya empezaba yo a creer otra vez que todo mundo allí era sospechoso, incluso Bland, que me había saludado dándome mi propio nombre. El tipejo ése siguió hablándome como andándose por las ramas y queriendo insinuar algo; yo no daba qué sería. Al fin, exasperado ya, le pregunté: “¿Y qué diablos es lo que quieres?”.

Me cogió de un brazo. “No, nada”, dijo. “Es sólo esto. Yo como empleado de la comunidad creo de mi deber interesarme por que todos los que pasen por aquí se lleven una buena impresión de la hospitalidad del puerto.”

“Bueno, ¿y qué?”

“Pues me parece que abramos unas botellas de cerveza y que pongamos un disco en el fonógrafo para pasar un rato alegre.”

“Estoy ocupado.”

“Voy a volver más tarde, pues, ¿les digo que manden las cervezas?”

“Vamos a ver cuando vuelvas”, repliqué, y seguí tecleando.

Volvió a los diez minutos con una indita bonita a quien me presentó. Él, sin importarle que yo estuviera trabajando, puso el primer disco a todo volumen y me dijo con desfachatez: “Esta música no le molesta, ¿verdad?”

Después de otros discos, se soltó con un “¿por qué no baila con mi amiga?”.

La chica ésa me había estado mirando con reproche por mi falta de interés. Entonces me levanté y comenzamos a bailar.

La música atrajo a muchos que se quedaron mirando frente a la puerta. Después de unas cuantas piezas, el secretario se me acercó y me dijo al oído guiñando el ojo: “¿Quiere que vaya a traer las cervezas?”.

El calor era sofocante. Se imponía una cerveza.

“Bueno”, le dije. “¿Cuánto necesitas?”

“Es a tanto y tanto la botella”, respondió dando un precio del doble de lo que yo había pagado temprano de ese día. Quedito al oído me dijo: “Trátela bien”.

La muchacha, apenas vio el dinero gritó: “Andrés, yo las voy a traer”. Pero el secretario rápidamente me quitó de la mano el billete. Ella quiso arrebatárselo a pura fuerza. Fue una lucha en la que ambos demostraron una feroz y repugnante suerte de codicia. Lo más molesto era el gentío apiñado en la puerta. En vista de lo que yo había ido a hacer a Nicaragua, me cuidaba mucho de tener que ver con las autoridades. Desconfiaba, tal vez demasiado, de todo y de todos.

El secretario se llevó a la muchacha a un ángulo del cuarto y le dijo algo que la calmó. En seguida se vino donde mí para

decirme: “Mejor mande a pedir más cerveza. Voy a traer a su hermana”.

Siendo como era el secretario del comandante, y conociendo yo lo que son esos países, temí que ese tipo pudiera meterme en dificultades. Por eso le di el dinero. La chica se abalanzó otra vez sobre él tratando de arrebatárselo. La tiró por allá y se fue solo. Me senté para hablarle. Estaba ella de muy mal humor.

Del grupo de la puerta se desprendió un joven de gorra hasta los ojos —no pude saber si era nicaragüense o extranjero— se me acercó y muy ceremonioso me dijo que quería hablarme.

“Es de algo muy importante”, me dijo. Retorcí de tal modo las palabras que a las claras vi que quería advertirme de un peligro inminente.

Todo eso parecía muy raro. La actitud codiciosa del secretario del comandante me hizo pensar en que la avaricia era el quid de la cuestión, más el deseo de halagarme. ¿O habría algo más detrás de eso?

El calor era insoportable, se hacía difícil pensar correctamente. El cuarto parecía extrañamente iluminado con aquella lámpara grande de querosene a cuyo alrededor giraban y se quemaban los insectos tropicales. Afuera reinaba la pulsación misteriosa y miasmática de las podredumbres de la selva.

Yo conocí esa selva. Los contornos de San Juan del Norte son tupidos y cenagosos. Yo me metí en esos meandros en un pipante que, al decir de Tooker, más parecía batea de lavar que bote. Era un simple tronco ahuecado como aquellos en que los aborígenes llevaron frutas a los primeros barcos de españoles que surgieron allí hace más de cuatro siglos.

En aquellas montañas no se ven desmontes ni caminos regulares siquiera, sólo una soledad mohosa, morada del dan-

to, del mono y el tigre negro. Vuelan allí de rama en rama las lapas verdes y también los pájaros cantores; enormes culebras esmeralda se enrollan en los troncos de las palmeras y los matapalos; y en el aire flotan las fetideces de la pútrida hojarasca revueltas con los perfumes de las gomas vegetales y de las flores silvestres. Extrañas emanaciones tóxicas, mortíferos insectos, y siempre la constante amenaza del paludismo, la fiebre amarilla y otras enfermedades inexplicables todavía para la ciencia médica.

En las primeras horas de la mañana había visto cómo la selva tenía abrazada a las dragas que cuarenta años atrás dejaron allí los ingenieros que iniciaron la construcción de un canal nunca terminado.

Este hombre de voz apagada me pareció de pronto ser el mensajero de la jungla, el fantasma de sus múltiples enfermedades. Me llevó a un lado. Había estado tomando. En vez de decirme de plano lo que deseaba, él, también, con un prelude de circunloquios empezó por enumerar mis buenas cualidades, cuán estimable y generoso yo era, un personaje como de los más raros y buenos que han pasado por allí en años. De pronto le espeté: “¿Qué es lo que quieres?”.

Mi exabrupto le cogió de sorpresa y musitó su solicitud: “¿Por qué no me invita a su fiesta?”, me pidió. “Dígale a la muchacha que se busque a otra para que nos divirtamos todos.”

Me reí. Su petición era tan simple; nada de lo que me imaginaba. Pero me halló de mal humor.

“¿Y quién eres tú?”, le pregunté bruscamente.

“Yo tengo tiempos ya de vivir aquí”, respondió todo confuso.

Su mirada furtiva me encolerizó. “Aquí no hay ninguna fiesta. Y lo único que puedo decirte es que salgas de aquí porque voy a cerrar.”

“¿No hay fiesta, pues?”, exclamó atolondradamente.

“¡No!”, le contesté irritado.

Cerré las puertas en las narices de él y de todos los demás mirones. Un vuelco que dieron mis nervios, lo cual suele ocurrir a cualquiera en aquellos climas cálidos, me volvió furioso contra todo. Me ardía todavía la mala pasada del secretario. Recordé la lucha de la muchacha por el dinero. Cosas de burdel. Me encolericé más. Le dije a la muchacha: “Andá a ver qué pasó con las cervezas”.

“¿Y cómo vamos a entrar, golpeo la puerta?”

“Golpea si quieres, pero dudo que alguien te abra porque yo voy arriba a acostarme.”

Stacomb no había perdido el tiempo. A través del biombo que dividía nuestros cuartos oí el taponazo del champán. Me metí bajo el mosquitero y comencé a revolverme inquietamente bajo el peso del sofocante calor y de perturbadores pensamientos.

*

Stacomb era un gran bromista. Bland se moría por el guaro y los cuatro nosotros, Stacomb, el alemán, Bland y yo nos reunimos en la pulpería de la esquina. Stacomb comenzó a hablar de revoluciones y de cuán fácil era hacer una en Nicaragua. De ahí pasó a sugerir que entre los cuatro podíamos empezar una revolución. Bland cogió al vuelo la idea y comenzó a disgregar de buen humor sobre ella. Luego nos dimos a trazar los planes para hacerla estallar allí mismo en San Juan del Norte. Bland, a voz de cuello hablaba del importante papel que él podía desempeñar en la operación, y quería que a la hora del triunfo se le diera la alcaldía del puerto.

En eso estábamos cuando entró un policía descalzo uniformado de azul. Con la clava que llevaba tocó el brazo a Bland

diciéndole calmadamente: "Por orden del comandante preséntese en su oficina".

Bland palideció. Con mano temblorosa puso su vaso de guaro intacto en la mesa. Mirándonos desconsolado y sin decir palabra siguió al policía descalzo. Nos fuimos detrás acompañándolo hasta el cuartelito.

A sotto voce Stacomb me dijo que era una broma. El comandante estaba en la jugarreta.

Entramos en la oficina, y el secretario apenas me vio bajó la vista. Saltó rápidamente de su asiento y con la misma untuosidad de antes me estrechó efusivamente la mano, díjome que sentía mucho haber vuelto tan tarde con las cervezas. ¿Por qué me había ido a acostar tan temprano? Todo ello en voz baja para que no oyera el comandante.

El comandante increpó duramente al viejo Bland: "Lo he mandado a llamar porque sé que usted anda hablando mal del gobierno y maquinando una revolución. ¿Tiene algo que decir?"

Bland tartamudeó: "Señor, le aseguro que..." El comandante lo interrumpió para decirle al secretario: "Tómele declaración. Y ustedes, señores, quiero que declaren aquí lo que oyeron decir a *míster* Bland. ¿Es o no cierto que dijo esto y esto y esto?"

Muy seriamente Stacomb repitió palabra por palabra lo dicho por Bland. El secretario copió. En seguida el comandante me preguntó si yo había oído decir tales cosas. Y lo mismo hizo con Wolff.

"A usted le tomaré declaración más tarde", le dijo a Bland. Y volviéndose al policía: "Encierre en la celda al señor Bland mientras siguen las investigaciones".

"¡Pero, señor!", exclamó Bland atribulado. El policía lo sacó a empujones.

Riéndose a carcajadas, el comandante extrajo de la gaveta de su escritorio una botella y nos sirvió.

“Bland es un buen tipo, no le hace daño a nadie, pero de vez en cuando tengo que meterlo en horma hasta que se le pase el guaro, porque si no, se muere de tanto beber.”

Llamó a otro policía y le dio orden escrita y sellada para sacar a Bland de la celda, en la que no estuvo más de cinco minutos. Lo trajeron todo asustado.

“Comandante”, dijo el cuitado, “esto ha sido un error”.

El comandante lo miró severamente: “Sé que usted ha estado bebiendo por lo que tal vez no se dio cuenta de las frases subversivas que vertió. Voy a tomar en consideración que usted ha sido siempre un hombre digno y respetuoso de la ley de este puerto. Sus exabruptos fueron probablemente producto de un momento de indiscreción. Ahora bien, en gracia a la solicitud de estos caballeros voy a ponerlo en libertad, pero sepa que lo tendremos bajo estricta y continua vigilancia y que debe portarse bien, porque si no se le hará sentir todo el peso del brazo duro de la ley. Si sé que ha vuelto a beber lo encierro. Si me promete no volver a echarse un trago, lo dejo ir”.

Bland alzó su trémula mano derecha: “Ni una sola gota, señor”.

“Bueno, puede irse.”

El pobre Bland estrujó su sombrero, nos miró avergonzado y salió.

Fue lo último que Stacomb y Wolff hicieron antes de salir de San Juan del Norte para San José, Costa Rica. Yo decidí embarcarme para Bluefields.

“Llegaré a San José primero que usted”, díjome al despedirse Stacomb.

Esa noche llegó Bland a mi hotel a hablar conmigo. “Bueno”, comenté, “tuvo suerte en salir tan pronto”.

Respondió echándose las de guapo: "A mí no pueden hacerme nada. Soy americano".

Tal vez tuviera razón el hombre...

BLUEFIELDS

Día tras día se posponía el cruce de la peligrosa barra de San Juan del Norte. Ningún piloto quería arriesgarse a eso mientras el tiempo no mejorara. La entrada tradicional a San Juan del Norte se hacía por el brazo sur del delta conocido como río Colorado; pero la barra de éste era entonces más peligrosa todavía. El último barco que se atrevió a cruzarla se varó con treinta pasajeros, y todos fueron devorados por los tiburones que abundan cerca de la rompiente. Los chinos que habitan el lugar se atan una larga cuerda a la cintura que luego amarran a un árbol de la orilla, y así entran nadando al agua a arponear tiburones.

Hasta en la barra que habíamos escogido por más fácil, muchos habían perdido la vida, y el propio presidente Díaz me aconsejó tener mucho cuidado allí. Al fin llegaron a avisarnos que estuviéramos listos para las seis de la mañana del día siguiente.

Salimos del hotel de Susan bajo una lluvia fina y pertinaz ("el orgullo de la mañana, señor") y fuimos al pequeño embarcadero en compañía de una negra de anchas faldas crujientes, y paraguas verde de carretero. Los tripulantes de nuestro pequeño bote de color azul no se habían despertado siquiera. Apilamos nuestro equipaje en la escotilla, que sería nuestra cama; y tiritando esperamos bajo un toldo de lona. El día aclaró a toda luz, pero la partida se pospuso indefinidamente; faltaba

cargar bananos. Entonces resolvimos regresar por el desayuno a casa de Susan.

A eso de medio día tres lanchas zigzagueaban entre los pantanosos canalitos apenas visibles bajo las plantas acuáticas con hondura de sólo tres pies de agua serena. De pronto salimos a la barra. La lancha que iba adelante bailoteaba como cáscara de huevo, pero antes de que pudiéramos ver cómo se las arreglaría para salir del apuro, nuestro barco se hallaba ya en las mismas. Nos agarramos fuertemente a los tablones. Algunos de los pasajeros, entre ellos un hombre con varicela, comenzaron a vomitar. De pronto nuestro bote se encabritó; brincó parándose de popa para caer de lado, luego hundió la proa para en seguida volver a saltar y después dar un barquinazo, y así de arriba para abajo y de abajo para arriba. Súbitamente clavó la proa en fondo arenoso y todo crujió estrepitosamente; una altísima ola pasó barriendo la cubierta bañándonos a todos y la quilla rodó un buen trecho sobre la arena. Y saltó y dio brincos y rebotes como caballo que saltara sobre obstáculos y saliera luego en estampida. Nos deslizamos después sobre lomas de agua para salir al fin a mar abierto; nos sentimos ya tranquilos aunque por todos lados viéramos docenas de aletas de tiburones cortando nítidamente el agua; y un poco más allá una tortuga de dos yardas por lo menos bogaba como isla flotante.

Mar bravo ahora. Entramos en la caleta de Monkey Point huyendo de una tormenta, y allí estuvimos toda la noche. Finalmente enfilamos hacia Bluefields adonde llegamos al día siguiente ya bastante entrado el día.

Otra población enyerbada, de casas de madera techadas de zinc y aceras entabladas. Una calle curvada y lodosa que pasa frente a las extensas edificaciones de la misión morava y va hacia el centro comercial; la estación de radio y el Tropical Club.

El puerto estaba entonces bajo el reino del terror. El capitán de los marines, con mando provisional, era dueño de un "récord" de brutalidades cometidas en Haití y lo agrandaba aquí. A cualquiera que caía en sus manos lo hacía papillas. A un chinito que fue arrestado lo culatearon y lo pincharon con las bayonetas en cuanto llegó al cuartel. A grito partido corrió huyendo en dirección a la parte más baja de la verja del cuartel que daba a la calle del comercio, y al querer saltarla fue muerto de un tiro, ya en el suelo le hundieron una bayoneta en las entrañas. Lo habían llevado preso por una leve ofensa cometida. Aunque el capitán tenía a su esposa allí, vivía al otro lado del río con una de las más bajas prostitutas del puerto; y los norteamericanos de largo residentes en Bluefields habían rechazado con bolas negras su solicitud para ser miembro del Club Tropical. Y no sólo eso, sino que le ordenaron salir del local; más con todo, siguió llegando. Expulsó del puerto a un corresponsal norteamericano y mal-mató a otro. Al zarpar para Limón, en Costa Rica, a bordo de un vaporcito cocotero, marines que no hablaban nada de español registraron nuestro equipaje. A uno de ellos le oí decir a otro: "Si te encuentras una buena Kodak, Jim, acuérdate de que yo quiero una". Supe después que poco antes habían confiscado un fonógrafo portátil.

El marine se inclinó sobre mi maleta. Cogí mi Kodak y la puse encima.

"¿Querrás hacerte de ésta?"

Me miró con sonrisa forzada, y dijo: "Usted es uno de esos tipos frescos, ¿no?"

Detrás de mí venía una pareja de nicaragüenses recién casados que iban en viaje a Costa Rica. En una cajita negra llevaban unas diapositivas, retratos de la familia y paisajes de Nicaragua para regalar a sus parientes.

"Mira, Jim", gritó el marine, "aquí tengo algo". Ya no siguió registrando; hizo señas a la pareja para que cerraran la

maleta. El joven nicaragüense le preguntó en español al marine por qué se quedaba con la cajita.

“¡Ciérrese la trompa!”, barbotó el marine. Su compinche, Jim, se acercó a ver el botín.

Me acerqué a la pareja que estaba casi al llorar, para servirles de traductor. Y dije al marine: “Ellos quieren saber si les van a devolver la cajita”.

“¿Por qué diablos tiene que meterse usted en esto?”, me increpó el marine. “No se meta en lo que no le importa.”

“Pues sí me quiero meter. ¿Por qué les quita esa cajita?”

“Reglamento.”

“Qué reglamento ni qué nada. Enséñeme ese reglamento. Que venga el oficial que manda aquí.”

Entre tanto, Jim había abierto la cajita. “Mira, Tom, esto no es ninguna Kodak, son sólo diapositivas. Esto no es lo que tú quieres.”

“Que venga el oficial que manda aquí”, repetí.

El marine, volviéndose a mí dijo: “Creí que era una Kodak. Tenemos órdenes de confiscarlas”. Y devolvió la cajita.

“Pues si ésa es la orden, quíteme la mía”, le dije al marine.

“Si no quiere meterse en dificultades embárguese y cállese.”

Quise ir a ver al oficial pero el barco estaba a punto de zarpar y, de todos modos, dudo que me hubiera dado alguna explicación. Y tal vez, si hubiera insistido en verlo, me habrían detenido para tomarme declaración, etcétera.

*

El viaje a Limón lo hicimos con un oleaje que llegaba hasta la borda del barco. Cargaba éste diez mil cocos a Panamá, en donde los transbordarían para llevarlos a Estados Unidos y hacerlos allí carbón que se utilizaría en la fabricación de máscaras contra gases asfixiantes. Hasta en los camastros había

cocos; comí cocos, dormí sobre cocos, me senté sobre cocos, soñé con cocos.

El tren parte tierra adentro desde el lluvioso Limón culebreando entre selvas, plantaciones de bananos, casuchas de tablas tingladas habitadas por negros en suelos encharcados, para llegar a la meseta en la que se asienta San José, la pequeña y nítida ciudad capital de un país que se jacta de tener más profesores que soldados.

Aquí encontré correspondencia. Carta de aquel Venditti del hotel Roma de Tegucigalpa. Con muchos detalles me decía que al día siguiente de mi partida llegaron a buscarme dos policías, después un oficial y por último el propio director de policía de la capital. Venditti, que no sabía de mi plan, creía que yo tal vez había cometido algún delito, pero, con todo, me decía que era mi sincero amigo. Fue quizá por medio del ministro Summerlin que las autoridades hondureñas supieron que yo iba en viaje a ver a Sandino y trataron de detenerme.

Inmediatamente envié al director de policía un radiograma a pagarse allá (once centavos de dólar por palabra), diciéndole que sabía había ido a buscarme al hotel, y que si había alguna razón por la cual debía presentarme a su despacho, yo, a pesar de lo inconveniente que sería para mí, con todo gusto pasaría por Honduras en mi viaje de regreso a Estados Unidos; terminé suplicándole respondiera. Pagó el radiograma, pero no respondió. Le envié un segundo mensaje diciéndole que me embarcaría en el vapor "Corinto" con destino al puerto de San José, en Guatemala, y que cuando entráramos en Amapala yo saltaría a tierra para darle la oportunidad de arrestarme.

En Puntarenas, puertecito del pacífico de Costa Rica, estando sentado en el bonito comedor del hotel, que era una casa en zancos sobre las aguas de la bahía, llegó a mi mesa el dueño del hotel para decirme que quería hablarme en privado.

Me llevó a su oficina. " Antes de todo, quiero decirle que

me siento orgulloso de conocerlo; en segundo lugar, quiero advertirle que los detectives lo andan vigilando.”

“No me extraña. ¿Y quiénes son ellos?”.

“¿Se acuerda de aquel gordo que estaba sentado dos mesas más allá de usted? Bueno, pues uno es agente del presidente Adolfo Díaz de Nicaragua; el otro es agente de *míster* Davis, ministro de Estados Unidos en Costa Rica.”

“Muchas gracias por la advertencia, pero ¿qué puedo hacer? ¿Y no será que ese americano se encuentra aquí en algo relacionado con la llegada del vapor?”

“Yo sé lo que le digo”, repitió el hotelero. “Y también quiero darle un consejo: no baje en Corinto; puede salirle caro.”

“Gracias otra vez por el consejo, pero tengo perfecto derecho a bajar en Corinto, y bajaré si me da la gana. Cualquier cosa que me hicieran sería un tiro que les saldría por la culata.”

“Bueno, haga lo que usted quiera. Pero recuerde que se lo estoy advirtiendo. En más de un modo lo pueden fregar. Por un pleito callejero antes de salir el barco y lo detienen a usted para que declare como testigo... Estoy seguro de que le van a hacer algo en el viaje, y estoy seguro de que de algún modo querrán hacerle perder el barco en Corinto.”

Ya para entonces no era persona grata en ninguno de aquellos pequeños países por donde andaba. Tenía cuentas que arreglar en Honduras; el ministro de El Salvador en Costa Rica, furioso por una entrevista que concedí a los diarios de San José en la que di cuenta del modo en que fui tratado en el puerto de La Unión, dijo en una carta abierta que cuando pasé por El Salvador el país estaba bajo la ley marcial; que algunos extranjeros se habían visto implicados en disturbios recientes, por lo que el gobierno se había visto obligado a adoptar medidas ante la presencia de gente sospechosa; pero que ya derogada la ley marcial, yo o cualquier otra persona podía

viajar por allá sin ser molestado del todo. Se le olvidó decir del dinero que me robaron.

Le respondí lacónicamente dándole las gracias al señor ministro por su información de que ya podía viajar sin temor de nada por todo El Salvador, pero que de ese momento en adelante viajaría sólo por países civilizados, como Costa Rica.

Tal y como lo había planeado, bajé en Amapala y mandé a decir al comandante del puerto (incluyendo copias de mis radiogramas al director de policía) que si él quería podía ir a verme a tal y cual restaurante a donde iría a comer. No tuve el gusto de conocer al tal comandante, y me embarqué en el "Corinto" sin ser molestado.

*

Tres días después arribamos a Corinto. Aunque no le di mucha importancia a lo que me dijera el hotelero, "el que sigue consejos muere de viejo", por eso me dediqué a conseguir la amistad de dos pasajeros: el ejecutivo de una compañía fabricante de llantas y un vendedor de cigarrillos. Había resuelto bajar en Corinto, y haciéndolo en compañía de ellos, por lo menos habría testigos. Hice que me acompañaran hasta las oficinas del correo y del telégrafo, y que me acompañaran de regreso hasta el muelle.

Ya sabía yo que el puerto estaba a cargo de un cuerpo de la Guardia Nacional bajo el mando del coronel Bleasdale. Uno de los compañeros de armas de Bleasdale me había dicho en Bluefields que este coronel era uno de los hombres más valientes del Cuerpo de Marines; decíase de él que comía acero frío y fuego, y que eso le gustaba. Y apenas había subido a bordo cuando el camarero me dijo: "El coronel Bleasdale vino a preguntar si usted venía entre los pasajeros".

Pasado un rato estaba yo apoyado en la barandilla, cuando se me acercó el camarero para señalarme a un oficial

delgado que en el muelle dirigía el manipuleo de una carga. “Ése es el coronel Bleasdale”.

Bajé inmediatamente por la escalerilla y me acerqué para meterle conversación. ¿Desde cuándo está en Nicaragua? ¿Le gusta el país?... Y hablamos de otras cosas. Pronto se dio cuenta de que yo no era uno de tantos turistas, sino un hombre que estaba muy al tanto de lo que ocurría en Nicaragua. Y le entré a fondo: “He oído decir de aquel combate cuando usted, pistola en mano, se abalanzó contra una ametralladora y se la quitó a los sandinistas...”

Me miró y dijo: “¿Y quién diablos es usted?” “Vea mi tarjeta, coronel Bleasdale”. Di media vuelta y volví a bordo.

Desde el barco vi que seguía mirando la tarjeta.

A la mañana siguiente, Bleasdale y su ayudante subieron a buscarme; quería que habláramos de Sandino. Yo que me encontraba jugando ajedrez con el doctor del barco, le dije que esperara a que terminara la partida.

Se sentó sobre el brazo de una silla. Pero como la partida se hacía larga, se impacientó. “Estoy muy ocupado. ¿Por qué no viene a cenar conmigo? Comemos a las seis, y el vapor sale hasta las diez. Tiene tiempo de sobra.”

Pero, el que sigue consejo... ¿Quería tal vez que perdiera el barco? ¿O sería de buena fe su invitación?

“Lo siento”, respondí, “pero tengo invitados para comer a bordo. ¿Quiere usted venir con su ayudante? Sería un agradable cambio del menú del cuartel”.

Creo haber notado algo de desabrido en su semblante, pero contestó rápidamente:

“Encantado.”

Después del almuerzo, a la hora de la siesta en que todo duerme en los puertos tropicales, bajé al hotel en donde se hospedaban mis dos amigos.

“Ustedes tienen que venir a cenar esta noche conmigo”, les dije.

El de las llantas apuntó aburrido: “Ya no aguantamos ese menú de a bordo, mejor venga usted al hotel”.

Les dije que el coronel Bleasdale vendría al barco y que muy probablemente tendría cosas interesantes que contar.

“El trabajo que hacemos aquí es engorroso”, apuntó esa noche Bleasdale. “Tengamos aquí éxito o no, el pueblo americano nos dará en la nuca.” Y en seguida pasó a justificar la intervención. Se extendió hablando de las dificultades y tribulaciones que sufrían los nicaragüenses. “Nosotros sólo queremos ayudarles”, decía como remache de sus argumentos.

“A mí me parece que a los únicos que están ayudando ustedes es a una gavilla de políticos sobalevas”, comenté.

Pero, en fin, a las diez de esa noche, cuando el “Corinto” salió de la bahía y pasó frente a un acorazado de Estados Unidos, su lista de pasajeros iba completa.

GUATEMALA ¡AH...!

En el puerto de San José, Guatemala, me llevé la gran sorpresa. Yo tenía planeado cruzar de allí a Suchiate, en México, pero cuando bajé a la oficina del sobrecargo a enseñar mi pasaporte al comandante militar del puerto para que me diera mi tarjeta de desembarco, ese oficial gordo y negro me lo pasó por detrás del hombro diciéndome: “Esto no sirve para nada”.

Hasta ese momento yo creía que la firma de *míster* Kellogg podría llevarme a cualquier parte del mundo. “¿La razón?”.

“No sirve para nada”, repitió su señoría el gordo en tono insultante.

“Tiene la visa guatemalteca; está en perfecto orden. Quiero que me diga por qué razón no se me permite desembarcar.”

“No puede desembarcar”, repitió el comandante, enojado ya. Por sobre su hombro leí un telegrama firmado por el presidente Chacón, negándoseme el derecho de poner pie en suelo guatemalteco.

“Gracias por tanta cortesía”, dije sarcásticamente, y volví a mi camarote. La situación era desagradable porque el “Corinto” iba a hacer un viaje extra a cargar café. En vez de seguir rumbo a San Francisco tocando antes en México, iría sólo a Champerico — siempre en Guatemala —, de donde regresaría para dirigirse a Nueva York, vía Panamá. Llevábamos ya diez días de viajar entre los puertos de Puntarenas y San José; ya me veía yo recluso a bordo un mes más por lo menos.

¿De dónde venía este golpe? No podía creer que las autoridades guatemaltecas dieran tal paso sin que las autoridades estadounidenses se lo hubieran pedido. Por otra parte, dudaba que nuestro ministro Geissler, a pesar de estar resentido conmigo por un artículo mío, se atreviera a semejante cosa. Pero fuera lo que fuese, yo me dispuse a pelear mi salida del barco.

Por medio del sobrecargo envié una nota al cónsul de Estados Unidos allí, quien se la pasó a Geissler. Y después, desde la radio del barco, comencé a enviar mensajes: uno a Geissler, dándole el número de mi pasaporte, la visa y el certificado de vacunación. Envié también sendos mensajes a tres de los más importantes diarios de la ciudad de Guatemala relatándoles mi caso, diarios que estaban publicando artículos míos; y mensajes similares a los más conocidos periódicos de la América Central, porque yo sabía que las sonas rivalidades existentes entre esos países los llevarían a censurar al gobierno guatemalteco. Al presidente Chacón sólo envié copias de mis mensajes dirigidos a los periódicos, “por pura cortesía al gobierno que representa”.

Geissler me respondió en seguida diciéndome que gestionaría ante el Ministerio de Relaciones Exteriores para que

se me dejara desembarcar; las autoridades guatemaltecas retuvieron veinticuatro horas este mensaje. Habiéndose enterado de esto, Geissler me envió su segundo mensaje por medio de la oficina telegráfica de la compañía del ferrocarril. Este sí lo recibí pronto, y decía que había conseguido permiso para que se me permitiera desembarcar en Champerico.

El "Corinto" estuvo tres días en San José. Debido a que los vapores de cierto calado no pueden atracar al muelle por la poca profundidad del agua, toda la carga la envían a tierra en lanchones. El mar estaba entonces tan bravo que los lanchones no podían juntarse al vapor. En vista de lo cual Geissler me hizo saber que había vuelto a la oficina del Ministerio de Relaciones Exteriores a solicitar permiso para que se me dejara desembarcar inmediatamente. Y todo lo hizo de muy buen grado y de manera enérgica.

Más por divertirme que por otra cosa, escribí una carta al comandante gordo notificándole que a él y a su gobierno los haría responsables ante la ley por la pérdida del valor de mi pasaje, pérdida de tiempo, inconveniencia a mis asuntos personales, y por los daños y perjuicios al buen nombre mío y de los periódicos y revistas que representaba. Terminaba agradeciéndole las atenciones que había tenido conmigo a la hora de enseñarle mi pasaporte. Ahora bien, cuando el capitán del barco me dijo que podía desembarcar, a pesar de eso y del telegrama de Geissler, me puse necio por gusto y dije que no bajaría hasta que el comandante viniera en persona o enviara mensaje por escrito diciendo que podía desembarcar.

El mensaje llegó en seguida. En un mar embravecido crucé la bahía en un bote de remos que al ser embestido por un lanchón estuvo a punto de zozobrar. Me ataron a una silla y una grúa me depositó en el muelle.

He descrito los requisitos que hay que llenar para desembarcar en Guatemala. Antes de ir a un hotel tuve que ir donde el comandante para que me sellara y firmara el pasaporte. Lo miró y me lo devolvió con un gruñido.

“Séllmelo, por favor”, le dije devolviéndoselo.

“Está bien así como está”, explicó hoscamente.

Vi en su escritorio otro telegrama, firmado también por Chacón, en donde le decía que me dejara desembarcar con permiso de cuarenta y ocho horas para quedarme en el país; así que me sentí autorizado para decir cuanto quisiera. Resolví, pues, exigir que el hombre ése me lo sellara.

“Ya le dije que así está bien”, repitió.

“Yo conozco bien estas leyes”, repliqué. “Para legalizar mi entrada en Guatemala mi pasaporte debe estar sellado y firmado. ¿O es que usted quiere que más adelante me vea yo en dificultades? No saldré de esta oficina hasta que usted haya cumplido con su deber.”

Hasta entonces se sentó y lo selló.

“Gracias otra vez por su gran cortesía”, dije secamente.

Me miró hoscamente bajo sus ojos encapotados. “Recibí su carta”, dijo con brusquedad, “no me asustó”.

“Mi querido señor, si no lo hice para asustarlo; fue un simple requisito.”

“Y lo que es más”, siguió diciendo, “yo no tenía obligación de decirle por qué no podía desembarcar. Soy soldado y sólo obedezco órdenes superiores. No tengo que darle explicaciones a nadie”.

“¡Ah!”, exclamé. “Órdenes militares de la superioridad. Entonces Guatemala es una dictadura militar.”

“Nada de eso”, replicó. “Es un gobierno civilista...”.

“Elegido democráticamente”, añadí para terminar su frase. “Y si la cosa es así, ¿por qué entonces los viajeros son recibidos por militares que acatan órdenes militares? Si Guatemala

tiene un verdadero gobierno civilista, ¿por qué no hay empleados civiles en las oficinas de migración, personas que tengan el adiestramiento y un suficiente grado de inteligencia para tratar con decencia y cortesía a los viajeros ¿Por qué...?”

Se sulfuró hasta el infinito. Su abultada timba trepidó bajo su uniforme flojo y arrugado. “Váyase de aquí en el primer tren de la mañana”, vociferó.

San José es lo peor que hay; ni los hombres ni Dios hicieron nunca una letrina más puerca. “Señor comandante”, le repliqué, “no se preocupe. ¿Se cree usted acaso que yo iba a querer quedarme en este sucio hoyito más de un día? Me encantaría salir de aquí en este mismo momento”.

Luego de haber llevado mi equipaje al hotel, telefoneé a nuestro cónsul para agradecerle lo que había hecho por mí.

“¿Dónde está su equipaje?”, me preguntó.... “No, no vaya usted a ningún hotel; tráigalo aquí”.

“Pero si aquí estoy bien.”

“No quiero insistir, pero creo que es absolutamente necesario que usted duerma esta noche en el consulado. Se evitará dificultades.”

Supé después que los porteños estaban preparando una manifestación pro-sandinista. El cónsul probablemente quería que ésta no se efectuase, y lógicamente temía que ella sirviese de pretexto para que la policía me arrestara. En todo caso, la casa del cónsul era mucho mejor que el mal ventilado hotelucho en que hubiera tenido que revolverme en la cama hostigado por los mosquitos y atosigado por el tufo de aceite caliente, lodo y desperdicios. Nos sentamos cómodamente ante los *high-balls* con hielo, en un amplio balcón en-cedazado frente al mar gozando de la fresca y limpia brisa de la noche... Dos días después el alba de Suchiate “recibía la visita del sol”; y al cabo de una semana vi cómo la ciudad de México se “hundía en la luz de su regio amante”. Allí remaché “el último clavo de Odisea”.

Queda prohibida su venta.
Distribución gratuita.

Todos los derechos reservados.
Agosto 2016.